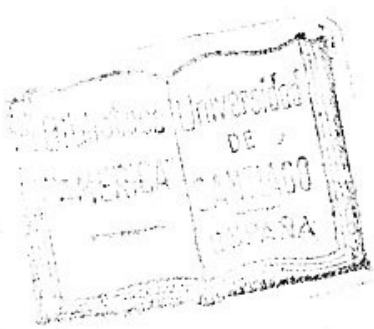
ENTRE-NOS



"GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS"

Director: Alberto Palcos

OBRAS PUBLICADAS:

I.—Domingo F. Sarmiento: *Discursos Populares.*
II.—Juan B. Alberdi: *Autobiografía.* La evolución de su pensamiento.
III.—Lucio V. Mansilla: *Retratos y Recuerdos.*
IV.—Juan B. Alberdi: *Viajes y Descripciones.*
V.—Nicolás Avellaneda: *Discursos Selectos.*
VI.—Domingo F. Sarmiento: *Cuatro Conferencias.*
VII.—General Tomás Guido: *San Martín y la Gran Epopeya.*
VIII.—Lucio V. López: *La Gran Aldea.*
IX.—Lucio V. Mansilla: *Entre-Nos. Causeries del jueves.*

EN PRENSA:

X.—Saavedra, Belgrano, Rodríguez y Guido: *Los sucesos de mayo contados por sus actores.*

R.15.078

GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS

Director: Alberto Palcos

IX

LUCIO V. MANSILLA

ENTRE-NOS

(Causeries del Jueves)



EL ATENEO
Librería Científica y Literaria
FLORIDA 371 - CORDOBA 2099
BUENOS AIRES
1928



GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS

DEFINICIÓN DE PROPÓSITOS

LOS Grandes Escritores Argentinos *se propone editar las obras de los ingenios más preclaros de nuestra literatura. Alienta el firme anhelo de ofrecer con sus publicaciones un cuadro completo de lo que encierra de más valioso la literatura nacional. Difundirá, además de las obras verdaderamente populares de nuestro pasado literario, todas aquellas que merecen ser conocidas y perdurar, todas las que arrojan alguna luz sobre el pensamiento o el arte de nuestros mejores escritores. Aspira a que los pensadores y literatos argentinos sean gustados por el público en lugar de serlo, únicamente, por los eru-*

ditos y estudiosos de nuestro pasado. Tienen derecho a ser conocidos de una manera menos fragmentaria de como se les conoce habitualmente.

Hasta no hace muchos lustros el cabal conocimiento de nuestros escritores estaba reservado a una minoría escasa. Eran inaccesibles para el pueblo. Después algunas meritísimas empresas culturales pusieron al alcance de los bolsillos más modestos, un tesoro literario. Actualmente parece tomar incremento en el público cierta curiosidad por penetrar, en todo su desarrollo, en nuestro breve pasado literario nacional. Importa mucho avivar y acrecentar esa curiosidad. Las letras, como muy pocas actividades espirituales, revelan el fondo genuino de un pueblo y mantienen encendidas las llamas de un superior ideal colectivo.

Los escritores argentinos, desarrollándose los más en períodos de luchas, en medio de una sociedad en formación, cuajada de graves problemas que urgían soluciones inmediatas, no han tenido reposo suficiente para dedicarse al cultivo exclusivo de las letras

puras. Las letras aparecen en ellos impregnadas por un fervor cívico casi religioso. En sus páginas se refleja la auténtica tradición nacional. Consiste ésta en un magnífico ensueño de libertad y democracia. Sobrevive a despecho de las peores vicisitudes, de las tormentas y de las borrascas históricas, del caos, de la tiranía, para alumbrar, como un sol, la constitución de la nueva nacionalidad.

Conviene que el pueblo se bañe con la lumbre de ese sol. Es acicate para grandes empresas constructivas. Los ideales democráticos que nuestros mejores escritores sostuvieron hasta el sacrificio, deben perdurar y ampliarse, extendiéndolos a todas las esferas, tanto a la política, como a la cultural, a la social y a la económica. Hay en nuestro pasado intenso y dramático la levadura con que se elaboran las grandes cosas, generosas simientes de libertad y de progreso, arrebatados afanes por convertir a la América en el hogar cálido, cordial, de una nueva humanidad que supere las contradicciones y las fealdades en que se debate el viejo continente. Difundirlos es suministrar desinteresadamente al pue-

blo un sano deleite intelectual y estético: nutre al cerebro y edifica al corazón.

Tal es el espíritu que preside la nueva empresa cultural que acometemos y cuyo sello distintivo consistirá en ofrecer, en un todo orgánico, las producciones de nuestros mejores escritores. Cien volúmenes cuando menos, contendrán todo lo que merece conocerse de la literatura nacional. Los iremos dando con toda regularidad, a cortos intervalos. Esperamos llenar cumplidamente el vasto programa trazado. El concurso editorial del "Ateneo", huelga decirlo, constituye, en tal sentido, la más eficaz garantía.

ALBERTO PALCOS.

ENTRE-NOS

(CAUSERIES DEL JUEVES)

Poseia Mansilla como pocos el talento amable de la conversación. Sobrino carnal de Rosas que llevó una vida novelesca y actuó en los medios más opuestos; que con la misma naturalidad luchaba contra los indios o los paraguayos como circulaba con su aire de gran señor y su innata elegancia por los salones más distinguidos de Buenos Aires y de París; espíritu fino, penetrante, inquieto, dotado de extensa cultura y que viajó constantemente, escondiendo bajo su sonrisa de hombre de mundo cierto fondo de persistente nostalgia; que dotado del don psicológico conoció a grandes personajes o mezclado en las refriegas de la política y del periodismo alimentó ambiciones no siempre satisfechas;

que vivió intensamente una larga existencia y fué testigo de acontecimientos históricos: un hombre de tales aptitudes y en esas condiciones tenía muchas cosas interesantes que narrar. Y las contó cordialmente, sin método, pero con gracia, con constante buen humor y con brillo. Prolongó con la pluma la tertulia espiritual del salón y del club. Recogió en su conversación chispeante una cantidad de narraciones, de anécdotas, de retratos, de críticas a veces muy fundadas e ingeniosas, de opiniones y pensamientos que entretienen y divierten y, a la vez, mueven la reflexión del lector.

Sus conversaciones coleccionadas llenan cinco tomos de ENTRE-NOS. *De nuestra parte tomamos de los mismos las más sabrosas, las mejor realizadas. Integrarán otro volumen además del presente.*

Tenemos la certeza de que así la obra ganará en sobriedad y en vigor artístico. Hay en el conversador abundante que era Mansilla algo que no es mero humo, algo que merece persistir: un talento indudable de narrador y un buen escritor, siempre ameno e interesantísimo.

Estas charlas revelan a un espíritu travieso

y original. Escritor de sabor típicamente argentino, a pesar de su cultura cosmopolita y de su educación parisiense, Mansilla habría trazado muchas más páginas escogidas del género que cultivaba si se concentrara mejor en sí y exigiera a sus innegables aptitudes todo lo que potencialmente contienen.Pero el escenario en que actuaba no le pidió más y él tampoco. No obstante lo cual estas deliciosas conversaciones tan pintorescas, tan movidas, tan humanas, no morirán y, como el resto de la producción del autor, labrarán una fama literaria que siendo grande en nuestro medio está destinada a acrecentarse con el tiempo, por tratarse de uno de los valores más originales, más típicamente nuestros.

ALBERTO PALCOS

HORFANDAD SIN HACHE

A mi amigo Eduardo Wilde

Buenos Aires dormía, supongo que como ahora, aunque era una noche de Octubre del año 1844. Quizá más profundamente que ahora, ó fingía dormir; como el niño que, á la intimación de *duérmase* Vd., cierra los ojos, viendo que le apagan la luz y lo dejan á oscuras. No se oía, como ahora, en lontananza, el ruido sordo del coche que anda Dios sabe en qué. En aquel entonces, el silencio sepulcral de ciertas horas era sólo interrumpido por el canto destemplado de los serenos, — los cuales repetían las horas y las medias al unisón del vetusto reloj del Cabildo, haciendo constar si llovía ó no, si el tiempo estaba, ó no, sereno, y otras circunstancias poco consoladoras, por cierto, que preferimos apartar de la memoria y que otros preferirán más que yo, por la misma razón que Cervantes no quería recordar el lugar de la Mancha, donde había nacido su famoso hidalgo.

Serían, así, como las tres de la mañana, cuando en una pieza, á la calle, del viejo Hotel del Globo, que

estaba entonces no donde ahora se encuentra el nuevo, pero sí en la misma calle, entre Cangallo y Piedad, conversaban dos personas de aquesta manera, poco más ó menos:

—¿Qué diablos haces, Miguel?

—Voy á salir.

—Pero, hombre, ¿á esta hora?

—Sí... no puedo dormir, necesito tranquilizar mi conciencia.

—¡Oh!... déjate de pamplinas.

—¡Ah! Santiago, tú crees que los hombres se deshonran sólo porque matan ó porque roban!

—Y... ¿qué hay?

—Más tarde lo sabrás; nada temas, voy á salir; espérame; nada me sucederá, — y esto diciendo, nuestro hombre salió, dejando no poco perplejo á su compañero de hotel.

¿Y quiénes eran ellos? antes de proseguir, aunque todo el mundo pueda llamarse Santiago y Miguel.

Santiago era el padre de Santiaguito Arcos, el eximio pintor, que todos los argentinos de algún fuste, que van á París, no dejan de conocer, Santiago fué más tarde el amigo íntimo de Sarmiento, el que con él viajó por los Estados-Unidos; en una palabra, el hombre más amable, más interesante, más alegre de la tierra (tanto que se casó dos veces) y del cual habría podido augurarse todo, menos su triste fin: murió suicidado en medio de un aparente ajuar de felicidad, arrojándose al Sena.

Tenía un cáncer en la lengua y consumó el acto más difícil de explicar, porque ¿quién puede afirmar si es valor ó cobardía, decirse uno y probarlo: "yo puedo poner fin á mi existencia física", y eliminarse, en efecto, de la estadística de los vivos para hacerse computar entre los muertos, dejándoles á los primeros, con un tristísimo recuerdo, la solución del eterno problema, *to be or not to be?*

Y Miguel ¿quién era?... Miguel? Este Miguel á secas, era nada menos que Miguel de los Santos Alvarez, el íntimo amigo de Espronceda, el autor de la *Protección de un Sastre,* y el cual cantaba, en sus primeras mocedades. dirigiéndose á María:

"Bueno es el mundo, ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!
Como de Dios, al fin, obra maestra,
Por todas partes de delicias lleno,
De que Dios ama al hombre hermosa muestra;
Salga la voz alegre de mi seno
A celebrar esta vivienda nuestra;
¡Paz á los hombres! gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestra jaula, crïaturas!"

Ustedes no han de tener la memoria fresca (*ustedes,* es el lector). Ustedes han de conocer más á Espronceda que á Miguel de los Santos Alvarez; y entonces es el caso de recordar que Espronceda, refiriéndose á él, cantaba á su vez lo que sigue, verdad indiscutible, según mi sentir:

"*¡Bueno es el mundo! ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!*
Ha cantado un poeta amigo mío,
Mas es fuerza mirarlo así de lleno,
El cielo, el campo, el mar, la gente, el río,
Sin entrarse jamás en pormenores
Ni detenerse á examinar despacio
Que espinas llevan las lozanas flores,
Y el más blanco y diáfano topacio
Y la perla más fina
Manchas descubrirá si se examina".

Ya saben Vds. qué Miguel de los Santos Alvarez era éste, que no podía dormir, porque tenía un peso sobre la conciencia; que, como quien no dice nada, se apresta-ba á salir á la calle, el 6 de Octubre de 1844, nada menos que á eso de las tres de la mañana.

Pero lo que no saben, y lo que probablemente sabrán después, en alguna otra charla, es el por qué estos dos personajes, Santiago y Miguel, encontrábanse en Buenos Aires, en una época en la que la gente, en vez de inmigrar, emigraba. Dejémoslo para otra oportunidad, y ocupémonos única y exclusivamente de Miguel de los Santos Alvarez, al cual pueden Vds. verlo ya, saliendo del hotel, á deshoras, al través de la luz de un reverbero de antaño, que es, como si dijéramos, el mínimum de luz en noche oscura.

Imaginaos (yo era un niño, pero mi memoria es fuertemente retrospectiva) un hombre que ha entrado en la edad de los desengaños; es decir, uno de nosotros que, teniendo treinta, representa cuarenta, — un hombre

así de la estatura de Benjamín Posse, más derecho que éste, menos enjuto, pálido; con una cara tétrica, encerrada dentro de una barba entera, negra como azabache, con uno que otro pelo blanco; iluminado el rostro por dos ojos vivaces, que protestan contra las plateadas hebras; pelado á la *mal-content,* vistiendo un gabán abrochado por una serie de botones, que empiezan en el cuello y concluyen en el borde inferior, más abajo de la rodilla; que camina como cualquiera á quien no se le da un bledo la existencia; que no repara en nadie, ni le importa que reparen en él; que no mira hacia arriba, porque, probablemente, no piensa ni en las alternativas de la muerte, ni en alcanzar la *nirvana;* que, sin encorvarse, describe con el cuerpo y la mirada un ángulo agudo, cuya abertura es la tierra, que día más, día menos, sabe que se lo ha de tragar; que va solo, al parecer, pues lo acompañan sus pensamientos, esos constantes compañeros, de los que tenemos la desgracia ó la fortuna de saber lo que es causalidad, — imaginaos un hombre, en fin, de esos que, á pesar de su indiferencia ostensible por todo, no pueden pasar sin que se repare en ellos, diciéndose el que los ve: "¿quién será éste?" — y tendréis, si no un retrato, una silueta.

Caminaba.... por las calles que conducen ahora y conducían entonces (que en esta parte Buenos Aires no se ha trasformado) de donde dejo dicho á las cuatro Esquinas, de lo que actualmente se llama calle Alsina, esquina de Tacuarí. Allí hubo, en tiempo de los españoles, un presidio: llamábase, cuando mi abuela doña Agustina López de Osornio lo compró, *presidio viejo,*

y allí ella edificó (¿y por qué *ella* y no *él*, mi abuelo? ¡Oh! éstas son confidencias para otra ocasión) una casa en la que, primero, vivió mi padre soltero; después, cuando se casó, donde hemos nacido todos los que somos sus hijos y donde vive mi excelente madre aún.

Respecto de esa casa, ó sea el *presidio viejo*, había cuando yo me criaba, una porción de leyendas extraordinarias. Al menos, para que nos durmiéramos, unos negros, que habían sido esclavos, nos decían que se oían, á ciertas horas de la noche, ruidos de cadenas, ayes de moribundos, *¡qué sé yo!*... Pero esto, hay también que dejarlo para otra vez.

Mi madre, como acabo de decir, vivía allí en 1844. La casa entonces era baja; ahora es de dos pisos. La casa primitiva tenía ventanas á las calles de Tacuarí y Alsina, antes Potosí. En una de las piezas que tenía ventanas á la calle de Tacuarí, recibía sin ceremonia; y la noche á que me refiero había estado de visita Miguel de los Santos Alvarez, al que, por lo largo de sus visitas, llamábanlo los sirvientes (me acuerdo como si fuera ahora) el señor *Calientabancos*. Supongo que Miguel de los Santos Alvarez visitaba mucho á mi madre por las únicas dos razones, en virtud de las cuales los hombres visitan mucho á las mujeres: era bella, tenía espíritu, y por añadidura, era hermana de Rozas, como si dijéramos: "era princesa de sangre."

El hecho es que, á la sazón, el álbum estaba muy en boga, y que todo visitante tenía que pagar su tributo, una vez al menos, escribiendo algo en él. Mi madre tenía el suyo. Ahora es mío. Aquí está. Lo tengo sobre

mi mesa. Lo estoy mirando. Contiene muchos versos, muy malos, la mayor parte; casi todos de personajes que usaban chaleco colorado y divisa ídem, que gritaban: "Viva Rozas", etc., etc. y que después, cuando yo los oía expresarse de otra manera, me parecían otros *señores*.

En ese álbum, el día 6 de Octubre, la noche, mejor dicho, Miguel de los Santos Alvarez improvisó ó escribió, que tanto vale, estas estrofas:

¡POBRES NIÑOS!

¡No llores, niño inocente,
porque el tapiz de tu lecho,
con mil harapos deshecho
no conserve tu calor;
no llores, no, si una madre
tienes, que en su seno amigo,
ofreciéndote un abrigo,
te acaricia con amor!

Eres más feliz que el huérfano
que duerme en cama suntuosa,
sin que sus labios de rosa
cierre el beso maternal;
que mientras él se desvela
sin que le aduerma un cariño
tú le encuentras, pobre niño,
y hallas alivio á tu mal.

El, no, y es un inocente
como tú, y es tan hermoso
y es, como tú, candoroso,
los dos lloráis, tú, pobre,
lloras temblando de frío!
y el otro llora... ¡hijo mío!
sin saberlo, su ORFANDAD!

¡Ah, no lloréis, mis queridos!
que hay para los dos un cielo,
para los dos un consuelo,
un manto para los dos;
hay una virgen que vela
por los niños desgraciados,
y deja á los fortunados
para que los vele Dios! (I)

Miguel de los Santos Alvarez.

Buenos Aires, Octubre 6 de 1844.

Naturalmente, todos los circunstantes, — mi madre tenía su salón, — debieron encontrar estos versos, como los encontrarán Vds., bonitos y delicados, y Miguel de los Santos Alvarez debió retirarse satisfecho del aplauso, que es tras de lo cual anda todo el mundo, desde el que gana batallas campales hasta el que gana batallas en la Bolsa, ó hace libros como Chateaubriand, ó pronuncia discursos como Berryer, ó produce cualquier *efecto*, aunque más no sea que hacer retroceder la bola de billar.

Pero está de Dios que, después de producido el efecto, y cuando nos reconcentramos dentro de nosotros mismos, nos preguntemos: ¿y cómo ha andado todo eso? ¿no he dejado nada que desear? ¿he tomado al público de sorpresa?... ¿qué se debe imputar á la realidad, á lo artificial?... ¿quién ha estado más tonto, el público ó yo?, en fin... todo lo que Vds. saben.

El hecho es que Miguel de los Santos Alvarez revolvía todas estas cosas en su cabeza, y que, mirando dentro

(I) El original auténtico con la corrección del caso, perfectamente legible, está en poder del señor doctor don Ramón J. Cárcano, á quien se lo ha dado el autor de estas *Causeries*.

de su esfera cóncava, pensó que, en medio de su triunfo, había cometido un *zambardo*, y que la obsesión era tan fuerte que, ó reventaba ó se iba á desfacer el entuerto, — si entuerto había, porque de ello no tenía completa seguridad, sino la duda.

—¡Dudar! ¿Conocen Vds. algo más punzante que esto? La duda, filosóficamente hablando, es para mí, de todos los suplicios intelectuales, el más atroz. ¿Qué es, en efecto, dudar? Estar sin saber qué hacer. Pero estar sin saber qué hacer, es estar suspendido entre la vida y la muerte. Será cuestión de temperamento; pero yo declaro que un hombre que duda es como un viajero sin rumbo. Será una insolencia el negar; pero es una solución. Y, por más que digan, la verdad está en los extremos, y ellos tienen de consolador que son decisivos. Los términos medios son, en todo, como las cataplasmas en la medicina.

Miguel de los Santos Alvarez se preguntaba en su insomnio: ¿he escrito *orfandad* con *hache* ó sin *ache*? El hombre persigue siempre la verdad, sea dicho en honor de la especie humana. Miguel de los Santos Alvarez salió, pues, del hotel, en persecución de ese ideal: ver y creer, decía Santo Tomás, y aunque su colega le decía: "Ni aún viendo creas, Tomás", lo que bajo ciertos aspectos era mucho más caritativo, Miguel de los Santos Alvarez necesitaba ver para creer.

Y nuestro hombre caminaba por esas calles sombrías, tan atroces entónces (todo es relativo) como los caminos de Buenos Aires á Flores y de Buenos Aires á Belgrano, ahora... sin curarse de si había *mazorca* ó no

(los que escriben *mas horca* con *ache*, escriben mal: esto se explicará alguna vez por mí mismo, y con permiso de Sarmiento, que es el hombre que escribe con peor ortografía en todo el país).

Caminaba, decíamos, hasta que llegó á la primer ventana de la calle de Tacuarí, yendo por la acera que mira al Este, antes de llegar á la entonces calle de Potosí. Llegó, golpeó estrepitosamente, como se golpea á una ventana, en altas horas de la noche. Otra ventana más adelante, daba sobre un aposento en donde han sido dados á luz todos los que llevamos mi apellido. Mi padre dormía patriarcalmente, en la misma cama, con mi madre. Estos hábitos han sido alterados, — tan tonta es la humanidad, — desde que Balzac escribió su sucio libro sobre la *Fisiología del Matrimonio*.

Al oir el sacudimiento de la ventana, despertóse sobrecogido, pensando (era en 1844) en lo que podía suceder.

—¿Qué hay? ¿quién es?

—Yo soy.

No hay nada más estúpido ni más humano.

—¡Ah! dijo mi padre entre sí: es la voz de Alvarez — y saltó de la cama, llevando la mano al pescuezo... en tanto que mi madre se incorporaba, presa de la más inexplicable inquietud.

—¿Quién es?

—Yo soy.

(Lo curioso es que uno pregunta *quién es*, teniendo la conciencia del *que es*).

—Abra Vd. — Abra Vd.

Y mi padre abrió.

—¡General!

—¡Alvarez!

—General, ¿me hace Vd. el gusto de darme el álbum de Agustinita, pluma, tinta y luz?

Mi padre hizo una gesticulación de esas que no pueden explicarse escribiendo: sale de la boca un *hem*, el labio inferior se arremanga, los ojos brillan, y la cara toma esta expresión: *mire Vd. qué ganas de... embromar!*

Mi padre, ante todo, fué á tranquilizar á su mujer, y díjole:

—Agustinita, no te alarmes.

Y dicho esto, *fizo* lo siguiente: volvió á la ventana, y le suministró á Miguel de los Santos Alvarez los adminículos que reclamaba.

Miguel de los Santos Alvarez tomó el álbum (el mismo, mismísimo que yo tengo aquí con su autógrafo) hojeólo nerviosamente, dió con la página que buscaba en el acto (el sentimiento de la topografía literaria es un instinto y con la pluma que entonces se usaba, que era de ganso (abunda todavía) borró la palabra HORFANDAD y escribió debajo *orfandad* (sin *hache*) exclamando interiormente, como Choquet, en una hora solemne de su vida:

"He visto á Julio Núñez de guerrero, ahora ya puedo morir".

Mi padre volvió al tálamo conyugal...

Miguel de los Santos Alvarez giró sobre sus talones, y se encaminó á la calle del 25 de Mayo.

Los serenos cantaban las "Cuatro y media han dado y.. tronando!"

—"¡Viva la Confederación!"

—¡Mueran los salvajes unitarios! "¡Vivid, Representación!"

Cuando Miguel de los Santos Alvarez entró en el hotel, Santiago dormía ese sueño apacible del hombre irresponsable, — que todo columbra menos su destino final.

Yo era un chiquilín; aquellos tiempos me parecían óptimos... habían sido abominables. Pero no puedo improvisarme un odio teórico contra lo que no me hizo sufrir. Y... ¿qué mas queréis que os diga? os diré que una falta de ortografía puede perjudicar tanto la reputación de un hombre de letras, como un voto equivocado dado en la Cámara ó en el Senado Nacional; pero que el *honor* no es una fruslería que se salva, levantándose á las tres de la mañana para enmendar una falta, que puede ser ó no ser, sino una virtud constante en todos los terrenos del pensamiento y de la acción.

Ahora, os quedará esta curiosidad, amables lectores: qué fué de Miguel de los Santos Alvarez, el cual corrigió mis primeros versos *A un féretro,* me acuerdo: (¡qué musa tan sombría!) versos que no llegaron jamás á publicarse, como los del literato de Larra, y que es quizá, y sin quizá, el rasgo de mejor sentido de toda mi vida.

Mi querido Wilde:

Me pidió Vd. que le refiriera el cuento que había contado en casa de nuestro noble amigo el Señor Presi-

dente de la República, doctor don Miguel Juárez Celmán.

Le contesté á Vd.: estoy harto de hablar.

Se lo diré á Vd. por escrito.

¡Eh! bien. Ahí lo tiene usted.

¿Quiere cerciorarse de la verdad?

Venga y verá borrado en el autógrafo mismo HORFANDAD, y sustituido el vocablo con su homónimo *sin hache.*

Y... ¿qué ha sido de Miguel de los Santos Alvarez?

Era indolente: llegó á ser Ministro de España, en México.

Entiendo que es ahora Senador.

Todo el mundo puede ser Senador, habiendo sido Gobernador.

Es más difícil ser Ministro de Estado.

Lo felicito.

Salud y alegría.

Chi dura vince.

Y como decía Miguel de los Santos Alvarez:

> "¡Paz á los hombres! ¡Gloria en las alturas!
> Cantad en vuestra jaula, criaturas!"

Ó, como dice La Bruyère: *Une des marques de la mediocrité d' esprit est de toujours conter.*

POR QUÉ...?

Al Excmo. Señor doctor don Carlos Pellegrini.

Aquí, y en todas partes, lo mismo en los tiempos antiguos que en los modernos, el público ha sido, es, y será, muy curioso. Su curiosidad es sólo comparable á su credulidad; de manera que el número de impresiones que necesita engullir debe computarse, en gran parte, por la suma de mentiras que tiene que digerir. ¡Y qué difícil digestión! Se digiere un *paté de foie gras* trufado, rancio ó mal hecho, en más ó menos tiempo, con más ó menos dificultad, con ó sin auxilio médico. Uno mismo puede administrarse una buena dosis de magnesia fluida ó calcinada. Y en un santiamén quédase el estómago listo para volver á empezar, como si dijéramos, en hoja, á la manera de esas calderas abolladas que, frecuentemente, necesitan del *tachero;* y los refractarios contumaces, insistiendo en que es cierto lo que decía Hahnemann: *on ne meurt que de bêtise.*

¡Pero cuánto tiempo, cuántas circunstancias, lecturas diversas, deposiciones de testigos oculares, — que suelen

ser terribles, — no se requieren para que caigamos en cuenta, ó de que nos hemos estado chupando el dedo, como vulgarmente se dice, ó, alzando la prima de la retórica, en el más craso error!

Ponga cada cual la mano sobre su conciencia, sea franco, y contéstese á sí mismo. Lo que yo sé decir es que un *florilegio*, selecto y escogido, de algunos de nuestros hombres eminentes, contando sus atracones, por olvido de que la gula es pecado, — ó lo que tanto vale respecto del alma, que las sospechas, los juicios temerarios y la falta de indulgencia perjudican enormemente á la conciencia, — sería un librito mucho más útil é instructivo que las obscenas *Confesiones* de Juan Jacobo Rousseau.

Me parece que estamos de acuerdo. Si no lo estamos, porque el lector es aún muy joven, lo estaremos más tarde, cuando, en vez de mirar la vida de abajo para arriba, la contemple desde la cúspide de la montaña, como yo — como yo, que no obstante todo lo que sé, porque á fuerza de ver mucho todo lo he abreviado, todavía soy un nene para ciertas cosas.

No es que me falte malicia, — creo que me sobra, por mi desgracia. Es que mi conformación cerebral es así. Estoy seguro de que si Pirovano hiciera mi análisis craneoscópico encontraría que, aunque tenga deprimida la circunspección, tengo algo desarrollada la idealidad.

Se dice que el hombre es doble.

Yo sostengo que es múltiple.

Y si no, ¿por qué nos gobiernan tanto los más mínimos accidentes y las circunstancias?

Se explica entonces prefectamente, al menos se explica para mí, la invencible afición que tiene *Monsieur Tout-le-monde,* como decían en tiempo de Voltaire, — esa hambre canina, esa sed de perro, por las anécdotas, las crónicas escandalosas, los *apuntes* en vida, para servir á la historia de nuestro tiempo, las *memorias de ultra-tumba,* todo aquello, en fin, que hace ver ó que permite escudriñar el corazón humano, en sus más recónditos misterios, ni más ni menos que como se ve el dorado pececillo encerrado dentro de transparente redoma. Y es curioso que los hombres de pluma no exploten un poco más este recurso *hoy día* (como dicen en América, no en España, donde tampoco dicen *desde ya,* sino *desde luego*). Será por exceso de reserva ó de buena fe. Imaginemos la avidez con que sería acogida esta noticia: "Nuestro ex-lord mayor, Torcuato de Alvear, comenzará en breves días á publicar sus Memorias; Sarmiento, sus Confesiones; Vicente Fidel López, sus Confidencias, y, por añadidura, don Bartolomé Mitre, sus "Aventuras". Esto, paralelamente con este otro aviso: "Ensayo histórico sobre la Guerra del Paraguay, por vuestro muy atento y seguro servidor". No me cabe la menor duda de que la afluencia de suscritores para lo primero sería infinitamente mayor, que para lo segundo. Y, si se pretende que la causa estaría en las diferencias entre los primeros y el último, dad vuelta por pasiva á lo que digo por activa, y el argumento queda en pie: me leerían más á mí, que á todos ellos.

Esta filosofía, que yo profeso sobre el éxito del es-

cándalo y sobre las creederas del lector, no se ha apoderado de mí, de impróviso, así como suele dominarnos una teoría nueva, expuesta con talento, aunque sea falsa, por un espíritu atrevido. No; creo ante todo en la experiencia, y la objeción de que ella haya podido aprovecharme poco, no es un argumento. Porque ,si bien la experiencia es madre de la ciencia, hay que tener en vista que el hombre es un animal persistente, gobernado por su temperamento, — que es su organismo, su ser, — en permanente palingenesia.

Que la multitud sea crédula hasta la insensatez, es una tesis que se puede sostener y probar por los milagros — aunque á mí no sean ellos los que me lo han demostrado.

Oíd, cómo fué que yo adquirí la evidencia moral, no de lo que dice Maquiavelo, que *chi voglia ingannare, trovera sempre chi si lascia ingannare,* — sino el convencimiento de que, queriendo desengañar, solemos producir efectos contrarios; de donde deduzco la sabiduría del proverbio árabe: *que el silencio es oro, y la palabra, plata.*

No citaré ni la fecha precisamente, ni el diario, ni las circunstancias del momento, ni los infinitamente pequeños, el aire ambiente de la hora psicológica.

No me gusta remover pequeñeces y miserias. La vida es agria de suyo para que la estemos amargando diariamente con las reminiscencias de lo que nos pudo mortificar. Por eso no hay nada más dulce que el *dulce olvido.* Ay, á veces se me figura que el colmo de la felicidad consistiría en no tener memoria.

Tengo testigos abonados del caso á que me voy á referir, — caso que fué para mí una revelación, como se habrá colegido ya, — y ya esto es algo en unos tiempos como los que alcanzamos.

¡Qué extraña cosa es la reputación! Yo pensaba que el no haber hecho, intencional y directamente, daño á alma viviente, era una fuerza. No contaba con la malhadada doctrina del pecado original, ni había tomado muy á lo serio, que digamos, aquello de que la calumnia es un vientecillo, — y me parecía que para su murmullo no había desmentido más concluyente que el de la ironía. Ilusión.

El caso es que yo era coronel entonces, que hacía poco tiempo que *El Mosquito* me había hecho fusilar un caballo con todas las formalidades de ordenanza (ya nos divertiremos otra vez con este episodio, que es lo mejor quizá de mi vida, relatado, bien entendido, tal como el hecho pasó), y que caminaba por la calle de la Florida, con toda la solemnidad y contento del que va revestido de sus insignias militares, cuando á la altura de la joyería, que está pasando la cigarrería *"Tú y Yo"*; un vigilante quitóme la vereda, con brusquedad, intencionalmente ó no. (Me inclino á lo último, porque el agente de fuerza pública era un infeliz, descendiente de Don Pelayo, me parece). Soy eléctrico en la acción; tomélo del cuello y lo puse de un empujón en medio de la calle. Tan violenta admonición hízole echar mano al machete. Yo iba desarmado. No llevaba más que un latiguito de damisela, por coquetería marcial. Pensar que no había más que dos cosas que hacer, atacar ó

huir, fué todo uno. Embestí, y lo hice con tal acierto que, antes que el plebeyo instrumento estuviera fuera de la vaina, el insolente que osara faltarle al respeto á mis galones, había recibido en ambos ojos, algo como una rociada de vitriolo, — que lo dejó ciego, mirando en torno aturdido, sin ver jota, en tanto que yo proseguía mi camino, como si nada hubiera pasado, y discurriendo que, como la lección había sido elocuente, allí terminaría el incidente.

¡Qué! por la mañana del nuevo día, tomo un diario, y héte aquí que la verídica hoja refería el episodio *in extenso,* con pelos y señales: yo había herido malamente, nada menos que con arma contundente, á un vigilante.

¡Ah! exclamé para mis adentros; ¡sea todo por el amor de Dios! y salí en dirección á la imprenta de *El Nacional,* cuyo director era, á la sazón, Eduardo Dimet.

Entro, saludo, me acomodo, escribo y pásole las carillas que, como buen Director de diarios, acepta graciosamente á título de espontáneo tributo.

Dimet tiene la prudencia del elefante; es un hombre tranquilo y entendido. Tomó los originales, y con aire aparente de darlos á la estampa, sin verlos, púsose á examinarlos. Llegaba yo á la puerta de calle, resonando aún esta frase mía "ahora vuelvo á corregir", cuando me alcanzaron estos ecos melifluos: "Coronel, una palabra."

Contramarché, insinuóme Dimet con ese movimiento de la mano que parece atraer, porque describe como un gancho con los dedos, que entráramos en un retrete, conocido de todos los que frecuentan aquel templo de

la publicidad, más ó menos impostora, y mirándome, con una de las caras más tiernas que jamás haya visto, díjome:

—Coronel, ¿quiere Vd. hacerme el gusto de no publicar esto?

—¡No publicarlo! (Mi primera impresión fué la de todo autor:... ¡Pero si debe estar perfecto!)

—Sí, no publicarlo.

—Pero, ¿y por qué?

—Coronel... ¡porque van á creer que es verdad!

Gran altercado, observaciones van, observaciones vienen. Dimet implora, por fin, en nombre de estas tres razones irresistibles: el cariño, la amistad, la sinceridad.

¡Ah! ¡no sé si fué por vanidad de plumista ó por qué! pocas veces en mi vida, he experimentado una contrariedad mayor: me dí por vencido, cedí.

Pero... ¿qué era aquello? ¿qué monstruosidad era esa?

Yo decía, *mutatis mutandis* "Acabo de leer, en tal diario, la crónica de un hecho en el que, por las señas, uno de los actores soy yo. Está más ó menos congruentemente condimentada. Falta, sin embargo, algo en extremo interesante. Es esto: que después de darle el latigazo *ut supra* al vigilante, que yacía en tierra, por haberse resbalado, saqué del bolsillo un estuche de navajas de barba, que acababa de comprar en la tienda de Manigot, — con una de las cuales le corté las dos orejas al pobre diablo de prójimo, yéndome incontinenti al Café de París, donde las hice cocinar, *saltadas au vin de Champagne,* comiéndomelas después, con delicia, como

si fuera un antropófago de los más golosos, — todo ello en medio de la más horripilante sorpresa de los concurrentes, á los cuales Sempé, que, como buen francés, de nada se escandaliza, habíales dicho por lo bajo: ¿saben Vds. lo que está comiendo el Coronel Mansilla?:

"¡Orejas de vigilante!"

Pues esta última parte era la que Dimet temía, que publicada, bajo mi firma, como ahora, fuera tragada por el lector, dejándole el mismo convencimiento que deja en la cabeza menos apta para recibir verdades, la enunciación de un axioma, como por ejemplo, que dos cosas iguales á una tercera, son iguales entre sí.

Cuando yo estaba en mi casa, en esa hora de las reflexiones, pasando revista de lo bueno y de la malo que había hecho durante el día, me dije, con cierto despecho, quizá por haberse *chingado* la lucubración: "Dimet tiene, me parece, carradas de razones, él es Director de diario, y debe conocer al público mejor que yo..." y me dormí filosofando sobre el daño que debe hacernos en la vida la tentación de ser espirituales, y sobre las preocupaciones, al través de cuyo prisma falaz juzgamos, por regla general, las acciones humanas.

Querido doctor Pellegrini:

Desea Vd. saber *por qué* hice yo mi primer viaje, asunto baladí, convengo en ello, en tan temprana edad, cuando viajar era un acontecimiento que llenaba de zozobra á la familia y al barrio, no habiendo entonces, como no había, vapores rápidos como ahora, sino buques de vela, que empleaban cien días, y, á veces, mu-

chos más, en hacer, no digo la travesía que yo hice de Buenos Aires á la India, — sino á Europa.

Mas esto va largo; se lo diré á Vd. el jueves que viene. Pero desde ahora le anticipo que mi viaje no tuvo lugar, — por las causas que el público de entonces le atribuyó, — sino por motivos de otra trascendencia para mi destino. Porque yo también puedo decir, como cierto autor, que mi historia, debiendo comenzar por el hecho más remoto que á mi memoria se presenta, comienza á la edad de 17 años; desde que en esa época, si es verdad que *vivere cogitare est*, — yo no vivía aún, vegetaba.

Ahora, si mi buen padre, tan generoso y desprendido, que no me puso tasa en los gastos, hizo bien ó mal, dada mi tradición, en sacarme del terruño, — eso se deducirá de lo que ya tengo esbozado, y que completaré, dándole todo el movimiento y colorido de un libro confidencial, si algún día, más ó menos cercano me resuelvo á decirle á la escena en que Vd. y yo nos desenvolvemos, con suerte varia: "Ya, para mí, es suficiente — adiós, diviértanse ustedes."

La introducción ha sido muy larga. Y si es cierto lo que dice el crítico francés que *tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux*, — es necesario que me apresure, que entre de rondón en la segunda parte, trasportándolo de improviso al lector, casi á orillas del Arroyo de Ramallo, — arroyo que desemboca en el caudaloso río Paraná, como una lengua más abajo de la ciudad de San Nicolás.

Allá, por aquellas barrancas escarpadas, desde donde la vista se extasía en un panorama riente, de luz, de

perenne vegetación, de agua que murmura sin cesar, vivificando la quietud de la naturaleza infinidad de aves canoras, — he pasado yo, en estado de perfecta inconsciencia, algunos de los mejores años de mi vida. Primero, siendo chiquillo; después, habiendo entrado en la pubertad; finalmente, cuando ya era hombrecito.

De las dos primeras épocas, no tengo para qué hablar. No estoy escribiendo la historia de mi vida, ni pintando un estado social, ni haciendo filosofía política: estoy refiriendo *por qué* fué que yo salí tan niño de este país á viajar; y sólo incidentalmente, desde que *por qué* implica causa, razón ó motivo, tendré que detenerme en ciertas escabrosas reflexiones.

Ante todo, y como quien tiene que pasar por sobre ascuas, me apresuraré á decir que yo estaba en Ramallo ó San Nicolás de los Arroyos, que para el caso tanto vale lo uno como lo otro, — después de haber estado en el "Rincón de López", *Estancia* de mi tío y padrino, Gervasio Rozas. ¿Haciendo qué? Purgando pecadillos de cuenta, para mi edad: mi primer amor platónico, del que resultó un rapto con todo el cortejo de aparentes verdades con que la opinión pública se encarga siempre de exornar ciertos episodios ruidosos.

Mi tío y padrino era gran domador de muchachos contumaces, y aquella *Estancia* que queda sobre el río Salado, casi al llegar á su desembocadura, albergó en sus soledades no pocos *(diablos)* desterrados, que llegaron despues á ser honra y prez de la patria, como don Bartolomé Mitre, por ejemplo.

Mi padrino era, lo mismo que todos los Rozas, —

viniéndoles este *atavismo* de la rama López de Osornio Aguirre y Anchorena, que es la de mi abuela, — un poco maniático. Dábale en verano por resistir al sol, y en invierno, por resistir al frío; y me acuerdo, como si fuese ahora, tan fuerte era en mí el deseo de tener alguna libertad, de verme solo, dueño y señor de mis acciones, — que hice todo lo posible para *ganarle el lado de las casas,* á fin de que no me llevara consigo á la "Loma de Góngora", otra estancia que tenía al Sud.

Ved aquí lo que mi naciente ingenio me sugirió: en invierno, andaba en cuerpo, tiritando. Mi padrino decía: ¡qué muchacho guapo para el frío! En verano, andaba sin sombrero. Mi padrino decía: ¡qué muchacho fuerte para el sol! Se enamoró de mí, se fué á la Loma de Góngora, me dejó solo, y una vez que solo me ví, me *mandé mudar,* me fuí á Dolores y á Chascomús. Pero aquí, en este último villorrio no contaba con la huéspeda, con otro tío, Prudencio Rozas, padre de Catalina, mi mujer después, á la que recién conocí (¡luego dirán que todo no se encadena bajo las estrellas!), y el cual apenas me vió, sólo pensó en aventarme, teniendo que volverme todo cariacontecido y naturalmente sin chistar á aquel sombrío *Rincón de López.*

Era imposible que no se supieran las andanzas en que yo andaba, y como el que tiene las hechas tiene las sospechas, mi reputación era pésima. Nunca he sido de los que ignoran lo que de ellos se dice. Resolvióse, pues, mandarme á donde estaba mi padre, — con el que no nos conocíamos muy bien, en razón de que él vivía, generalmente, lejos de su hogar.

Yo he sido educado por mi madre. A ella le debo no sólo la primera cultura de mi espíritu, sino esos primeros saludables ejemplos de nobleza que preparan el alma para después. Y otras cosas espirituales de las que uno se emancipa, ó no, tarde ó temprano; pero que no por eso dejan de ser un motivo más de gratitud, respecto de aquellos que nos han consagrado todos sus afectos y cuidados, dándonos todo cuanto tenían y podían tener.

Mi madre ha sido una mujer de raro mérito. Aunque joven, bella, mimada, solicitada á cada momento por su posición social, ella no descuidaba el más mínimo de sus deberes maternales y de señora de casa. En todo estaba. Zurcía, cosía, leía, rezaba (y nos hacía rezar unos rosarios interminables), oía misa, recibía visitas, salía, paseaba, bailaba, ¡qué su yo! Ella lo vigilaba todo, desde la cocina, que era lo más limpio de la casa, hasta la sala. Ella era como nuestra sombra de día, de noche, cuando estábamos despiertos ó fingíamos dormir (¡nos acostaban tan temprano, por disciplina!) Ella, en fin, cuando yo no me había portado bien en el colegio (era casi siempre) encargábase de hacerme cumplir las penitencias, — ahí, sentado, sin comer ni dormir, á la cabecera de su cama. Ella dormía, yo escribía. En frente de mí quedaba un Gobelin, representando un Cristo, cuya tétrica faz no debía inspirar tanta lástima como la mía cuando *mamita* (así la he llamado antes y así la llamo aún), me decía: "Y no te has de mover hasta que no hayas copiado los mil versos que el maestro te ha ordenado". ¡Ah! ¡cómo he temido y amado yo á mi madre!

Esa peregrinación al cuartel general de Ramallo, donde mi padre tenía sus reales, no me hacía mucha gracia, que digamos. Cuatro días á caballo duró la travesía, siendo mi juvenil persona custodiada por varios soldados y un oficial, llamado Cardoso, el cual no me hablaba; pero eso sí cantaba incesantemente unas coplas lo más monótonas, cuyo retintín todavía tengo en el oído: "A la risa y al baile, muchachas, sin decir *agua va, viene amor*" ¡Y cómo me fastidiaban esas coplas! Ese *viene amor,* se me figuraba un epigrama.

Aquí viene bien un: "¡Pobre Teresa! al recordarte siento....."

Yo creía que mi padre iba á recibirme con dos piedras en la mano. Al contrario, recibióme con el mayor afecto, abrazóme, besóme, interrogóme, echóme un discurso que más me pareció sermón, y... hasta me hizo confesar varias veces con el cura párroco de San Nicolás, un venerable sacerdote, á lo que entiendo, que se llamaba don Juan Páez. Será temerario el juicio, pero he tenido siempre para mí que algo de mi confesión debió decirle don Juan á mi padre, porque la conducta ulterior de éste parecía decirme: "Como ya estás completamente arrepentido de todas las diabluras que has hecho, puedo, sin temor, depositar en tí mi confianza, habilitarte para que trabajes y te hagas hombre de provecho."

El hecho es que, de la noche á la mañana, yo me encontré convertido en saladerista, habiéndome mi padre habilitado con un saladero que tenía entre Ramallo y San Nicolás, y con el dinero necesario para mover

aquella industria. Por supuesto que, así como recuerdo perfectamente bien todo lo que voy diciendo, así también recuerdo que el tal negocio, ni me interesaba, ni me entretenía, y que todo mi empeño consistía en que mi padre no me sorprendiera, haciendo otras cosas, sino ocupado de la faena en las horas en que él por allí aparecía.

Entre esas otras cosas, había una particularmente que yo trataba de ocultarle mucho á mi padre. Era inocente en sí misma. Pero como él nunca me hablaba de ella, un cierto instinto me decía que debía ocultársela. ¿Qué era esa cosa? Una inclinación invencible por la lectura.

Los libros, en esa época, eran muy raros, y si he de decir con entera sinceridad, la impresión que me producía la vista de una que otra empolvada biblioteca, que por esta noble ciudad solía verse al través de las rejas de las ventanas, tendré que confesar que era una sensación de temor. Parecíame como columbrar entre las brumas de mi inteligencia en ciernes un *noli me tangere* en el frontispicio de todas ellas, — inclusive en la muy poco surtida que mi padre tenía. Allí estaban *pêle-mêle*, las *Oraciones de Cicerón*, las *Ordenanzas de Colón*, los *Viajes de Anacarsis*, el *Discurso sobre la Historia Universal*, el *Derecho de gentes de Vattel* (éste lo conservo yo todavía, todo apolillado), la *Nueva Heloísa* y el *Contrato Social*, estos dos últimos en francés, — lengua que yo conocía ya, un poco menos mal que ahora. También, en ese armario, por no decir biblioteca, había cartas de personajes, los más antitéticos, como ser: don Bernardino Rivadavia, don Domingo de Oro, don Carlos

M. de Alvear, don Juan Lavalle, don Manuel Dorrego, don Justo José de Urquiza y otros.

Yo, sin que mi padre lo sospechara, me llevaba al saladero cuantos libros y cartas de esos podía, y me daba mis panzadas de lectura como si cometiera algún pecado. Mi padre no me hablaba sino del negocio y tenía ciertos aforismos como éste: "En este país, todo hombre previsor debe tener panadería ú horno de ladrillos."

Y me hacía unas largas disertaciones sobre los placeres de la pesca á la que era muy aficionado; y me llevaba á pescar con él, haciéndome pasar unas horas de fastidio indecible. ¡Pobre viejo! era un gran pescador.

Pretendía conocer todos los peces por el modo como picaban la carnada, y, sin embargo, hizo un día fiasco, ante mis propios ojos porque, creyendo que había pescado un *manguruyú*, lo que el anzuelo había agarrado era un cuero de vaca, podrido. La explosión de mi risa fué castigada con un pescozón que, por poco no me echa en el remanso; para que se vea que ni los padres resisten al ridículo en presencia de los hijos.

De la política, de la política de entonces, nunca me decía una palabra. Y como yo era muy federal, muy rozista, algo me faltaba. ¡Y ya lo creo que era yo muy federal! Mi tío era para mí un semidiós, el hombre más bueno del mundo. Yo retozaba en su casa, como no podía hacerlo en la mía, con una cáfila de primos. Entrábamos, *ad libitum* en sus piezas, sin que él nos hiciera más observación que ésta:... "¡Bueno, bueno! pero no me toquen los papeles... eh?" Y al retirarnos, á toda la sarta de sobrinos les daba lo siguiente, el sá-

bado á la tarde, indefectiblemente: una docena de divisas coloradas, nuevitas, que nos hacían el efecto de la *muleta al toro.* Un peso fuerte, en plata blanca, que nosotros después cambiábamos en moneda corriente, discutiendo el precio con nuestros respectivos *tatitas,* y un retrato litografiado de Quiroga, diciéndonos siempre estas mismas, mismísimas palabras (y repitiéndoselas á cada uno): "Tome, sobrino, ese retrato de un amigo, que los salvajes dicen que yo mandé matar." Esta palabra *salvaje,* no crean ustedes que inspiraba entonces un sentimiento de horror; pues yo me acuerdo que, cuando estaba en la escuela de don Juan Peña, no se la aplicaban los muchachos unos á otros para asustarse, sino como afrenta. Ayer todavía nos acordamos de esto con José Ignacio Garmendia.

Los que no han alcanzado aquellos tiempos no pueden hacerse una idea de lo que era la atmósfera que en ellos se respiraba. Entonces no había discusión, no había crítica, no había juicio. Todo era colorado, en realidad ó aparentemente, y colorado quería decir federación; y todo esto era para mí un amasijo indiscernible, mezclado con la memoria de Dorrego, fusilado por Lavalle, con la noción de Independencia, de Patria, de Libertad. Yo, más tarde, comparando los hombres de antaño con los de ogaño, viendo que no eran mejores intrínsecamente los unos que los otros he comprendido, — lo que era la Santa Inquisición, — y cómo Torquemada pudo ser un hombre virtuoso.

¿O son mejores los Anchorena, los Guerrico, los Paz, los Arana, los Insiarte, los Vela, los Lahitte, los Torres,

los Unzué, los Roca, los Baudrix, los Terrero, los Peña, los Pereira, los Garrigós, los... sería cosa de nunca acabar, de ahora, que sus antepasados?

Sólo allá, como entre sueños, hago memoria de algunas conversaciones, como crítica, que me parecía sorprender, oyéndolo cuchichear á mi padre con algunos de sus amigos íntimos; aquí en Buenos Aires, con el doctor Maza y el general Guido que eran sus tertulianos de malilla; y allá en San Nicolás de los Arroyos, con un personaje que tenía, para mí, la estructura de un filósofo, de aspecto respetabilísimo, don José Francisco Benítez, padre de este joven Mariano, que ahora figura, — y en la Villa de Luján, en donde solíamos pernoctar, con el señor don Francisco Javier Muñiz, miembro correspondiente de la Academia Española, cuya instrucción mi padre ponderaba mucho; porque siempre, después de una conversación con él, cuando se quedaba solo con mi madre, decíale éste á aquélla: "¡Qué lástima que este hombre esté soterrado aquí!"

Que yo era muy federal y muy rozista, he dicho. Agregaré que los unitarios no me parecían mala gente; porque no creía que eran gente. Y de los extranjeros, que ahora hacemos tanto por atraer, y que son gente como nosotros los criollos ¿qué les diré á ustedes?

¿Qué había de pensar, qué había de creer, qué había de comprender, qué había de sentir el que registrando á hurtadillas los papeles de su padre hallaba documentos como el que sigue? (que se lo regalo á usted, doctor Pellegrini, como un autógrafo precioso).

Habla el futuro *Libertador:*

(I) ¡Viva la Confederación Argentina!!
¡Mueran los salvajes unitarios!

Señor general D. Lucio Mansilla.

Cuartel General en Concordia, 1º de Enero de 1846

¡Mi apreciado y antiguo amigo! Sin embargo que no he recibido respuesta á la última carta que le dirijí, pero como hace tiempo que está interrumpida nuestra correspondencia, y yo con los amigos que aprecio como Vd. no guardo reglas de etiqueta, es que le dirijo esta, saludándolo y dirijiéndole mis más íntimas y afectuosas felicitaciones por el combate glorioso que con valor heróico supo Vd. sostener contra las fuerzas anglo-francesas en la vuelta de Obligado, enseñando á esa canalla europea de cuanto son capaces los americanos.

Mucho deseo se haya Vd. restablecido completamente de la honrosa herida que recibió.

Hace ocho dias me hallo de regreso del Estado Oriental y dentro de una hora marcho para Corrientes con un ejército de bravos, que muy pronto concluirá con el salvaje manco Paz y con las esperanzas que en este traidor tienen los ambiciosos extranjeros.

Para acelerar las primeras operaciones y ocurrir con prontitud donde convenga, he resuelto adelantarme con la vanguardia, haciendo liga con lo demás del ejército el señor General Garzon.

(I) En esta carta y en las siguientes, se respeta la ortografía con que aparecen escritas en el original.

Deseo que Vd. lo pase bien y que se persuada que ahora y siempre soy y seré su amigo y S. S. q. b. s. m.

Justo J. de Urquiza.

. . . . . .

Se dirá que éste era un hombre de un temple excepcional, pero ¿acaso los sacerdotes no empleaban más ó menos, las mismas fórmulas en la intimidad?

Véase cómo empieza esta carta del venerable cura párroco del Salto, excelente sujeto.

¡Viva la Confederación Argentina!!
¡Mueran los salvajes unitarios!

Señor General D. Lucio Mansilla, Comandante en Jefe del Departamento del Norte.

Julio, 23 de Noviembre de 1845.

Respetado Señor:

El denuedo con que V. S. ha recibido á los pérfidos extranjeros dignos aliados de los inícuos salvajes unitarios, me ha llenado de satisfacción y de grandes esperanzas á los pueblos.

Saben ya que con jóvenes apénas iniciados en el arte de los combates se ha hecho probar hasta donde llega el valor Argentino y que lo que faltó á la experiencia lo suplió la dirección.

Dijeron algunos que V. S. había sido herido y si le ha

cabido esa desgraciada gloria, me alegraré que ya se halle restablecido.

Reciba V. S. los respetos con que la saluda S. S. y confederado capellan Q. B. S. M.

Carlos Torres.

¿No basta la mansedumbre evangélica?

Véase esta obra de uno de los hombres más mansos que esta sociedad haya conocido; de don Francisco Saguí, tío carnal del doctor Miguel Esteves Saguí, cuyos bienes éste heredó.

¡Viva la Confederación Argentina!!
¡Mueran los salvajes unitarios!

Buenos Aires, Diciembre 8 de 1845.

Señor general don Lúcio Mansilla.

Mi querido hermano y señor:

Si el 20 de Noviembre de 1845 no ha sido coronado por un esbelto triunfo: no ha sido no, por culpa de la mano que regía el combate mas glorioso que jamás vieron las aguas del Paraná: — en cambio bien y justamente puede Vd. enorgullecerse con la exacta idea, de que su enerjía y pericia ha frustrado planes indignos pregonados bajo el emblema de la humanidad; y ha aturdido á los mismos enemigos.

Bien puede y debe levantarse en la vuelta de Obligado un Padron que manifieste perpétuamente que "El tan

ponderado poder de la soberbia Albion y del atrevido Galo encalló allí."

Por lo demas, despues de la manifestación del excelentísimo gobierno hecha de la manera mas exacta: ¿qué podría decirle yo, que no fuese débil y desmayado?

¿Como sigue V. de su herida? ¿como de su pleito interno? Desgraciadamente el mío que me ha tenido en cama desde el 1º hasta hoy, ha sido la causa de no felicitarlo tan pronto como hubiera querido; y con todo esta tardanza me proporciona un otro motivo para hacerlo de nuevo con motivo de que Andrea me refirió anoche al retirarme en coche porque ha estado como yo, y á un mismo tiempo enfermo en cama con mi apreciadísimo Luchito, con sorpresa, y contento despues, de Agustinita, que había hecho una escapada, para dar una vista á su casa; al saber por él, del arrojo de 32 varas de solitaria, quedando despues como nunca de ágil y alegre: — saliendo V. por consiguinte en esta ocasión mal calculador. (I) No sé si lo seré yo mejor al decirle un palabra de nuestra respetable madre. Esta señora para mí tirará... hasta quince dias mas.

A Dios hermano y Sr. lo abraza á Vd. su hermano.

Francisco Saguí.

P. D. — Andrea me encarga presente á V. á su nombre iguales felicitaciones, no haciéndolo ella por sí, por sus extraordinarias actuales atenciones y sus incomodidades de salud."

(I) Este Luchito soy yo, que entre otras curiosidades tuve en mi vientre hasta setenta y dos (72) varas de tenia.

Esa, como esta otra, escrita por un santo varón, mi tío D. Tristán N. Baldez, tiene lemas de muerte, no sólo adentro, sino como preludio en el sobrescrito.

¡Viva la Confederación Argentina!!
¡Mueran los salvajes unitarios!

La Cabaña, Diciembre 4 de 1845.

Mi estimado amigo y compadre:

Despues de una alarma general en toda la familia, procedente de la herida recibida en el honorable combate dirigido por V. contra los piratas ingleses y franceses, tuvimos la gran satisfaccion de saber que la herida no era peligrosa, y que ya se hallaba en aptitud de seguir sus acertadas combinaciones en honor del Pabellon argentino, que tan gloriosamente ha sostenido.

Intimamente felicito á V., pues habiendo escapado á ese volcan de fuego enemigo, le ha hecho conocer cuanto valen los americanos en defensa de su libertad.

Del mismo modo, acepte las felicitaciones de su hermana y su madre y de su sobrino, quienes unidos á mis votos deseamos concluya felizmente tan honrosa empresa.

El cielo acceda á los deseos de su herm. y comp. afmo.

Tristan N. Baldez.

El formulario de los amigos políticos ó personales, el de los cuñados, y hasta el de las yernos, aunque éstos fueran extranjeros, era el mismo. Hé aquí la prueba

y esta carta era escrita nada menos que por un ciudadano de la gran república modelo de Estados Unidos:

¡Viva la Confederación Argentina!!
¡Mueran los salvages unitarios!

Buenos Aires, Diciembre 4 de 1845.

Mi querido padre:

Con un placer que no puedo explicar, y al mismo tiempo con orgullo, he sabido de la gloriosa defensa que ha hecho V. contra la Inglaterra y la Francia; he sentido bastante el no saber que estaba V. herido, pero al momento supe que no era de peligro y una enfermedad de mi padre me detiene acá por ahora, fué atacado por una apoplegía y ha quedado inútil una pierna y un brazo.

Estando en la estancia supimos que habia habido una accion y que V. habia llegado á la ciudad, herido; por ese motivo le escribí á Emilia del modo que le escribí. Vine yo á la ciudad y encontre que no era cierto, ya sabe ella, porque mandé una carta antes de ayer con la Gaceta. Todos en la estancia, quedaron buenos. En el campo y en la ciudad no se conversa mas que de la resistencia que ha hecho V. — No saben como ponderar su valor y talento militar, entre todos, los mismos ingleses que conozco que son enemigos del Gobierno se unen con los otros en elogiarlo.

Mi querido padre, sé que sus atenciones son muchas; no puedo escribir cosa que no sabrá por otra mano en mejor lenguaje, y así no seré muy largo.

Al señor Garmendia muchas expresiones, y felicitaciones por su honorable herida, á Samuel y Pepita — memorias de todos los conocidos, recuerdos de mi parte.

Si V. tiene un momento desocupado, y puede mandarme una carta para el señor Juez de Paz de San Vicente, pues es el que estaba ha salido, recomendándome y avisándole que el almacen es de V., me hará un gran favor.

Deseando verlo á V. despues de lo que ha sucedido, mas que nunca, queda su afmo. hijo y amigo.

Ricardo Sutton (hijo).

P. D. — D. Guillermo é Isabelita Livingston mandan á Vd. muchas expresiones y están muy contentos con que V. ha salido tan bien de sus peligros.

Así escribían los no letrados. Los leguleyos como D. Miguel Otero, escribían como se va á ver, *permitiéndose* no poner nada adentro pero en cambio, ponían esto afuera, en el sobre:

¡Viva la Confederación Argentina!!

¡Mueran los conquistadores anglo-franceses y sus infames colaboradores!

Señor General D. Lucio Mansilla.

D. M. O.

San Nicolás

Buenos Aires, Noviembre 3 de 1845.

Señor General, D. Lucio Mansilla.

San Nicolás

Mi estimado amigo:

En la muy apreciable fecha 12 del presente me recomienda Vd. que no los olvide en mis oraciones, como cristiano. Estas (á pesar de mi constante devocion), han sido frecuentemente interrumpidas por la anciedad de saber la suerte que les cabría en la inícua irritante agresion anglo-francesa.

Al fin he sabido con inefable placer que salió Vd. con vido á la cabeza de esa division, que ha sostenido, con heroicidad ejemplar un horrible y desigual combate con los invasores, cuya fuerza era exesivamente superior en todos respectos. Sabíamos que eran argentinos los que defendian su tierra, y confiábamos en que, á pesar de la superioridad enemiga, llenarían su deber; pero el hecho ha sobrepasado las esperanzas de todos, dando á la patria un dia de gloria inmortal.

Los enemigos se han batido con tenacidad (nada admirable) por la confianza y seguridad que les daba el mayor número y disciplina de sus tropas veteranas, el mayor número y calibre de sus cañones, y sobre todo, por la certidumbre de no poder ser abordados en sus buques.

Vds. han resistido y peleado á pecho descubierto; con tropas de solo paisanos, con pleno conocimiento de aquellas ventajas hasta concluir las municiones, dando

al mundo un testimonio incontestable de que los Argentinos prefieren la muerte al yugo de los conquistadores. Este es un valor sublime, é inmensamente superior al de los anglo-franceses.

Con toda la emocion de mi corazon, me congratulo en felicitar á Vd. y á esa division, por tanto valor, tanto heroísmo y tanta gloria.

De Vd. siempre afmo amigo.

Miguel Otero.

Y los eruditos, los sabios, los jurisconsultos, — algunos de cuyos sabios habían estudiado en Europa, bajo los auspicios de Rivadavia, siendo discípulos de Dupuytrén ¿qué jerga empleaban?

Ahí van, por su orden, varias misivas interesantes:

¡Viva la Confederación Argentina!!
¡Mueran los salvajes unitarios!

Buenos Aires, Diciembre 6 de 1845.

Señor general don Lúcio Mansilla.

Salud, y un millon de abrazos y felicitaciones reciba Vd. de mi parte, mi querido general, hermano y amigo. Salud tambien mil veces en su nombre á ese puñado de héroes, hermanos, y compatriotas nuestros que sosteniendo sobre sus hombros, y amurallando con sus pechos el Paladion de la Libertad y de la Independencia Americana, en las Baterias del Paraná, han quemado como perfume de los hombres libres en las sagradas Aras de

la Patria, hasta el último grano de pólvora, con que han arrojado la muerte, y el oprobio sobre esos soberbios Estranjeros, miserables esclavos de dos poderes Europeos, Liberticidas del Mundo, en Mar y tierra. La patria de los Argentinos, la Madre de esos hijos, que en la memorable accion, y desigual combate del 20 de Noviembre, se han cubierto de inmarcesible gloria, que han inmortalizado sus nombres, y han enaltecido hasta los cielos el carácter y el valor argentino, les tiene ya un lugar eminente y bien merecido, en el templo de la inmortalidad, puesto á su frente al bravo General Mansilla, que á su cabeza recogió en ese dia todos sus peligros y todas sus glorias, para ofrecerlas á la Patria y para prentárselas al primero de sus hijos, al génio de la Paz y de la Guerra, al Ilustre porteño, el Exmo. D. Juan Manuel de Rosas, cuyo nombre repetido mil veces en todos los puntos, y en todos los instantes del combate, recordaria á nuestros compatriotas ese valor, esa firmeza y patriotismo de la fuerza estraña á los cuales, la solidez de su génio no se deslumbró jamás.

Feliz V. mi apreciado General que despues de ese dia, en que una muerte tan honorable pudo poner fin á una carrera de importantes servicios á nuestra patria, y abrirle el principio de un renombre inmortal para V. y para sus hijos volvió á levantarse, de entre los golpes de mil muertos, arrojados por esos Salvajes Estranjeros, á empuñar otra vez el pabellon Argentino, á armar de nuevo su diestra para sostenerlo invencible, y á rendirle aún nuevos servicios.

Yo tan lleno de entusiasmo, como de admiración por

tanto honor, y tanta gloria, que le ha dispensado la suerte, y que la justicia hará resonar en ambos mundos, vuelvo otra vez á felicitarlo, con toda la efusion de los sentimientos de mi patriotismo y de mi amistad, como el mas justo homenaje de un hombre libre, que tiene el mayor placer, en ser su compatriota, hermano, y amigo que lo aprecia y B. S. M.

Miguel Rivera.

Después de un discípulo de Dupuytrén, oigamos á un honrado cuanto sabio abogado:

¡Viva la Confederación Argentina!!
¡Mueran los salvajes unitarios!

Sr. General Don Lucio Mansilla.

Córdova, 2 de Diciembre de 1845.

Mi querido amigo y compatriota:

Las glorias del soldado no están vinculadas al éxito de los combates. Nadie se acuerda de la victoria de Gelois en los campos de Sicilia, sinó para lamentar la muerte de ochenta mil cartagineses. Pero el curso de los siglos no ha podido gastar la memoria de los Lacedemonios que perecieron en las Termópilas, defendiendo los fueros de su Patria. No hay quien no grite, lleno de entusiasmo, al contemplar este cuadro: "Honor á los vencidos." Tan justo es el homenaje que se rinde al patriotismo y á los hechos heróicos!

¿Qué importa, mi querido amigo, que la fortuna no haya favorecido nuestras armas en la *Vuelta de Obligado?* El enemigo ha obtenido una victoria, que no puede cantar, porque ni sabe cuales puedan ser sus frutos, ni tiene de que gozarse en haberse abierto paso bajo una fuerza superior á la resistencia que se le oponía. Pero el ilustre General Mansilla, el viejo soldado de la Independencia, el vencedor en el Ombú, y los denodados Argentinos que sirvieron á sus órdenes, han agregado nuevos timbres á los que recomendaban sus nombres, peleando con denuedo hasta quemar el último cartucho. ¡Bravo! mi querido General. ¡Mil veces, bravo! desde aquí, canto sus glorias, las glorias de las Defensas de la Independencia.

Tal vez la Divina Providencia ha dispuesto el efímero triunfo del 29 de Noviembre para exaltar el orgullo anglo-frances, y acerle mas sensible la lección que le espera.

Hagamos, mi querido amigo, en la parte que á cada uno corresponde, por ver cumplido aquel anuncio. Cien victorias en que perezca hasta el último argentino, necesitan nuestros enemigos para decirse vencedores. Nosotros no necesitamos sino una para enseñarles á respetar nuestros fueros, nuestra independencia. — Marchemos á buscarla.

Adios, mi buen amigo. Reciba V. un abrazo y las felicitaciones de su amigo y compatriota

Eduardo Lahitte.

El mismo don Francisco Javier Muñiz no podía sustraerse á la fatídica imprecación. He aquí la prueba:

¡Viva la Confederación Argentina!!
¡Mueran los salvajes unitarios!

Villa de Lujan, Diciembre 1 de 1845.

Señor General D. Lúcio Mansilla.

Mi General:

Permita V. que le felicite, con la emocion mas profunda, por la vigorosa y memorable defensa que ha dirigido V. contra las fuerzas navales anglo-francesas. Este brillante hecho de armas, al paso que acredita la resolucion heróica de los denodados defensores del honor é independencia de la República, es un nuevo timbre glorioso al valor personal y á la inteligencia de uno de nuestros mas intrépidos y distinguidos veteranos.

Repito, señor General, mis cordiales congratulaciones, despues que por el esfuerzo y bizarría con que sostuvo V. aquel sangriento combate, por haberse preservado, en su confusion, de la muerte, que aunque gloriosa y buscada tantas veces por un soldado de cuarenta años de esclarecidos servicios, fuera irreparable y la mas sensible pérdida para todos sus compatriotas y amigos.

Besa, señor General, respetuosamente sus manos.

Francisco Javier Muñiz.

De todas partes soplaba el mismo viento: De Buenos Aires, de Córdoba, de Concordia, del Paraná (tengo



cartas del abuelo de mi amigo Antonio F. Crespo) de los Santos Lugares (suprimo las de Antonino Reyes y ¡singular anomalía! es una de las menos exaltadas.)

Todo el mundo, hasta los más inofensivos personajes de adorno, véase cómo se expresaban:

¡Viva la Confederación Argentina!!
¡Mueran los salvajes unitarios!

Buenos Aires, 28 de Noviembre de 1845.

Señor General D. Lúcio Mansilla.

Mi antiguo amigo:

Despues de haber leído el parte de la memorable accion del 20 del presente y despues de habr sabido el heroísmo con el cual se han distinguido todos, ¿qué elogio ni qué expresion puede haber bastante para manifestar el contento, el asombro y la gratitud al General que mandó tan grandiosa empresa?...

Puede ser, mi amado amigo, que algunos que no te conocian, como yo, esperasen, mas ó menos, alguna otra ocurrencia de tu valor, de tu patriotismo federal y de tu constancia; pero yo que he gozado de tu amistad desde la Escuela, que te conozco *tanto*, que sé hasta donde llega y hasta donde te interesa el buen nombre de nuestro amado General en jefe, el Exmo. Sr. Gobernador D. Juan M. de Rosas, nada, absolutamente nada, me ha sorprendido, porque todo lo creí tal cual ha sucedido. El único temor que constantemente me acompañaba era

tu vida; pero gracias á la Providencia la salvaste y con ella tu honor y fama. Sé que nuestro amado General Rosas está muy contento y muy satisfecho: esto es todo lo que puede desear un Jefe.

Mi mujer, mi hija Enriqueta, mi hijo Adolfo y Marenco te felicitan y se felicitan.

Agustinita está buena, linda como siempre — tus hijitos guapos; pero desgraciadamente parece inevitable la pérdida de tu querida madre la señora Da. Agustina — sigue mala y los facultativos no tienen ningun género de esperanza: la catástrofe es indudable, para lo que debes estar preparado.

Adios, General, y muy amigo mio: quiera la suerte que nos veamos cuanto antes para darte un fuerte abrazo.

Victoriano Aguilar.

P. D. Nuestra linda y muy amada Manuelita está ya muy aliviada de su último ataque á la cara: se acuerda mucho de tí y te hace millones de elogios.

Esa era la leche que yo mamaba, el ambiente que me envolvía, el aire que me saturaba. Mi padre debía creerme, como era natural, un muchacho con las mejores inclinaciones federales. Pero está de Dios que el hombre ha de aprender en cabeza propia y que la emancipación del espíritu se ha de hacer, *quand même*. La lectura de la correspondencia mixta de mi padre me confundía, y había algo como un embolismo en mi cabeza, á fuerza de oírlo hablar con tanto entusiasmo de Rivadavia, de Oro, de Agüero. Y, por añadidura, Rivera Indarte habíale

cantado versos entusiastas á mi madre, — en libro, dedicado á ella que corre impreso. (I)

Mi vida se deslizaba entre las anomalías, las incoherencias é incongruencias apuntadas, trabajando, al parecer, porque vivía en el saladero. Pero la verdad es que mi cerebro se iba calcinando, á fuerza de rellenarlo con las Oraciones de Cicerón, con las páginas tan ardientes de la *Nueva Heloisa,* y por el empeño de querer entender, no tanto el Derecho de gentes, sino el *Contrato social.*

Mi padre,—que después he caído en cuenta de que estaba más enamorado de mi madre que del sistema de su cuñado, — venía habitualmente al saladero, á eso del medio día, y yo le esperaba en el puesto *de honor*, en donde se desnucaban las reses. Aquí, entre nosotros, esta industria nacional ¿no habrá contribuido un poco á familiarizarnos con el derramamiento de sangre, — lo mismo que el circo romano y las corridas de toros, han contribuido á endurecer ciertos sentimientos de humanidad?

Como el saladero me tenía, sin que yo lo tuviera, sucedió que una bella mañana no lo sentí entrar al autor de mis días, sino cuando, tal cuan grande y hermoso era, estuvo delante de mi cama, sobre la que yo yacía, echado boca abajo, leyendo con inmenso, febril afán...

Salté, como movido por un resorte, crucé los brazos y pedí la bendición habitual, que me fué otorgada, en

---

(I) Bajo el título de "La Brocamelia", *(Clerodendrón)* que en Botánica, quiere decir "árbol de clero" porque los sacerdotes de la India la emplean en sus ceremonias.

esta dulce forma, haciendo el signo de la cruz con la diestra: "Dios te haga bueno, hijo".

Yo me sonreí, como pidiendo excusas, de no estar en mi puesto. Mi padre echó una mirada al libro, y con una expresión inefable, díjome: "¿Qué estás leyendo?"

—Un libro en francés.

Este *en francés,* dentro de mis abismos psicológicos implicaba, "si es en francés, aunque sea suyo el libro, usted no ha de saber de lo que trata."

Mi padre, que era un rayo de vivacidad, que sabía las cosas más extraordinarias por adivinación, — así debieron ser los primeros sabios — arguyóme, por no decir, repuso, con cierto tinte de tierno enfado:

—No te pregunto en qué lengua está, sino de qué asunto tan interesante trata, que te hace olvidar el cumplimiento de tus deberes.

Me sentí nada más que humillado por lo último; leía pero no digería, y contesté:

—El *Contrato social* de Rousseau.

Mi padre frunció sus tan pobladas cejas, y refunfuñando un *heen*... echó á andar, diciendo:

—Vamos, vamos á ver la faena.

El fin, como dicen los folletinistas, para el próximo jueves, doctor Pellegrini, — y entonces veremos si tengo un poco de eso en que Joubert dice que consiste el estilo, que es en darle cuerpo y configuración al pensamiento, por la frase.

La memoria es independiente de la conciencia, — en su elaboración no entra ningún elemento psíquico. Así, cuando un estado nuevo se implanta en el organismo se conserva y se reproduce. Sucede con la memoria, como hecho biológico, lo que con algunos fenómenos inorgánicos.

Las vibraciones luminosas pueden ser encerradas en una hoja de papel y persistir en estado de vibraciones silenciosas. Hay sustancias que las revelan, por decirlo así; todo tiene su reactivo. No hay misterios sino para la ignorancia. Colocad una llave sobre una hoja de papel blanco, ponedla al sol, un rato, guardad ese papel en un cajón oscuro, y al cabo de algunos años, la imagen espectral de la llave, estará todavia ahí visible. Los problemas de la vida y de la muerte son infinitos. Pero la observación y la ciencia penetran todas las oscuridades. El microcosmos es como la gran antorcha del macrocosmos.

La percepción de un objeto *coloreado* (sub-rayo, de miedo de los *aristarcos* intransigentes), suele ser seguida frecuentemente, de una sensación consecutiva: el objeto continúa siendo visto con los mismos contornos; pero con el color *complementario* del color real. Lo mismo puede suceder con la imagen, — con el recuerdo. Ella deja, aunque con menos intensidad, una imagen consecutiva.

Cerremos los ojos (no á todo...) tengamos una imagen cualquiera simpática ó antipática, de un color vivísimo, fija largo rato, en la imaginación. Abrámoslos de repente, fijémoslos en una superficie blanca *(tersa)*

durante un brevísimo instante, veremos en ella la imagen contemplada por la imaginación, con el color complementario.

Yo, desde mi cama, recostado sobre los almohadones que uso para no fatigarme, mientras leo, y evitar que por la demasiada horizontalidad, afluya mucha sangre á la cabeza, veo, no siempre que quiero, pero con mucha frecuencia, en la pared que me queda en frente, — las cosas más agradables. Y un amigo, á quien le he dado esta receta, porque es un poco petardista, me ha confesado que casi todas las noches ve patentemente una vidriera de cambista.

Wundt, observa que el hecho á que me refiero prueba que la operación nerviosa es la misma en la percepción y en el recuerdo.

Como se ve, científica y pintorescamente hablando, la memoria de las cosas pasadas no es más que una visión espectral en el tiempo y en el espacio.

Mi padre me había sorprendido. Ahí quedábamos. El podía tener ya la clave, aunque no hubiera leído á Leibnitz, el cual dice que "el alma humana es un autómata espiritual", de la inevitable evolución que haría el niño, á medida que se fuera desenvolviendo. Porque el buen viejo, si bien no hablaba la lengua que explica cómo es que los fenómenos del alma están sujetos á un determinismo tan riguroso, aunque completamente interno, como los fenómenos del cuerpo, sabía por adivinación ó por intuición, de lo que ahora se llama fisiología psicológica, esto que es igual: que todo se liga adentro, como afuera; que ciertos alimentos dan cierto vigor;

que ciertas lecturas producen ciertas enfermedades ó curaciones.

Recuerdo que alguna vez le decía á mi primo Sabino O'Donell, médico erudito, padre del actual comandante, Carlos O'Donell, discurriendo sobre el sistema de Gall, que entonces metía mucho ruido:" Yo he considerado siempre la cabeza humana, como un armario lleno de cajones y cajoncitos, cuya llave maestra es el sentido común." No sabía mi padre, como se ve, lo que era una célula nerviosa, si ésta puede conservar muchas modificaciones diferentes ó si, una vez modificada, queda polarizada para siempre. Pero si le hubieran dicho que, según los cálculos modernos, el número de cédulas cerebrales (sus cajoncitos) es de 600 millones (y algunos pretenden más), él, mi padre, se hubiera declarado partidario de los que aceptan la hipótesis de una impresión única. ¡Qué diablo de viejo tan *talentudo,* como dicen nuestros paisanos! Un día lo llevé á Wilde á comer á su casa, le tiramos la lengua y nos hizo una disertación, — lo diré sin ribetes científicos, para que me entiendan todos los que saben leer, — sobre la cabeza, como centro nervioso; el brazo, como hilo conductor; la mano, como manipulador magnético ó eléctrico y la escritura en sus infinitas combinaciones de letras y signos producidos instantáneamente sin reflexión, es decir automáticamente, — que le dejó á Wilde con la boca abierta. Y esto no deja de ser una hazaña, porque Wilde es uno de los hombres que abren menos la boca en esta tierra, donde, por otro lado, son pocos los que andan papando moscas.

Yo no olvido, pues, ni puedo olvidar aquella sensación de sorpresa, ni el recuerdo persistente que ella me ha dejado. Miro mi estrecho dormitorio, un *rancho* de paja en aquel entonces; cierro los ojos, los abro de improviso y la escena se anima, destacándose en el cuadro la cara angulosa de mi padre, cuyos ojos eran vivaces como el carbunclo, haciendo con los labios esa gesticulación tan característica, que, acompañada de un movimiento automático de la cabeza, de arriba á bajo, dice con la elocuencia muda de una sorpresa que no se puede ocultar: ¡Ah! ¿con que esas teníamos?

Que mi padre se había sorprendido de pillarme leyendo nada menos que el *Contrato social,* no me cabía duda. Pero la impresión molesta que me pareció descubrir en él ¿de dónde provenía? ¿De que descubrió, contra toda su previsión, que yo era gran lector, y á hurtadillas, — ó de que lo que leía era determinado libro? Eso yo no lo discerní en aquel instante, ni mucho después, como más adelante se verá. Lo que en mí persistía era simplemente esto: "Caramba, he hecho mal en tomar del armario de *tatita* un libro, sin pedírselo." Y ¿qué diría si supiera que le robo hasta sus cartas?" Porque tomarle los libros no me parecía robo, y lo otro, sí; sobre todo, después que esa palabra interior, que nunca nos engaña, porque es la voz de la conciencia, me decía: "Has hecho mal." Y tanto peor, cuanto que por leer al señor don Juan Jacobo, que no pocas cabezas ha puesto al revés, prescindía del cumplimiento de mis deberes, apartándome del *puesto de honor,* que era donde se desnucaban las reses, como ya lo dije, y olvidando las

letanías sobre hornos de ladrillo, panadería, y conveniencia de ser esencialmente un hombre de trabajo en este país, que era la sempiterna tesis del viejo, — con sus correlativas reflexiones sobre las ventajas y utilidad de la pesca, hasta el día en que, como dicen, por el interior, le salió *jaca* ó cuero el *manguruyú*, que creía haber agarrado con su formidable anzuelo.

Por lo que pueda valerle á algún aficionado (no sé si usted lo es, doctor Pellegrini) diré, antes de proseguir, lo que mi padre sostenía sobre esta rama del *sport:* "El hombre que pesca, medita, se concentra, conversa consigo mismo, y como la familia de los peces es numerosa y variada, tiene mucho que aprender, observando sus costumbres, su ingenio, para comerse la carnada y no tragar el anzuelo; por otra parte, agregaba, la vista del agua, de la vegetación, todo lo que constituye el paisaje que necesariamente rodea al pescador, lleva á su espíritu cierta amenidad. He observado mucho á los pescadores, decía, no hay pescador mal sujeto. Y luego, el pescado es un gran alimento: contiene mucho fósforo; se digiere con facilidad, es el gran problema de la higiene. Buena digestión, hijo mío, y tendrás buena salud y buen humor."

Así hablaba él. Nada tengo que observar á lo de la salud. Respecto del humor, yo tengo otra máxima; forma parte de la colección, tercera serie de Pensamientos, que uno de estos dias publicaré: "El secreto del humor está en el libro de caja."

Naturalmente, yo tengo que pensar á la inversa de cómo pensaba mi padre: está escrito, porque, como dice

Goethe, el tiempo marcha y arrastra los sentimientos, las opiniones, las preocupaciones y los gustos. Si la juventud de un hijo se desliza en la misma época de la revolución, se puede estar seguro que no tendrá nada de común con su padre. Si el padre viviese en una época en que fuera agradable apropiarse alguna cosa, asegurarse su propiedad, redondearla, reducirla y disfrutarla en el retiro, lejos del mundo, el hijo no dejaría seguramente, de extenderse, comunicarse, esparcirse y abrir lo que su padre hubiere cerrado.

Salimos... yo detrás de mi padre, cabizbajo, rehuyendo su mirada; llegamos á los *galpones* (esta palabra no está en el diccionario de la Academia) la faena estaba en su apogeo; no se veían sino cuchillas relucientes, miembros mutilados, manos empapadas en sangre; ¿qué digo? hombres empapados en sangre hasta las narices; no se oía, por decirlo así, como nota dominante, sino el quejido lastimero de las reses, pidiendo piedad en el brete, y yo mismo, ahí, en él, me entretenía inocentemente en desnucarlas, imitando la destreza salvaje de aquellos carniceros tan americanos, que en mi imaginación de niño, tomaban las proporciones de algo extraordinario, más varonil que el resto de los simples mortales. Había, entre ellos un vasco, enorme tagarote, que era también diestrísimo desollador, y el cual, cuando mi débil mano no podía, él la ayudaba á introducir la mortífera daga en la nuca. ¡Y cuántas veces, porque el golpe era mal asestado y el pobre animal resistía á la muerte, no oí gritar, repitiéndolo: *¡tomá, salvaje!* Seguramente, que en

los saladeros de los unitarios, decían: *¡tomá, mazorquero!* ¡Qué horror!

¡Qué curiosos somos los padres, y cómo nos volvemos puras contradicciones, cuando se trata de nuestros hijos!

De lo que voy diciendo, se deduce que mi padre no quería, cuando yo tenia diez y siete años, hacer de mí, sino un hombre trabajador, y otras yerbas quizá. Y sin embargo, procedió al revés.

Voy á poner de relieve la contradicción.

El general don Carlos María de Alvear, vivía en la calle de la Florida, frente á donde actualmente vive el señor don Adolfo Carranza; la casa está intacta. Resiste, como ciertas piedras que hay en determinadas veredas, que uno sabe de antemano que si llueve y las pisa, va á ser salpicado. Felizmente, uno se sabe tan bien de memoria la topografía de esta tan ponderada ciudad, que, hasta dormido, puede caminar al tanteo. Mi padre era su amigo, uno de esos amigos, como hay muchos. Solía hablar mal de él. Pero no permitía que otros lo hicieran. A propósito de esto, he de dedicarle á Torcuato una *Causerie*. Bueno, mi padre estaba de visita, en casa de su amigo, y yo con él. Entre paréntesis diré que misia Carmen Quintanilla, la esposa del general, señora llena de gracia y de cultura, me quería muchísimo, porque diz que me parecía como una gota de agua á otra gota, á uno de sus hijos, el cual murió trágicamente en el río Potomak.

En el primer patio de la casa había una alberca, y en ella el único instrumento de floricultura, conocido entonces, un cuchillo *mangorrero*. Misia Carmen y mi

madre, el señor don Carlos y mi padre, eran amantes de las flores, — lo que no sé si probará algo, aunque me inclino á creer, que sea sintomático de cierta delicadeza en los sentimientos.

Estábamos en verano. Ellos conversaban (probablemente criticaban el gobierno, cosa muy frecuente, aunque se le sirva y se aproveche de él.) Yo, que me debía aburrir mucho, no habiendo otro muchacho, había tomado el cuchillito y escarbaba. El señor don Carlos vióme y díjome: ¡Cuidado, hijito, no te vayas á lastimar!

Mi padre, que hablaba enfáticamente, como todos los que habían servido con San Martín, arguyó: "Déjelo usted, en esta tierra, mi amigo, el que quiera ser algo, debe saber manejar bien eso."

El hecho es que mi padre me tenía de saladerista; pero el hecho es también que cuando vió que, en vez del saladero, eran otras las cosas que me preocupaban, ó parecían preocuparme, frunció el entrecejo, como diciendo: *esto va mal,* y he aquí patente la contradicción; exactamente, lo mismo que yo, que querría que mi hijo fuera fraile, y lo tengo viajando, y el muchacho apenas cuenta diez y seis años, y es dueño y señor de sus acciones, — y se porta muy bien, — y ya volvió de un viaje, y ya regresó, despues de haberle hecho una visita á su madre. ¡Fraile! entonces Mansilla va á estar en el Congreso, en contra del matrimonio civil, — dirán José Manuel y Goyena. ¡Ah!... eso, lo veremos; esa es harina de otro costal. En primer lugar, el muchacho no quiere ser fraile. Quiere ser militar, y eso, sí, no será con mi consentimiento; pero fraile, entonces, ¿por qué?

No tengo porque no decirlo: yo soy en estas cosas algo más que sincero, muy franco. ¿Qué es el amor? "Es el egoismo de dos." Yo amo más á mi hijo que él á mí. De lo contrario, romperíase la cadena de la solidaridad humana: "Un padre es para cien hijos; cien hijos no son para un padre." — Yo desearía que mi hijo fuera *padre*, van á saber ustedes por qué. El sacerdocio es un apostolado, en cualquiera religión. No mata, consuela, ayuda, salva. (No me pregunten ustedes en lo que yo creo: filosofar no es creer.) En el sacerdocio hay para todo: hay para la virtud y la imbecilidad; para la virtud y el talento, digámoslo, hay hasta para el vicio, porque todas las iglesias tienen que ser indulgentes, desde que eso es lo que predican. Yo prefiero la católica á todas las otras; aunque deba decir, en conciencia, que soy muchísimo menos católico que el Papa; y querría, por lo que fácilmente se colige, no sabiendo si mi hijo, aunque es un muchacho de juicio, será un hombre de talento, que se refugiara allí donde á nadie se le pide carta de ciudadanía, allí donde los horizontes son tan vastos que se puede llegar hasta el papado; que es, como si dijéramos, el imperio sobre millones de conciencias. Esto de ser fraile es una *pichincha*. Porque en una familia, donde hay un clérigo, todo es para él, empezando porque, como no tiene familia propia, lo consideran solo, siendo así que su familia es su grey, y acabando porque hasta las mejores empanadas son para él. "No, dice la madre; no, dice la hermana: eso, que se lo manden al cura." ¡Ah! si mi hijo quisiera ser fraile, qué buena opinión tendría yo de él! Y prescindamos de que "si hay

buenos matrimonios, no los he conocido deliciosos." Luego, esto de ser sacerdote, cuando se tiene un apellido, que es un antecedente, ya es un comienzo de prestigio social; porque si Vds. se fijan bien, con todos sus aires democráticos, la Iglesia es eminentemente aristocrática. Mas me estoy metiendo en unos berengenales, de los que soy capaz de salir airoso (¿no lo creen ustedes?); pero que no hacen á mi propósito directo, y entonces escápome por la tangente, y vuelvo á tomar el hilo de mi interrumpida narración.

Estamos en el saladero: allí se mata, se desuella, se desposta (este verbo *despostar* no es español, es un americanismo, y el diccionario de la Academia haría bien en incorporárselo; puesto que, según ella misma, *posta*, significa tajada ó pedazo de carne, pescado ú otra cosa), muévense las carretillas, los hombres van y vienen, se levantan las pilas de carne salada, van las partes crasas á la fábrica, donde se extrae la gordura, todo es movimiento, vida, animación, — nadie piensa en el Restaurador de las Leyes ni en la Federación, porque eso bueno tiene el trabajo, — así es que yo pienso para mis adentros y para mis afueras, desde que lo digo, que los que se ocupan de política, esencialmente, son los grandes perezosos del país. De ahí que la gente más politicona del mundo sean los jujeños. Prueba al canto: es la provincia, donde, sin que nosotros lo sepamos, los de acá, ha habido más mutaciones del gobierno, y más sangrientas revoluciones. ¿O se imaginan ustedes que los jujeños, porque son *semi-cuicos*, son incapaces de ferocidad? ¡Jujuy! El día en que lleguemos á Jujuy, en ferro-

carril, en un tren rápido, como se va de París á Berlín, veremos la cosa más extraordinaria del mundo: la región más bella de toda la República, en manos de los hombres más chiquirrititos. Jujuy es todo, y los jujeños son nada.

Decíale á usted, doctor Pellegrini, en mi última *Causerie: la fin au prochain numéro.* Mas así como el hombre no alcanza á levantarse un palmo de la tierra, así tampoco alcanza á ver más allá de sus narices. Los dos nos hemos equivocado. Es una página de *Historia Universal.* Yo, porque he creído; usted, porque ha esperado.

Con que así, será hasta vista, y para entonces espero poder decirle á usted *por qué* fué que hice yo mi primer viaje en una época en la que embarcarse era un acontecimiento. Supongo que usted me está leyendo. En este caso cuadra el dicho aquel (desde que habiendo empezado tengo que concluir):

Una visita es siempre un placer.

¿Cómo así?

Claro; si no lo es cuando llega, lo es cuando se va.

Mi padre se quedó en el Saladero, ese día menos tiempo que el de costumbre. Yo, mortificado por mis remordimientos, que eran punzantes, porque á cada momento se me figuraba que podía decirme: "¿Con que no sólo me tomas los libros sin mi permiso, sino que también me robas mis cartas?" — andaba sin sombra. No hallaba sitio que me pareciera bastante apartado para es-

quivarme; de modo que no respiré con expansión, quitándoseme un enorme peso de encima, hasta que no oí decir: "Ahí se va el general", sintiendo el ruido de la pesada galera, tirada á la cincha, en que "mi viejo" tornaba á sus reales.

Estaba en el brete, miré, seguí mirando, y no volví á ser yo mismo, sino cuando perdióse en lontananza, envuelto en una nube de polvo, el rojo vehículo; pues, como antes he dicho, todo era colorado, ó parecía serlo, en aquella época, — desde que hasta los sentimientos y las opiniones podían disfrazarse poniéndose chaleco y divisa colorados.

¡Qué terrible torcedor es la conciencia! Lo que yo deseaba más, á ciertas horas, era verlo llegar á mi padre; se iba, y su partida era un alivio. Con razón la justicia criminal. entre sus medios de prueba, tiene el careo: miéntras mi padre andaba *por ahí*, yo debía tener la cara de un culpable, indudablemente. Y, sin embargo, él nada me había dicho. Era yo el que había leído, en su rostro, iluminado por la inquietud, algo como este reproche afectuoso: "¿Es posible, hijo mío, que cuando yo te induzco en un sentido, tú te eches por otros senderos?

Pero todo aquello fermentaba en mi cabeza confusamente; no tenía la percepción clara, íntima, instantánea de ninguna verdad, tal como se tiene cuando un objeto material está á la vista, ó cuando el pensamiento abstracto, como un montón de ideas revueltas, toma, á fuerza de mirar uno dentro de su esfera cóncava, forma concreta, — aunque después se disipe como una nebulosa, y desaparezcan hasta sus contornos, no dejando sino

una impresión mortificante ó beatífica, según el orden de ideas, bajo cuya influencia hayamos estado, antes de recobrar lo que llamaremos el equilibrio moral. Yo entiendo por equilibrio moral la conciencia del *yo*, que nos dice, sin sofisma: has hecho bien, ó has hecho mal.

Salí del brete, y me fuí á mi *rancho*. El *Contrato Social* estaba abierto, tal cual yo lo había dejado.

Me tendí sobre la cama; no tenía sueño, pero quería dormir y apretaba los ojos para hipnotizarme y sustraerme al recuerdo de lo que había pasado.

Los débiles son así; buscan en la oscuridad el alivio de males imaginarios ó reales.

El hombre, en su primera infancia, se oculta del fantasma, que él mismo ha evocado, tapándose con las cobijas hasta las narices.

¡Cobardes! Aún después, cuando la adversidad nos descarga alguno de sus golpes, en vez de buscar la luz, nos encerramos, perdemos el apetito, el insomnio nos domina, y le pedimos al sueño, imagen fugaz de la muerte, el consuelo que debiéramos buscar, olvidando que vivir y luchar es un deber. Pues por más que se diga, que el suicidio es un acto de valor, yo sostengo que no hay tal valor en rebelarse contra las leyes de la Naturaleza; y es ley de la Naturaleza nacer, creer y perecer, independientemente de nuestra voluntad.

Este problema es, sin embargo, muy complicado. Ya lo inicié en la *Causerie* sobre *Horfandad con hache*. Es algo más que cuestión de *mínimum* ó de *máximum*, en la suma de los estados conscientes é inconscientes, teniendo en cuenta el modo de ser de cada cual y las cir-

cunstancias externas. O cuando dejamos correr las cosas, ¿no hacemos también acto de voluntad? Cuando vacilamos, cuando no sabemos si queremos ó no queremos, cuando hay deliberación sin que haya elección ¿hay ó no volición? Aquí se presenta una dificultad: la persona, el *yo*, que es causa y efecto, á la vez.

En otros términos: el *carácter*, — cuyo estudio, cuya ciencia, mejor dicho, lo que Stuart Mill llamaba, hace 40 años, *Ethología*, está todavía en los limbos intelectuales, esperando el agudo revelador de sus misteriosos secretos.

Yo sé bien que la irresolución no es muchas veces más que el resultado de una gran riqueza en las ideas, — la necesidad de comparar, de razonar, de calcular; todo lo cual constituye un estado cerebral sumamente complejo, en el que las tendencias hacia el acto se traban las unas á las otras. Alguna vez se ha querido reducir la voluntad á la simple resolución, lo que es como afirmar teóricamente que una cosa será hecha, — atenerse á una abstracción. Pero no se debe olvidar que *querer es obrar*, — que la volición es un pasaje al acto. Elegir no es más que un momento fugaz en el *processus* de la voluntad.

Me dormí, y no me desperté, hasta que no vinieron á decirme: "Suena la campana". Era la campana que tocaban en el campamento, que quedaba de allí, como doce cuadras, media hora antes de comer, — y cuyo tañido se oía perfectamente en el Saladero.

Mi caballo estaba siempre listo, y, cinco minutos después, á media rienda, yo llegaba, encontrándolo á mi

padre paseándose. indefectiblemente, balero en mano. El y yo éramos muy fuertes en ese juego. Yo no he conocido más rival que Juan Cruz Varela. Hacíamos una partida ó más, hasta que un pardo, Castro, asistente de confianza, venía y le decía: "Señor, ya está la sopa en la mesa."

En la tarde á que me refiero, llegué al campamento y me encontré con que mi padre no hacía lo de costumbre. Su casa era un vasto *rancho,* rodeado de amplios corredores, y estaba situada en una punta del río Paraná, en un sitio pintoresco, delicioso; la barranca era escarpada, había gradas talladas en la tosca para bajar hasta la orilla del río, y allí, al lado de una gruta natural ,asientos cómodos para el "sacrificio de la pesca".

Mi padre no se paseaba ni tenía el balero en la mano. Era un hombre grande, más alto que yo, varonil por dentro y por fuera. Yacía meditabundo, como el genio de la reflexión: no me sintió llegar; no volvió en sí, ó mejor dicho, no abandonó los pensamientos que seguramente le obsediaban, sino cuando yo le dije: "Buenas tardes, tatita." Volvióse, y, contestándome "Buenas tardes, hijo", se puso en movimiento, recorriendo de arriba abajo el largo corredor. Yo le seguía dándole siempre la derecha. Estaba visiblemente agitado. Yo veía, no entendía; recibía una impresión que no me decía cosa alguna. ¿Y el balero? No me atreví á preguntar por él. Caminábamos, en silencio, esperando, momento por momento, algo. Llegó Castro, y dijo: "Está la sopa en la mesa, señor". "Está bien", — contestó mi padre — "ya voy". Pero no se detuvo, siguió andando. De repente,

detúvose. Miróme de hito en hito, desde la cabeza hasta los pies. Clavó en mí su mirada de fuego. Tenía unos ojos que veían todo lo de adentro. Me registró, por decirlo así. Me midió como con compás. En una palabra, hizo mi triangulación completa. Me puso la diestra sobre el hombro izquierdo suavemente. Parecióme, como si me echaran encima todo el peso que le echaron al padre de las Atlántidas. Figuróseme que ya me iba á decir: "¡Miserable! con que hasta mis cartas me robas!" ¡Ah! juzgad de mi sorpresa, del bienestar inefable que se esparció por todo mi ser, cuando, en vez de eso, me dijo, con esa voz gruesa de los militares de la escuela de San Martín: "Por supuesto que tú piensas continuar viviendo en este país. . ." Lo miré con unos ojos en los que él debió, sin duda, leer la verdad de mi impresión: "Tatita, ¿y acaso eso depende de mí?" — Lo miré nada más, no articulé palabra, ni qué palabras había de articular si no entendía. Y así nos quedamos momentaneamente, hasta que él continuó: "Vamos á comer." ¡Ay! aquel *vamos á comer* me hizo el efecto inexplicable de un "sea todo por el amor de Dios."

Mi padre era muy fastuoso, tenía más desarrollada que la adquisitividad, — no obstante que era hombre de orden y que vivía haciendo columnas cerradas de números, — la predisposición frenológica opuesta. Era rumboso en todas sus cosas. Me acuerdo que, cuando se decía que iba á ser padrino, todos los muchachos *se afilaban* para la gran *marchanta* que habría, y que él arrojaba macuquinos á rodo, y que el "¡viva el padrino!" resonaba en todos los ámbitos, como un aplauso al ven-

cedor en los juegos olímpicos, y que, aún después que estábamos ya de vuelta en casa, — la *turba multa* se agitaba invadiendo el zaguán, siendo necesario disiparla, algunas veces, con amonestaciones de vías de hecho.

¡Eh! los muchachos dirían para su coleto: por un gustazo, un trancazo.

La mesa de mi padre no era servida por ningún artista culinario; pero se comían en ella cosas criollas muy buenas, — aunque protesten los sibaritas refinados, aficionados á la *haute cuisine*, cuyo representante clásico es Brillant Savarin, el cual, como ustedes saben, sostiene entre sus diversos aforismos que la invención de un plato nuevo contribuye más á la felicidad del género humano que el descubrimiento de una estrella; que los animales se hartan, que el hombre come, que sólo el hombre espiritual sabe comer, exclamando, no como el refrán español, que dice *Dime con quién andas y te diré quién eres*, sino *Dime lo que comes, te diré quién eres.*

¿O no son cosas buenas la carne gorda, bien asada, la carbonada, el locro, los porotos (¿y qué me dicen ustedes de las lentejas que es la sustancia vegetal más alimenticia?) los garbanzos, el dulce de leche, inventado en América por los jesuitas, los pastelitos fritos de hojaldre, de carne ó con azúcar, — y la carne con cuero, de origen árabe, que Alejandro Dumas aprendió á preparar en Argelia, y de cuya habilidad se enorgullecía más que de haber sido y ser el primer novelista francés, sea dicho sin menoscabar en lo más mínimo el renombre del mismo Balzac?

Porqué aquí entre nos, todos los otros no son más

imitadores ó copias de esos dos grandes maestros. Y nótese bien que digo francés, porque hablando de novelistas modernos hay dos nombres que se imponen: Tackeray y el inimitable Dickens, el gran campeón de la igualdad de las clases sociales, el enemigo infatigable de todos los abusos; el cual ha denunciado la justicia inglesa, como demasiado complicada, demasiado lenta, demasiado cara, — sin que se reunieran los jueces ni los procuradores, á titulo de su hombría de bien, para reclamar contra ello; sin duda porque no existía entonces, un Concejo Deliberante, como el de *puacá,* el cual no permite que, ni salvando la honorabilidad de las personas, se pueda hablar del desprestigio en que haya caído una corporación. ¡Dios sabe por qué!

Y no sólo se servían cosas muy buenas, en la susodicha mesa, sino que era muy alegre; porque mi padre comía rodeado de sus oficiales, estando éstos siempre a gusto delante de él, por la libertad de conversación fácil, que les dejaba, compatible con el decoro social y los respetos mutuos que los hombres se deben, sea cual sea su jerarquía respectiva. La demasiada familiaridad es causa de menosprecio.

Alegre, he dicho. Ese día el continente sombrío de mi padre produjo en todos una impresión parecida al efecto que nos hace, después de una larga noche de invierno, el aspecto de un cielo encapotado, cuando previo largo parlamento con la pereza, decidiéndonos al fin a dejar la cama, saltamos, y corriendo a la ventana, abrimos los postigos para ver la luz, y, en vez del sol, sólo vemos nieblas.

Mi padre estuvo callado, nadie habló.

Yo, me volví al Saladero, rumiando: ¿por qué me habrá preguntado mi padre "si pienso continuar viniendo en este país?" Ahora mismo, al través del tiempo y del espacio, cierro los ojos y los labios, evoco aquel recuerdo, y me parece que todavía vibra en mi oído esa frase, como si el retrato de mi padre, que tengo enfrente, la articulara.

Doctor Pellegrini: he querido concluir, — y lo he querido, como Alfieri quería las cosas:*vole e fortemente vole,* era su consejo, siempre, cuando algo desees conseguir. ¡Ah! no siempre *querer es poder.*

Pero decididamente, concluiré el jueves, y seguiré con los *Siete platos de arroz con leche,* cuento que le tengo ofrecido a Benjamín Posse.

Si el día antes, así que se fué mi padre, yo me fuí á mi rancho, me tiré en la cama y me dormí fácilmente, á pesar de mis remordimientos, — no sucedió lo mismo en la noche que llamaremos la del interrogatorio.

Aquel dicho de mi padre; "Por supuesto, que tú piensas continuar viviendo en este país," habíame impresionado profundamente. Y como yo le quería mucho, porque era en extremo simpático, noble, generoso y alegre, cuanto imponente; y, como todo amor sincero, sobre ser íntimo, — es intuitivo, yo tenía, necesariamente debía tener, por poco que entendiera, el presentimiento de que algo grave pasaba.

Un signo visible, inequívoco, indiscutible me lo patentizaba: el viejo, siempre decidor, ameno, — estaba triste: esta palabra expresa todo.

No tenían para mi otro significado su silencio, durante la comida, y antes de ella, la falta del balero; sus paseos agitados por el corredor, su incomprensible interpelación.

Porque no puedo dejar de repetirlo: percibía, no entendía.

¿Como me acuerdo de estas cosas?

He ahí una pregunta que el que haya leído desde el principio, se habrá hecho probablemente.

La memoria, como ya lo dije, es un hecho biológico de los más complejos e interesantes. Cualquiera que sea el número de las células cerebrales (se cuentan por millones), destinadas a recibir, como en depósito, nuestras impresiones, sería un error creer, que, una vez allí, quedan sepultadas *per in aeternum* como un secreto en una tumba, si esas impresiones las hemos recibido en un estado de inconsciencia.

La memoria no es, en efecto, más que un conjunto de asociaciones dinámicas estables, que dormitan, — susceptibles de despertarse prontamente á la menor evocación.

Por consiguiente, para que haya reminiscencia, es necesario que haya habido impresión cerebral consciente ó inconsciente.

Yo he mirado, no he visto, solemos decir. No hay recuerdo posible. Para que lo haya, es necesario haber visto y mirado.

Estos fenómenos de la memoria preocupan mucho actualmente a los fisiólogos y psicólogos. Sus estudios, empezando por Herbert Spencer y sus congéneres, me permitirían detenerme y hacer una digresión entretenida sobre las ingeniosas hipótesis de los unos, y las observaciones de los otros. Más yo no tengo que ocuparme ahora de la génesis de mis recuerdos. Baste decir, que cuando me acuerdo de mi padre, recuerdo mil incidentes que con él se relacionan, que mi memoria se ilumina, que veo claro en el pasado, como si penetrara con una antorcha en una catacumba, cuyas figuras simbólicas tuviera que descifrar.

Me pasa con ésto lo que con algunas de las lenguas que aquí no hablo, sino por excepción, que medio hablo ó que hablo mal, cuando piso el suelo donde ellas se hablan: todo el ambiente es sugestivo y hablo como un papagayo, pero hablo.

La acción de revivir una lengua, por decirlo así, olvidada completamente, es un fenómeno curioso. El caso referido por Hámilton ó Carpenter, — no me acuerdo cuál de los dos, — de un leñatero que había vivido algunos años en Polonia, durante su juventud, que pasó después treinta años en su casa en un distrito alemán, cuyos hijos nunca jamás le oyeron hablar una palabra en polaco y que, bajo la influencia de un anestésico, que duró cerca de dos horas, habló, rezó y cantó en polaco — yo lo he comprobado en mí mismo, bajo la influencia del cloroformo, en Rojas, siedo capitán del 2 de línea.

Me dolía una muela, el médico de la división era

Caupolicán Molina, — médico de poca ciencia, pero de gran talento: tenía eso que sus afines llaman ojo médico y curaba, ¿cómo? no sé; pero casi siempre curaba. ¡Pobre amigo querido! ¡Murió prematuramente durante la gran epidemia de fiebre amarilla, cumpliendo con su deber, devorado por el flajelo!

— Vengo, le dije un día, á que me saques esta muela.

Bueno, siéntate, repuso.

—¡Ah! no, — quiero que me des cloroformo (no se aplicaba mucho.)

—¿Cloroformo?

—¡Sí!

— No.... no te doy cloroformo.

Yo soy lo mismo que Julio César, en esta parte; flojo como el tabaco holandés, para los dolores físicos, aunque al mismo tiempo sea capaz de soportarlos por energía moral; y sostengo que, cuando más civilizado es el hombre, tanto más mimosa es su piel.

— Pues si no me das cloroformos, haré fuerzas y se me pasará el dolor.

—Eres un loco, no te curarás.

— Pero hombre, qué te cuesta?

Mandó llamar un ayudante, me cloroformizó, me sacó otra muela por equivocación, — cosa de risa para contarla en otro lugar; y mientras estuve cloroformizado no hablé sino *en inglés*, legua que hacía muchos años no hablaba.

Este caso, por no decir otra cosa, debe recordarlo el general don Emilio Mitre, de quién yo era secretario,

con el cual nos reimos mucho *de nuestra aventura*; y digo nuestra, porque él, Caupolicán, y yo éramos amigos, y una muela mía sana, sacada en vez de otra cariada, era asunto que nos interesaba á los tres.

Lo particular es que, como todos los que tienen dentadura, he tenido que volver á las andadas, sobre el capítulo muelas, y que cada vez que me he vuelto á sacar alguna otra, — siempre he tomado cloroformo, y que siempre, al empezar la operación, le he dicho al dentista: voy á delirar, pero lo haré en inglés, — y siempre en inglés he delirado.

. . . . . .

Ese "por supuesto, que tú piensas seguir viviendo en este país" trotaba en mi imaginación ¿que digo? estaba fijo en ella como un *mane, thecel, phares* escrito en letras diamantinas. Y me decía: ¿por qué me habrá dicho tatita eso? *El contrato social* no me había dejado, no podía haberme dejado ninguna impresión perturbadora. Yo leía como solemos leer, por curiosidad, en una edad prematura, ciertos libros: un tratado de Numismática, verbigracia, — así es que no había asociación posible de ideas. Pero estaba agitado, dormí muy mal.

El sueño que es tan gran beneficio, — que me desmientan los dormilones ¡ah! no es una palabra vana la del sabio que dijo: el cielo permite que el malo duerma, — el sueño, repito, me equilibró á pesar de todo, pero nada me dijo.

Tomé el rábano por las hojas; me acordé de que mi

padre me había sorprendido en mi rancho leyendo, y al rayar la aurora sólo pensé en que era *saladerista* y en que debía, por aquello de *Zapatero, a tus zapatos,* estar donde se desnucaba y se descuartizaba.

Mi padre vino como de costumbre, nos saludamos. Yo lo miré con esa cara que dice: ya usted ve cómo me porto; pero sin descubrir en la suya ninguna señal de complacencia, — sino todo lo contrario.

Así como en él, á no dudarlo, persistía la impresión de haberme sorprendido leyendo el malhadado libro, en mí debía persistir ésta otra: "¡Caramba! y que mal hice ayer en dejarme sorprender por tatita: todavía le dura el enojo." ¡Qué deliciosa cosa es la ignorancia! Con razón cierto escritor ha exclamado: "¡Cuán peligrosas son las bellas artes, y las bellas letras idem!"

No tanto como las mujeres bellas ¿convendrá usted conmigo, doctor Pellegrini, y el lector también?

Pero sigamos.

Naturalmente, el enojo de un padre, dura menos que el de un hijo, y, aparte de que el mío no estaba enojado sino preocupado, aquellos celajes paternales debían pasar, por todas las transiciones del claro-oscuro del que se está mirando en su propio espejo. Aquel aire, qué a mí me parecía adusto, tenía pues, que experimentar las influencias de mi actividad, tendente en todo, dentro del teatro en que nos hallábamos, á hacer ver, — yendo y viniendo, desnucando novillos, vacas y toros, y hasta de cuando en cuando dando una cuchillada, que echaba á perder el cuero al desollar la res, — que yo era todo un señor saladerista.

Y seguramente que él pensaba en todo menos en mi destreza para desnucar y desollar. Pero viendo mis aptitudes de hombre de acción, y de muchacho de porvenir, tenía que experimentar una inexplicable satisfacción, — impresiones contradictorias, dudas, ¡qué sé yo!... y su gesto que suavizarse, desarrugándose el ceño. Ni él, ni yo estábamos sin embargo, en la situación de la verdad. Yo lo creía á él contento, olvidado completamente del día anterior, y él me creía á mí espontáneamente en todo aquello, mientras tanto, que no estaba en ello sino en cuanto mi solicitud filial me hacía representar un papel, — para enmendar los renglones tuertos de una plana mal hecha, el día anterior.

. . . . . .

Esa tarde, así que yo oí el tañido de la campana del cuartel general, salté en mi caballo, que ya estaba listo y en un verbo estuve en el campamento.

¡Cuál no sería mi sorpresa, cuando volví á hallarlo á mi padre sin el balero, concentrado, pensativo como el día antes!

Renovóse la escena.

Yo no pude resistir, me sentí movido por un resorte extraño y me atreví, cuando después de cartabonearme me volvió a decir: "Por supuesto, que tú piensas continuar viviendo en este país" á decirle á mi vez: "Tatita, ayer me ha preguntado usted lo mismo, y yo no entiendo."

Entonces él, irguiéndose, dominándome doblemente,

porqué era mucho más alto que yo; pero tomándose tiempo, como quien medita, reflexiona y rebusca una frase que exprese todo un concepto, yendo hasta el fin del corredor, volviendo sobre sus pasos, y yo al lado de él, anhelante, las idas y venidas sucediéndose, hasta que Castro se presentó y dijo: "La sopa está en la mesa", contestó:

— Mi amigo, cuando uno es sobrino de don Juan Manuel de Rozas, no lee el *Contrato Social*, si se ha de quedar en este país, — ó se vá de él, si quiere leerlo con provecho.

Por quién soy, que no entendí todavía; era yo tan niño, tan federal y tan rozista, — que ¡qué había de entender! Sería exactamente lo mismo que si ahora nos hablaran de cosas en que no pensamos; de volver al gobierno de los caudillos, — que era el régimen de los gobiernos patriarcales, salvo error ú omisión.

Lo cierto es que después de estas escenas, — todo el mundo dijo en Buenos Aires que a mí me mandaban á viajar, porqué yo era un muchacho con muy malas inclinaciones, refiriéndose á ciertas aventuras. La verdad es que, si mi padre me embarcó en un buque de vela, — ¿y en que otra cosa me había de embarcar?; ¿acaso había entonces vapores? — en un buque que salía para la India, cuya tripulación no constaba sino de doce marineros, un capitán y el sobrecargo, buque que se llamaba la barca *Huma*, (1) fué única y exclusivamente por las causas que dejo relatadas.

---

(1) Nombre de un pajarito, en la India.

Doctor Pellegrini, me preguntó usted en el Politeama, estando en el palco del señor Presidente de la República y á propósito de un coche que atropelló a un sacristán:

"Por qué había yo hecho tan joven mi primer viaje", ni más ni menos que á los diez y siete años.

Ahí tiene usted *por qué*.

¡Qué suerte que no me preguntaba usted el por qué de otras cosas!

Me habría usted puesto en aprietos.

Concluyo, pues, exclamando, no como el poeta:

> "— y si lector dijeres ser comento,
> como me lo contaron te lo cuento." —

sino:

Así como yo digo fué.

Y, con mi más respetuoso *salém-aleck*, — que Dios lo tenga en su santa guarda y que no tenga usted nunca jamás que mandar sus hijos á viajar tan jovencitos como yo.

(Será prueba evidente de que "vamos bien por España" y, con este título, contaré otro cuento, dedicado á cierto tipo antipático, sea dicho entre paréntesis, á pesar de su enorme talento, — tipo que no olvida ni aprende.)

Más todavía: que no tenga usted la fatalidad de tener como yo, hijos enclenques, — fatalidad que arguye contra los matrimonios entre primos hermanos, y que prueba que hizo bien en venir á esta tierra su distinguido padre, el ingeniero Pellegrini, al cual le debemos tener un vice-Presidente de la República de la ta-

lla suya; lo que puede ser una desgracia ó una fortuna, según las simpatías ó antipatías de que sea usted objeto. —

Doctor Pellegrini, tenemos que morirnos para saber lo que de nosotros piensa la opinión nacional, casi he dicho ..... la hipocresía.

A tout seigneur, tout honneur.

AMESPIL

Al Señor don Florencio Madero.

"El hombre no es un ángel
ni un demonio."

Estábamos en el campamento de *Ensenaditas*, cuando la guerra del Paraguay.

Mientras nos preparábamos para los combates con el enemigo, librábamos batallas diarias con las sabandijas, sobre todo, con las moscas. Eran tantas, que no oscurecieron el sol, como las flechas de Jerjes, pero nos enloquecían.

Para comer, sin comerlas en considerable cantidad, teníamos que valernos de diversas estratagemas. Una de ellas consistía en ponernos en cuclillas, en levantar el poncho por la boca, de modo que formara con la cabeza, cayendo á los lados hasta el suelo, una especie de paraguas, — de *para moscas* — y hecho así el *vacío* y la oscuridad, sirviendo de resquicio, para que entrara un poco de luz, la abertura de esta tan útil prenda americana (que no es más que la manta andaluza, que se

toma por dos puntas, revista y corregida) — estaba semi-resuelto el problema de comer medio-viendo, al lado del fogón, lo que con la mayor precipitación posible nos pasaban por debajo los solícitos asistentes.

Todo lo cual no impedía, por muchas que fueran las precauciones, que tragáramos lo que queríamos y lo que no queríamos.

Un día, me destinaron un pelotón de enganchados. Yo era mayor del 12 de línea, y jefe interino de él, pues la brigada que formábamos con el 9, la mandaba el comandante Ayala. Se hizo lo de costumbre: se le averiguó la vida y milagros á cada individuo, lo mejor que se pudo, porque eran todos extranjeros que hablaban todas las lenguas; y algunos, ninguna.

Entre ellos sobresalía por su tamaño y su volúmen, sus manos deformes y sus *pieses* (como decía el coronel Baigorria, aquél que vino á Pavón con los indios de Coliqueo) uno que habíamos cangeado, con el regimiento de artillería, por un francés.

Este infeliz, era uno de esos que no hablaban ninguna lengua. Hablaba un dialecto, y más tarde supimos que era *bávaro*.

¡Y qué bávaro! Era tan grande que no había vestuario que le cuadrara: de zapatos no hay que hablar; se le hicieron unos *tamangos* de cuero de carnero; porque tenía los susodichos *pisantes* estropeadísimos, tanto como las manos, á punto que, dando por entender á señas que sabía manejar el fusil, no podía empuñarlo.

Mientras este como-hombre se curaba y se le hacía un uniforme, la tropa, con su ojo múltiple de observa-

dor, ignorante pero perspicaz, íbale descubriendo sus propensiones y sus habilidades. Consistían éstas en dos: Amespil comía por tres y bailaba tirolesas.

La tropa lo vestía de mujer. Amespil silbaba un aire y mientras le daban galleta, él bailaba, haciedo piruetas como un elefante, con crinolina — y todos nos divertíamos.

Amespil sanó, quedando sano, como sabemos decir los del oficio, de lomo y patas, — y ¡oh sorpresa! ¡siempre lo imprevisto decidiendo de la suerte de los mortales!: resultó que manejaba el fusil admirablemente, y que marchaba como un prusiano.

Consecuencias: que se le hizo servir de figurín y que, vista su voracidad de insaciable buitre, se ordenó darle ración doble.

Este pobre Amespil, no obstante su inocencia, porque era un alma de Dios, fué víctima, ¡vean ustedes lo que es el mundo! de sospechas y acusaciones contra su pudor, de las que era culpable únicamente un soldado sanjuanino,, que tenía por apodo *Culito,* — muy ladrón entre paréntesis. Y no se salvó de un castigo severo, sino porque yo tuve una inspiración salomónica para descubrir al culpable. Más me valiera no haberla tenido, porque de ahí tomó asidero la calumnia para inventar la leyenda de que yo había hecho comer á un hombre por las moscas. Más ese cuento nos es para este lugar, y lo contaré, Florencio, como *pendant* de éste que me has pedido — otra mañana, que tenga tiempo y humor, para ocuparme de lo que, por serme personalísimo, haya podido hacerme sufrir.

¡Eh! la gloria tiene sus espinas, y por ella estábamos, más de cuatro, haciendo la guerra del Paraguay.

La vida de Amespil se deslizaba plácida y tranquila entre el manejo de armas, su doble ración y las tirolesas pagadas por *tutti quanti.* Y no hay que hablar de las privaciones, de las molestias y peligros comunes; porque ese era el pan cuotidiano de aquella gran guerra.

Cambiábamos de campamento, librábamos combates y batallas, la guerra no concluía. Nos habíamos acostumbrado tanto a aquel juego, que había momentos en los cuales nos habría dado rabia, si nos hubieran dicho: "Esto concluye mañana."

Talleyrand decía: *tout arrive.* Habíamos triunfado siempre. Ergo, alguna vez nos habían de derrotar.

Llegó, pues, el asalto de Curupaití.

Esa mañana se triplicó la ración de la tropa; porque creíamos dormir del otro lado de las trincheras.

Amespil no recibió ración ninguna. ¿Por qué? Porque no hubo tiempo de pasar revista de armas. El era muy puerco y para obligarle á cuidar un poco su fusil, sólo se le racionaba, después de aquella formalidad.

Amespil, naturalmente, debía estar dado á todos los diablos, viendo aquel despilfarro inusitado, y que a él no le llegaba su San Martín (1).

Marchamos.

Yo estaba con mi batallón, oculto en un pliegue del terreno, oyendo, á pie firme, los cañonazos, los fusilazos, sintiendo el ruído diabólico de aquel infierno de

(1) En ese día matan los *chanchos* en España.

fuego. Esperábamos, por momentos, con impaciencia imponderable, la orden de avanzar.

Los paraguayos no nos habían visto. Nos descubrieron y poco á poco, empezaron á acariciarnos algunas balas rasas de cañón.

Estas caricias tienen muchos inconvenientes, sobre todo cuando se está á pie firme; porque como ha dicho don Alonso de Ercilla:

"El miedo es natural en el prudente
Y el saberlo vencer es ser valiente."

Mi tropa estaba en columna por mitades, con el arma en descanso. Como algunas balas pasaran casi rasando las bayonetas, — esto es eléctrico, — la columna hizo un movimiento de vaivén, como el de las olas. Yo, más que dando una voz de mando, era el único que estaba á caballo, dije: "Firmes, muchachos!"

Y esto diciendo, y para distraer un poco la atención de los que ya sentían quemar las papas, me puse á recorrer las mitades, pasando por los intervalos, dirigiéndoles dicharachos amenos á ciertos soldados de prestigio.

A Amespil tocóle su turno: estaba en la primera hilera de la fila, con la cara muy lánguida. Le agarré la pera, que la tenía larga, se la tiré y le hice abrir aquellas dos mandíbulas de mastodonte, hasta verle el galillo. El rugió juntamente con un "¿Cómo te vá, Amespil?" mío.

Y cuando le solté, pegóse en la panza con la mano

izquierda, y mirándome con ojos furibundos, me dijo en su media lengua:

—¡Mayor! ¡malo! ¡galleta! ¡nada! ¡Ajo! ¡Hum!

Me parece, no me acuerdo bien, que el hoy comandante Villaruel, edecán del Presidente de la República, mandaba esa compañía. El me explicó aquel rugido, y yo entonces, pasando á otra cosa, repuse, — Amespil entendía:

—Luego, te darán treinta y seis galletas. . . . .

. . . . . .

Yo estaba herido en una carpa del hospital de sangre, de tierra, después de haber estado en el fluvial donde, — suprimo detalles, — me examinó Caupolicán Molina, y el cual, no hallando allí sanguijuelas, me dijo:

— Hágase llevar cuanto antes al campamento, y que le pongan dos docenas de sanguijuelas.

Me las habían aplicado, estaba boca arriba, todo ensangrentado, pues los animalillos picaban que daba gusto. Reinaba a mi alrededor ese rumor solemne de la derrota; oíanse los ayes de los heridos que amputaban, los quejidos de los que llegaban conducidos en camillas ó arrastrándose, las pisadas de los dispersos que *caían* buscando sus banderas. Por la puerta de la carpa (era la hora del crepúsculo) veía desfilar los hombres como fantasmas.

De repente, ví alzarse uno inmenso, todo embarrado, con el fusil en la espalda, pendiendo de el un enorme

atado. Me pareció Amespil, y yo creía que había muerto.

—¡Amespil! grité.

El se volvió, como si hubiera oído salir un eco debajo de la tierra.

—¡Amespil! ¡Amespil! repetí.

Y él, atraído por mi voz, vino, llegó, y dejando caer el atado que sonó, diciendo claramente: "estas son galletas" — metió la cabeza dentro de la carpa, y mirándome todo azorado, y arrasándosele los ojos en lágrimas, me dijo en su jerga:

—¡Mi mayor! ¡vivo! ¡viviendo! ¡Amespil, Amespil!— y se pegaba con la mano derecha en el pecho. — ¡Mucho, mucho te quiero! — ¡No enojado! ¡no enojado! — y dándole al atado con una *pata* para hacerlo sonar, agregó, centelleándole las pupilas, y vagando por todo su rostro una sonrisa glotona.

—¡Mucho galleta!

Amespil volvía rezagado; pero no había perdido su tiempo en el camino; había hecho lo más soldadescamente humano: desbalijar muertos.

Me hizo llorar, y en mi interior, me dije: "El hombre no es un ángel ni un demonio". ¡Ah! pero es un animal, que tiene insondables abismos de ternura.

. . . . . .

Más tarde, en una hora triste, no estando yo en el batallón, — todo es fenomenal bajo las estrellas, — Amespil desertó.

LOS SIETE PLATOS DE ARROZ CON LECHE

Al Señor don Benjamín Posse.

I.

"Tout historien doit être menteur de bonne foi".

Desde que empecé á filosofar, ó á preocuparme un poco del *porqué* y del *cómo* de las cosas, empezó á llamarme la atención que es *historia,* es decir, que la palabra subrayada, tuviera no solo muchas definiciones hechas por los sabios, sino también opuestos significados.

Cicerón, decía: que era el testigo de los tiempos, el mensajero de la antiguedad; Fontenelle, fábulas convenidas, y Bacón, relato de hechos dados por ciertos.

Hay, como se vé, para todos los gustos, inclinaciones y criterios, — tratándose de lo que se llama historia en sentido elevado; y de ahí viene, sin duda, que historia implique también su poquillo de mentira, como cuan-

do exclamamos: eso no es más que una historia; ó: no señor, está usted equivocado, ahora le voy á contar la historia de ese negocio, de la glorificación del personaje A ó B.

Puede ser que sea cierto que la historia de un hombre no es muchas veces más que la de las injusticias de algunos, aunque hay ejemplos modernísimos en la historia, y bien podría probarse con una apoteósis, (1) — que la historia de alguien es la de sus contradicciones é incoherencias, la de sus ingratitudes é injusticias contra todos, por más que en su vida haya ciertos rayos de luz que iluminen el cuadro de alguna buena manía trascendental.

De modo que, allá vá eso, Posse, amigo, á manera de zarandajas históricas, sintiendo que la pluma deficiente, no pueda, como pincel de artista manco, vivificar el cuadro, puesto que, no viéndonos las caras, en este momento, faltan la voz, el gesto y la acción, — eso que el orador antiguo llamaba *quasi sermo corporis.*

Nada más que como un muchacho que tiene ojos para ver, pues no asociaba todavía ideas, había yo recorrido ya el Asia, el Africa y la Europa, cuando estando en Londres, donde me aburría enormemente, por haber pasado antes por París, que es la gran golosina de los viajeros jóvenes y viejos, — recibí la noticia, muy atrasada, como que entonces no había telégrafo y eran raros los vapores, de que Urquiza se había sublevado contra Rozas.

---

(1) Alusión de circunstancias.

Yo no pensaba entonces sino en gastarle á mi padre su dinero, lo mejor posible; y de buena fe creía, como á él mismo se lo observé en cierta ocasión, que era económico porque todo, todo lo apuntaba, — habiendo heredado de mis queridísimos progenitores el atavismo de ciertas prolijas minuciosidades. Cuando me veía muy embarazado para justificar las entradas con las salidas, hacía como el estudiante de marras, que, teniendo doscientos francos de pensión y necesitando especificar cómo los había gastado, salía del paso anotando: cinco francos a la planchadora, noventa de pensión, cinco para textos, diez de velas y *noventa de allumettes chimiques*.

Esa noticia me hizo el mismo efecto.... ¿qué voy á decir? Si no hay comparación adecuada posible, porque para mi, Urquiza y Rozas, Rozas y Urquiza eran cosas tan parecidas como un huevo á otro huevo. Bueno, diré que me hizo el mismo efecto, que le haría á Miguel Angel, el hijo del doctor Juárez Celman, si mañana le llegara á Londres la estupenda, inverosímil nueva de que en Córdoba había estallado una revolución, encabezada por su tío Marcos.

No pensé sinó en volver á los patrios lares. De la política se me daba un ardite, no entendía jota de ella. Pero un instinto me decía que mi familia, — esto era entonces todo para mí, — corría peligro, y me vine sin permiso, cayendo aquí como una bomba en el paterno hogar.

Esto era hacia fines del mes de Diciembre del año 1851.

De allá á acá, Buenos Aires se ha transformado ex-

traordinariamente: el cambio es completamente en lo material, en lo físico, en lo moral, en lo intelectual.

No me voy á detener en esto sino un instante; lo dejo para cuando le llegue el turno á Legarreta, á quien le tengo ofrecida una *Causerie*, que tendrá por título: "Tipos de otro tiempo."

Pero, para que se tenga una idea de nuestra transformación, diré que cuando me desembarcaron, — pasando por esta serie de operaciones (el cambio en esto no es muy grande) la ballenera, el carro, la subida á babucha, — los pocos curiosos que estaban en la playa me miraron y me siguieron, como si hubieran desembarcado un animal raro. Verdad que el público es así: el mismo sentimiento de curiosidad que lo lleva á ver un elefante, lo hace apresurarse á oír al orador tal ó á ver el entierro cual. No hay, pues, que juzgar los sentimientos populares íntimos por la aglomeración de la multitud.

Yo no traía, sin embargo, nada de extraordinario, á no ser que lo fuera el venir vestido á la francesa, á la última moda, á la parisiense, con un airecito muy *chic*, que después dejé, por razones que se contarán en su día — son sombrero de copa alta, puntiagudo, con levita muy larga y pantalón muy estrecho, que era el entonces en boga, tanto que, recuerdo que en un vaudeville se decía por uno de los interlocutores, hablando éste con su sastre: "Faites-moi un pantalon tres collant, mais trés-collant; je vous préviens que si je y entre, je ne vous prendrai pas . . . ."

Los curiosos me escoltaron hasta mi casa donde re-

ción supieron que yo había vuelto cuando entraba en ella; pues como mi resolución de venirme fué instantáneamente puesta en práctica, no tuve medio de anticiparles á mis padres la sorpresa que les preparaba.

El gusto que ellos tuvieron al verme fué inmenso. Me abrazaron, me besaron, me miraron, me palparon, casi me comieron; y criados de ambos sexos salieron en todas direcciones para anunciarles á los parientes y á los íntimos que el niño Lucio había llegado, y cosa que ahora no se hace, porque se cree menos que entonces en la Divina Providencia, se mandó decir una misa en la Iglesia de San Juan, que era la que quedaba, cerca de la casa solariega.

Los momentos eran de agitación. Aníbal estaba adportas, ó lo que tanto vale, según el lenguaje de la época, el "loco, traidor, salvaje unitario, Urquiza", avanzaba victorioso; mas eso no impidió que hubiera gran regocijo, siendo yo objeto de las más finas demostraciones, — no tardando en llegar las fuentes de dulces, cremas y pasteles con el mensaje criollo tan consabido: "Que como está su merced; que se alegra mucho de la llegada del niño, y que aquí le manda esto por ser hecho por ella."

En medio de aquel regocijo, yo era el más feliz de todos; porque si es cierto que los más felices son los que se van, cierto debe ser también que el más dichoso de todos es el que vuelve.

Y se comprende que, dados los antecedentes de mi prosapia y de mi filiación, yo no había de tardar mucho en preguntar: "¿Y cómo está mi tío? ¿y cómo está

Manuelita?" y que la contestación había de ser como fué: "Muy buenos, mañana irás á saludarlos."

Yo no veía la hora de ir á Palermo; y me devoraba la misma impaciencia que tenía por ver las Pirámides de Egipto, cuando estaba en el Cairo, ó San Pedro en Roma, cuando estaba en la Ciudad Eterna.

Pero era necesario darse un poco de reposo; luego, una madre que recupera á su hijo, no se desprende tan fácilmente de él, sobre todo, una madre como la mía, que, por la intensidad de sus afectos, que por su educación y tantas otras circunstancias, era moralmente imposible que viera claro en la situación, — no obstante los sermones de mi padre, á cuya perspicacia no podía escaparse que estábamos en vísperas de una catástrofe.

Descansé, pues, y al día siguiente por la tarde, monté á caballo y me fuí á Palermo á pedirle á mi tío la bendición.

No sé si padezco en esto la misma aberración del que, al comparar la iglesia de su aldea con la basílica monumental de la diócesis metropolitana, encuentra que las diferencias de tamaño, de elegancia y de esplendor, no son tan cosiderables como él se imaginaba. Pero el hecho es, que el Palermo de entonces me parecía á mí más bello, bajo ciertos aspectos, que el Palermo de ahora. A no dudarlo, el suelo del Palermo de entonces era mejor que el suelo del Palermo de ahora, — como el Palermo de entonces incuestionablemente tenía un aspecto más agreste, más de Bosque de Boulogne que el de ahora, y en el que la simetría, hasta para pasearse, comienza á ser de una monotonía insorportable.

Llegué... serían como la cinco de la tarde, hacía calor, no había nadie en las casas; en esas casas que todavía persisten, como tantas otras antigualla, en mantenerse sobre sus cimientos, ahogándose dentro de sus muros los pobres alumnos del Colegio Militar. (Al Diablo no se le ocurre, pero se le ocurrió á Sarmiento poner un Colegio de esa clase en un parque). (I) La niña, (era su nombre popular) me dijo alguien, porque yo pregunté por Manuelita, está en la quinta.

Dejé mi caballo en el palenque y me fuí á buscar á Manuelita, á la que no tardé en hallar. Estaba rodeada de un gran séquito, en lo que se llamaba el jardín de las magnolias, que era un bosquecillo delicioso en esta planta perenne, — los unos de pie, los otros sentados sobre la verde alfombra de césped perfectamente cuidado; pero ella tenía á su lado, provocando las envidias federales, y haciendo con su gracia característica todo amelcochado el papel de *cavaliere servente*, al sabio jurisconsulto don Dalmacio Vélez Sarsfield .....

PALERMO no era un foco social inmundo, como los enemigos de Rozas lo han pretendido, — por más que éste y sus bufones, se sirvieran, de cuando en cuando, de frases naturalistas, chocantes, de mal género, pues Rozas no era un temperamento libidinoso, sino un neurótico

---

(1) "Al Diablo no se la ocurre" será el título de un futuro folletín sobre don Pedro de Angelis.

obsceno, que Esquirol mismo se habría hallado embarazado, si hubiera tenido que clasificarlo, para determinar sus afecciones mentales de origen esencialmente cerebral.

Manuelita, su hija, era casta y buena, — y lo mejor de Buenos Aires la rodeaba, por adhesión ó por miedo, por lo que quiera, inclusive el doctor Vélez Sarsfield, que ya hemos visto rendido á sus pies, vuelto de la emigración, como tantos otros, que ó desesperaban, ó estaban cansados de la lucha contra aquel poder personal irresponsable, que todo lo avasallaba.

No tengo por qué callarlo y no lo callaré; el gobierno de Rozas fué estéril, y ni puedo ser partidario suyo, como es uno partidario teóricamente, en presencia de personajes históricos, que pueden llamarse Sila ó Augusto.

El gobierno no sirve más que para tres cosas; no se ha descubierto hasta ahora que sirva para más.

Sirve para hacer la felicidad de una familia, la de un partido ó la de la patria. Rozas no hizo nada de esto. Y no sólo no lo hizo, sino que se dejó derrocar por uno de sus tenientes, que le arrebató una gloria fácil, que él habría podido alcanzar constituyendo el país, sin el auxilio del extranjero, haciendo posible quizá, que se olvidaran sus torpezas y la realización de la única idea trascendental, que á mi juicio vagaba en su cabeza: reconstruir el virreinato, ensanchando los límites materiales de la República actual.

. . . . . .

Llegar, verme Manuelita, y abrazarme, fué todo uno; los circunstantes me miraban como un contrabando.

Mi facha debía discrepar considerablemente, con mi traje á la francesa, en medio de aquel cortejo de federales de buena y mala ley, como el doctor Vélez Sarsfield. Porque yo, con mi pseuda corteza europea, no obstante ser verano, me había abrochado hasta arriba la levita, para que no se me viera el chaleco colorado, el cual me hacía representar, á mis propios ojos, el papel de un lacayo del faubourg Saint-Germain, por cuyos salones había pasado, — siendo en ellos presentado cuasi, cuasi, como un principito de sangre real.

Me acuerdo que fué el capitán Le Page (I) el que en ellos me introdujo, presentándome en casa de la elegante marquesa de La Grange, — con cuyo nombre he dicho todo.

Aquí viene, como pedrada en ojo de boticario, contar algo; lo contaré.

La marquesa, que era *charmante* y que, indudablemente, me halló apetitoso, pues yo era á los diez y ocho años mucho más bonito que mi noble amigo Miguel Cuyar, ahora, invitóme á comer y organizó una fiesta para exhibirme, ni más ni menos que si yo hubiera sido un indio, ó el hijo de algun nabab, según más tarde lo colegí, porque terminada la comida hubo recepción, — y yo oía, después de las presentaciones de estilo, que *les belles dames* decían: "Comme il doit être beau avec ses plumes."

(I) Estuvo en el Río de la Plata, con una misión, y me conoció en casa de mi madre, donde visitaba.

Naturalmente, yo, al oir aquel *beau*, me pavoneaba, *je posais*, expresión que no se traduce bien; pero al mismo tiempo decía en mi interior: ¡qué bárbaros son estos franceses!

. . . . . .

Volvimos del jardín de las magnolias á los salones de Palermo. Manuelita recibía, donde ahora está el gabinete de física del Colegio Militar. Una vez allí, le repetí que quería ver á mi tío: ella salió, volvió y me dijo: Ahora te recibirá. Se fueron á comer. Yo no quise aceptar un asiento en la mesa, porque en mi casa me esperaban y porque no contaba con que aquel *ahora* sería como el *vuelva usted mañana* de Larra, — ó como el *mañana* de nuestras oficinas públicas (que no en balde tenemos sangre española en las venas), un *mañana*, que casi nunca llega ó que cuando llega ya es tarde, — otro le ha soplado á uno la dama.

Yo esperaba y esperaba... las horas pasaban y pasaban... no sé si me atreví á interrogar, pero es indudable que alguna vez debí mirarla á Manuelita como diciéndole:... ¿Y?

Y que Manuelita debió mirarme, como contestándome: Ten paciencia, ya sabes lo que es tatita.

Allá, como á eso de las once de la noche, Manuelita, que era movediza y afabilísima, salió y volvió reiteradamente, y con una de esas caras tan expresivas en las que se lee un "por fin", me dijo: Dice tatita que entres, — y sirviéndome de hilo conductor, me condujo, como Ariadna, de estancia en estancia, haciendo zigs-zags, á

una pieza en la que me dejó, agregando: Voy á decirle á tatita...

Si mi memoria no me es infiel, la pieza esa, quedaba en el ángulo del edificio que mira al naciente: era cuadrilonga, no tenía alfombra sino baldosas relucientes; en una esquina, había una cama de pino colorado con colcha de damasco colorado también, á la cabecera una mesita de noche, colorada; á los pies una silla colorada igualmente; y casi en el medio de la habitación una mesa pequeña de caoba, con carpeta de paño de grana, entre dos sillas de esterilla coloradas, mirándose, y sobre ella dos candeleros de plata bruñidos con dos bujías de esperma, adornadas con arandelas rosadas de papel picado.

No había más, estando las puertas y ventanas, que eran de caoba, desguarnecidas de todo cortinaje.

Yo me quedé de pie, conteniendo la respiración, como quien espera el santo advenimiento; porque aquella personalidad terrible producía todas las emociones del cariño y del temor. Moverme, habría sido hacer ruido, — y cuando se está en el santuario, todo ruido es como una profanación, y aquella mansión era, en aquel entonces, para mí algo más que el santuario. Cada cual debe encontrar dentro de sí mismo, al leerme, la medida de mis impresiones, — en medio de esa desnudez severa, casi sombría, iluminada apenas por las llamas de las dos bujías transparentes, que ni siquiera se atrevían á titilar.

. . . . . .

. . . . . .

Reinaba un silencio profundo, en mi imaginación al menos; los segundos me parecían minutos, horas los minutos.

Mi tío apareció: era un hombre alto, rubio, blanco, semi-pálido, combinación de sangre y de bilis, un cuasi adiposo napoleónico, de gran talla; de frente perpendicular, amplia, rasa como una plancha de mármol fría, lo mismo que sus concepciones; de cejas no muy guarnecidas, poco arqueadas, de movilidad difícil; de mirada fuerte, templada por el azul de una pupila casi perdida por lo tenue del matiz, dentro de unas órbitas escondidas en concavidades insondables; de nariz grande, afilada y correcta, tirando más al griego que al romano; de labios delgados casi cerrados, como dando la medida de su reserva, de la firmeza de sus resoluciones; sin pelo de barba, perfectamente afeitado, de modo que, el juego de sus músculos era perceptible. Sería cruel, no parecía disimulada aquella cara, tal como á mí se me presentó, tal como ahora la veo, al través de mis reminiscencias infantiles. Era, incuestionablemente, una mistificación, en la que Lavater, con toda su agudeza de observador, no habría acertado á perfilar la silueta siniestra en su evolución transformista de fanático implacable lleno de ternezas.

Agregad á esto una apostura fácil, recto el busto, abiertas las espaldas, sin esfuerzo estudiado, una cierta corpulencia del que toma su *embonpoint*, ó sea su estructura definitiva, un traje que consistía en un chaquetón de paño azul, en un chaleco colorado, en unos pantalones azules también; añadid unos cuellos altos,

puntiagudos, nítidos, y unas manos perfectas como forma, y todo limpio hasta la pulcritud, — y todavía sentid y ved, entre una sonrisa que no llega á ser tierna, siendo afectuosa, un timbre de voz simpático hasta la seducción, — y tendréis la *vera efigies* del hombre que más poder ha tenido en América y cuyo estudio psicológico *in extenso* sólo podré hacer yo; porque soy sólo yo el único que ha buscado en antecedentes, que otros no pueden conseguir, la explicación de una naturaleza tan extraordinaria como ésta.

Y digo extraordinaria, porque solamente siéndolo se explica su dominación, sin mengua para este pueblo argentino, que alternativamente le apoyó y le abandonó, — hasta dar en tierra con él, protestando contra sus desafueros, que eran un anacronismo en presencia de los ideales que tuvieron en vista nuestros antepasados al romper las cadenas de la madre patria, de esa España, que no fué, sin embargo, madre desnaturalizada, pues nos dió todo cuanto podía darnos, después de los gobiernos de los Felipe II.

. . . . . .

Así que mi tío entró, yo hice lo que habría hecho en mi primera edad; crucé los brazos y le dije, empleando la fórmula patriarcal. la misma, mismísima que empleaba con mi padre, hasta que pasó á mejor vida: ¡La bendición, mi tío!

Y él me contestó:

—¡Dios lo haga bueno, sobrino! — sentándose incon-

tinenti en la cama, que antes he dicho había en la estancia, cuya cama (la estoy viendo), siendo muy alta, no permitía que sus pies tocaran en el suelo, é insinuándome que me sentara en la silla, que estaba al lado.

Nos sentamos... hubo un momento de pausa, él la interrumpió diciéndome:

—Sobrino, estoy muy contento de usted...

Es de advertir que era buen signo, que Rozas tratara de usted; porque cuando de *tú* trataba, quería decir que no estaba contento de su interlocutor, ó que por alguna circunstancia del momento fingía no estarlo.

Yo me encogí de hombros, como todo aquel que no entiende el por qué de un contentamiento.

—Sí, pues, agregó: estoy muy contento de usted (y esto lo decía balanceando los piernas, que no alcanzaban al suelo, ya lo dije) porque me han dicho — y yo había llegado recién el día antes ¡qué buena no sería su policía! — que usted no ha vuelto *agringado*.

Este *agringado* no tenía la significación vulgar; significaba otra cosa, — que yo no había vuelto, y era la verdad, preguntando como tantos tontos que van á Europa baúles y vuelven petacas: ¿y *comment* se llaman este *chose* bianqui que ponen las galin? — por no decir huevos, ó, esta cosa que se ponen en las manos, por no decir guantes.

Yo había vuelto vestido á la francesa, eso sí, pero potro americano hasta la médula de los huesos todavía, y echando unos ternos, que era cosa de taparse las orejas: el traje había cambiado, me vestía como un europeo; pero era tan criollo como el Chacho, el cual, estan-

do emigrado en Chile (en Chile que no es Europa, á Dios gracias) y preguntándole como le iba, contestó: ¿Y cómo quiere qué me vaya: en Chile y á pie? cuando hay énque (pongan el acento en la primera é), no hay cónque (pongan el acento en la ó), y cuando hay *cónque* no hay *énque*.

Posse amigo: acabaremos (¡y qué difícil es acabar!) si Dios nos da vida y salud, en el próximo número, — y en él sabrá usted, qué fueron al fin y al cabo los siete platos de arroz con leche.

III.

Yo estaba ufano: no había vuelto agringado. Era la opinión de mi tío.

—¿Y cuánto tiempo has estado ausente? agregó él.

Lo sabía perfectamente. Había estado resentido, no es la palabra, "enojado"; porque diz que me habían mandado á viajar sin consultarlo. Comedia.

Cuando mi padre resolvió que me fuera á leer á otra parte el *Contrato Social* (I), veinte días seguidos estuve yendo á Palermo, sin conseguir verlo á mi ilustre tío.

Manuelita me decía, con su sonrisa siempre cariñosa: Dice tatita que mañana te recibirá.

El barco que salía para Calcuta, estaba pronto. Sólo me esperaba á mí. Hubo que empezar á pagarle estadías. Al fin, mi padre se amostazó y dijo: Si esta tarde

(I) Véase la *Causerie*, dedicada al señor don Carlos Pellegrini, bajo el título de *¿Por qué...?*

no consigues despedirte de tu tío, mañana te irás de todos modos; ya esto no se puede aguantar.

¡Eh! esa tarde sucedió lo de las anteriores, mi tío no me recibió. Y, al día siguiente, yo estaba singlando con rumbo á los hiperbóreos mares.

Sí, el hombre se había enojado; porque, algunos días después, con motivo de un empeño ó consulta que tuvo que hacerle mi madre, él le arguyó: Y yo, ¿qué tengo que hacer con eso? ¿para qué me meten á mí en sus cosas? ¿no lo han mandado al muchacho á viajar, sin decirme nada?

A lo cual mi madre observó: ¡pero, tatita, (era la hermana menor, y lo trataba así), si ha venido veinte días seguidos á pedirte la bendición y no lo has recibido! — replicando él: Hubiera venido veintiuno.

Lo repito: él sabía perfectamente que iban á hacer dos años que yo me había marchado, porque su memoria era excelente. Pero, entre sus muchas manías, tenía la de hacerse el zonzo y la de querer hacer zonzos á los demás.

El miedo, la adulación, la ignorancia, el cansancio, la costumbre, todo conspiraba en favor suyo, y él, en contra de sí mismo.

No se acabarían de contar las infinitas anécdotas de este complicado personaje, señor de vidas, famas y haciendas, — que hasta en el destierro hizo alarde de sus excentricidades. Yo tengo una inmensa colección de ellas. Baste por hoy la que estoy contando.

Interrogado, como dejo dicho, contesté: — Van á hacer dos años, mi tío.

Me miró y me dijo: ¿Has visto mi Mensaje?

¡Su Mensaje! dije ya para mis adentros "¿Y qué será esto? No puedo decir que no, ni puedo decir que sí, ni puedo decir, no sé qué es..." y me quedé suspenso.

Él, entonces, sin esperar mi respuesta, agregó: Baldomero García, Eduardo Lahite y Lorenzo Torres, dicen que ellos lo han hecho. Es una botaratada. Porque así, dándoles los datos, como yo se los he dado á ellos, cualquiera hace un Mensaje. Está muy bueno, ha durado varios días la lectura en la Sala. ¡Qué! ¿no te han hablado en tu casa de eso?

Cuando yo oí lectura, empecé á colegir, y como, desde niño, he preferido la verdad á la mentira, (ahora mismo no miento, sino cuando la verdad puede hacerme pasar por cínico) repuse instantáneamente:

—¡Pero, mi tío, si recién he llegado ayer!

—¡Ah! es cierto; pues no has leído una cosa muy interesante; ahora vas á ver, — y esto diciendo se levantó, salió, y me dejó solo.

Yo me quedé clavado en la silla, y así como quien medio entiende (¡vivía en un mundo de pensamientos tan raros!) vislumbré que aquello sería, algo como el discurso de la reina Victoria al Parlamento, ¿pues qué otra explicación podría encontrarle á aquel "ahora vas á ver?"

Volvió, el hombre que, en vísperas de jugar su poderío, así perdía su tiempo con un muchacho insustancial, trayendo en la mano un mamotreto enorme.

Acomodó simétricamente los candeleros, me insinuó que me sentara en una de las dos sillas que se miraban, se

colocó delante de una de ellas de pie y empezó á leer desde la carátula que rezaba así:

—"¡Viva la Confederación Argentina!"

—"¡Mueran los Salvajes Unitarios!"

—"¡Muera el loco traidor, salvaje Unitario Urquiza!"

Y siguió hasta el fin de la página, leyendo hasta la fecha 1851, pronunciando la *ce*, la *zeta*, la *ve* y la *be*, todas las letras, con la afectación de un purista.

Y continuó así, deteniéndose, de vez en cuando, para ponerme en aprietos gramaticales, con preguntas como ésta, — que yo satisfacía bastante bien, porque eso sí he sido regularmente humanista, desde chiquito, debido á cierto humanista, don Juan Sierra, hombre excelente del que conservo afectuoso recuerdo:

—Y aquí ¿por qué habré puesto punto y coma, ó dos puntos, ó punto final?

Por ese tenor, iban las preguntas, cuando, interrumpiendo la lectura, preguntóme:

¿Tienes hambre?

Ya lo creo que había de tener; eran las doce de la noche, y había rehusado un asiento en la mesa, al lado del doctor Vélez Sarsfield, porque en casa me esperaban...

—Sí, — contesté resueltamente.

—Pues voy á hacer que te traigan un platito de arroz con leche.

El arroz con leche era famoso en Palermo y aunque no lo hubiera sido, mi apetito lo era; de modo que empecé á sentir esa sensación de agua en la boca, ante el prospecto que se me presentaba, de un platito que debía ser un platazo, según el estilo criollo y de la casa.

Mi tío fué á la puerta de la pieza contigua, la abrió y dijo:

—Que le traigan á Lucio un platito de arroz con leche.

La lectura siguió.

Un momento después, Manuelita misma se presentó con un enorme plato sopero de arroz con leche, me lo puso por delante y se fué.

Me lo comí de un sorbo.

Me sirvieron otro, con preguntas y respuestas por el estilo de las apuntadas, y otro, y otro, — hasta que yo dije: Ya, para mí, es suficiente.

Me había hinchado; ya tenía la consabida cavidad solevantada y tirante como el parche de una caja de guerra templada; pero no hubo más; siguieron los platos, — yo comía maquinalmente, obedecía á una fuerza superior á mi voluntad...

La lectura continuaba.

Si se busca el Mensaje ese, por algún lector incrédulo ó curioso, se hallará en él un período, que comienza de esta manera: "El Brasil, en tan punzante situación." Aquí fuí interrogado, preguntándoseme: "¿Y por qué habré puesto punzante?" Como el poeta pensé, — que en mi vida me he visto en tal aprieto. Me expliqué. No aceptaron mi explicación. Y con una retórica gauchesca, mi tío me rectificó, demostrándome cómo el Brasil lo había estado picaneando, hasta que él había perdido la paciencia, rehusándose á firmar un tratado que había hecho el general Guido... Ya yo tenía la cabeza como

un bombo, — y lo otro tan duro, que no sé cómo aguantaba.

Él, satisfecho de mi embarazo, que lo era por activa y por pasiva, y poniéndome el mamotreto en las manos, me dijo, despidiéndome:

—"Bueno, sobrino, vaya no más, y acabe de leer eso en su casa", — agregando en voz más alta: "Manuelita, Lucio se va."

Manuelita se presentó, me miró con una cara que decía afectuosamente "Dios nos dé paciencia", y me acompañó hasta el corredor, que quedaba del lado del palenque, donde estaba mi caballo.

Eran las tres de la mañana.

En mi casa estaban inquietos, me habían mandado á buscar con un ordenanza.

Llegué sin saber cómo no reventé en el camino.

Mis padres no se habían recogido.

Mi madre me reprochó mi tardanza, con ternura.

Me excusé diciendo que había estado ocupado con mi tío.

Mi padre, que, mientras yo hablaba con mi madre, se paseaba meditabundo, — viendo el mamotreto que tenía debajo del brazo, me dijo:

¿Qué libro es ese?

—Es el Mensaje que me ha estado leyendo mi tío...

—¿Leyéndotelo...? Y esto diciendo se encaró con mi madre y prorrumpió con visible desesperación: "No te digo que está loco tu hermano."

Mi madre se echó á llorar.

. . . . . .

Pocos días después, muy pocos días, el edificio de la tiranía se había desplomado; el 3 de Febrero por la tarde yo oía en la plaza de la Victoria gritar furiosos "Muera Rozas" á algunos de los mismos conspícuos señores, que, pocas horas antes, había visto en Palermo, reunidos á los pies de la niña.

Confieso que todavía no entendía una palabra de lo que pasaba, — y que los gritones, más que el efecto de libertados, me hacían el de locos.

. . . . . .

Y eso que ya me había reído á carcajadas, leyendo á *Jerôme Paturot*, en busca de la mejor de las Repúblicas, en el que hay una escena por el estilo de la que presencié azorado el 3 de Febrero, en la plaza de la Victoria, — para que una vez más se persuadan los que viven sólo en el presente, que "del dicho al hecho hay un gran trecho".

. . . . . .

Pocos días después, mi padre, Sarmiento y yo, — el Sarmiento cuya glorificación acabamos de presenciar, — navegábamos en el vapor inglés "Menay" hacia Río Janeiro. Yo no hablé, durante la travesía, con el que después fué candidato, á pesar de las obsesiones exigentes de mi padre, hasta que no estuvimos en tierra brasilera, donde nos explicamos. Y es á este incidente al que él se refiere en sus Boletines del Ejército Grande.

Creo que para mi padre fué una suerte que yo le acompañara en aquel viaje, porque Sarmiento le iba ha-

ciendo perder la cabeza. El que hace un cesto hace un ciento. Quería inducirlo á que se fuera con él á Chile, para volver contra Urquiza, del cual iba huyendo; porque sus primeros actos en Buenos Aires le parecían precursores de que el país estaba expuesto á volver á las andadas. Lo explotaba, hablándole constantemente del señor don Domingo de Oro, — su pasión, — y como era débil de carácter, á no ser yo, lo arrastra.

El Dictador se había refugiado en un buque de guerra inglés, llamado por singular coincidencia *El Conflicto (The Conflict)*, y tardó mucho más que nosotros, — con quienes iba también mi caro Máximo Terrero, — en llegar á Europa.

. . . . . .

Mi padre se quedó en Lisboa y me mandó á París, donde yo era ya buzo y ducho, á prepararle un apartamento, — que tardé muchísimo en prepararle, por razones que ya se imaginará el penetrante lector; pero que al fin le preparé.

. . . . . .

Viniendo de Lisboa á Francia, mi buen viejo quiso visitar á Manuelita y nos fuímos á Southampton.

Allí estaban alojados, en la misma casa, una modesta quintita de los alrededores: Rozas, Manuelita, Juan Rozas mi primo, Máximo Terrero, — y un negrito, al cual ya mi tío le decía por ironía *Mister*. Por supuesto que, si el cambio de hemisferio y de situación era como una transición entre el día y la noche, otra cosa

eran los sentimientos y las manías. Mi tío conservaba su chaleco colorado y Manuelita su *moño*. Mi padre, que era muy amigo de Manuelita, que la quería en extremo, como la quiero yo, por sus virtudes, le observó que aquel parche colorado, no estaba bien. Pero ella, cuyo amor filial no tenía límites, contestóle: que no se lo sacaría, hasta que no se lo mandaran.

Un día almorzábamos todos juntos: mi tío era sobrio, concluyó primero que los demás y se levantó, yéndose. Manuelita, ganosa de echar un párrafo con mi padre, me dijo: "Acabá ligero, hijito, y andá, entretenelo á tatita". Yo me apuré, concluí, salí, y me fuí en busca de mi tío, que estaba sentado en el sofá de una salita, con vista al jardín, y me arrellané en una poltrona. Mi tío y yo permanecimos un instante en silencio. Yo lo miraba de rabo de ojo. Creía que él ni me veía. ¡Me había estado viendo! Confusamente, porque yo no tenía entonces sino como intuiciones de reflexión, los pensamientos que me dominaban en aquel momento, al contemplar el coloso derribado, podrían sintetizarse exclamando ahora: *sic transit gloria mundi. (Así transa don Raimundo,* como decía el otro).

De repente miróme mi tío y me dijo:

—¿En qué piensa, sobrino?

—En nada, señor.

—No, no es cierto, estaba pensando en algo.

—No señor; ¡si no pensaba en nada!

—Bueno, si no pensaba en nada cuando le hablé, ahora está pensando, ya.

—¡Si no pensaba en nada, mi tío!

—Si adivino ¿me va á decir la verdad?

Me fascinaba esa mirada, que leía en el fondo de mi conciencia y maquinalmente, porque habría querido seguir negando, contesté "*sí*".

—Bueno, repuso él, ¿á que estaba pensando en aquellos platitos de arroz con leche, que le hice comer en Palermo, pocos días antes de que el "loco" (el loco era Urquiza) llegara á Buenos Aires?

Y no me dió tiempo para contestarle, porque prosiguió: ¿A que cuando llegó á su casa, á deshoras, su padre (é hizo con el pulgar y la mano cerrada una indicación hacia el comedor) le dijo á Agustinita: no te digo que tu hermano está loco...?

No pude negar, queriendo; estaba bajo la influencia del magnetismo de la verdad, — y contesté sonriéndome:

—Es cierto.

Mi tío se echó á reir burlescamente.

Aquella visión clara, aquel conocimiento perfecto de las personas y de las cosas, es una de las impresiones más trascendentales de mi vida; y debo confesarlo aquí, no teniendo estas páginas más que un objeto, — iluminar con un rayo de luz más, la figura de un hombre tan amado como execrado: sin esa impresión yo no habría conocido, como creo conocerla, la misteriosa y extraña personalidad de Rozas .....

.....

Mi querido Posse: siento mucho que, padeciendo usted de dispepsia, no pueda comerse, como yo, de una sentada, siete platos de arroz con leche.

Y para concluir, y antes de decirle como Cicerón á sus amigos, — *Jubeo te bene valere,* le daré una receta para su enfermedad: ejercicio, gimnasia, viajes que no fatiguen, poco vino, mucha sal, — no aumenta ésta la sed, — y en último caso, ningún vino, y poco de aquello...

Hay dos falsificaciones que hacen mucho daño: la de la mujer y la del vino.

Desgraciadamente, cuando caemos ya en cuenta, es demasiado tarde.

Traduzco, pues, á Cicerón y suponiendo que ha caído en cuenta, — "le ordeno que goce de buena salud".

Post-data. — Dice X. que este cuento, narrado por mí, tiene mucha más animación y movimiento, y que yo, como Carlos Dickens, debiera dar conferencias para referir mis aventuras. Estoy listo, á pesar de la rabia que esto pueda darle á mi querido X, siempre que las conferencias sean patrocinadas por las *Damas de Misecordia*...

Necesito indulgencias... literarias.

DE COMO EL HAMBRE ME HIZO ESCRITOR

Al señor don Mariano de Vedia.

> Si vous voulez bien parler et bien écrire, n'écoutez et ne lisez que des choses bien dites et bien écrites. —
>
> BUFFON.

SALÍ de la cárcel.... así como suena, de la cárcel; no han leído ustedes mal, — puedo declararlo bien alto y en puridad; tanto más, cuanto que, siendo honrosos los motivos, como los míos lo fueron, hace más bien que mal saber prácticamente qué diferencia hay entre la crujía y la celda, — y, como Gil Blas, dueño de mi persona, y de algunos buenos pesos, me fuí al Paraná.

Digo mal, no me fuí precisamente como Gil Blas, porque éste le había hurtado algunos ducados á su tío, y la *mosca* que yo llevaba habíamela dado mi queridísimo tío y padrino, Gervasio Rozas.

Pero llevaba cierto bagaje de malicia del mundo, que le hacía equilibrio á mi buena fe genial.

Yo me decía, estando en el calabozo: "Cuando me pongan en libertad, — padecía por haber defendido á mis padres, — haré tal ó cual cosa".....

La prisión me había hecho mucho bien. ¡Cuán instructivas son las tinieblas!

El hombre propone, Dios, ó el *Otro* dispone.

No hay quien no tenga su *ananké*, prescindiendo de la lucha entre el bien y el mal, que será eterna, como aquellos dos genios de lo bueno y de lo malo: Dios, ó el *Otro*.

Me pusieron en libertad, — si en libertad puede decirse ser desterrado, y todos aquellos castillos en el aire, hechos á la sombra y en las sombras, se desplomaron, zapados por lo inesperado de mi nueva situación.

Aquella transición fué como pasar de lo quimérico á lo real; tiene uno que volver á hacer relación consigo mismo, que preguntarse: ¿quién soy? ¿qué quiero? ¿adónde voy? — y no andarse con sofismas é imposturas.

Cuando me pregunté *¿quién soy?* la voz interior me dijo: "un federal de familia." Y no digo de raza, porque mi padre fué unitario, en cierto sentido.

Cuando me pregunté lo otro, el eco arguyó elocuentemente: "Vas donde debes, tendrás lo que quieres."

Efectivamente, en el Paraná gobernaba el espíritu de la *Federación*.

Buenos Aires estaba, por eso, segregado.

Explico mi fenómeno, no discuto ni provoco discusión.

Llegué al Paraná: llevaba la bolsa repleta, é hice como la cigarra.

Tuve amigos en el acto.

Se acabó el dinero; los amigos desaparecieron, como las moscas cuando se acaba la miel.

El mundo es así: no hay que creerlo tan malo por eso; es mejor imputar esos chascos á la insigne pavada de la imprevisión, que es la más imperdonable de todas las pavadas.

Mi insolvencia de dinero era mayor que la insolvencia capilar de Roca ó la mía propia, que por ahí vamos ahora. *Tout passe avec le temps*, y el pelo, con las ilusiones.

Me quedaban cinco pesos bolivianos, y como dicen en Italia, *la ben fattezza* de mi persona, ó la *estampa*, como dicen en Andalucia. ¡Y qué capital suele ser!

En Santa Fe se aprestaban para una fiesta; querían, bajo los auspicios del pobre viejo don Esteban Rams y Rubert (él construyó la casa donde está el Club del Plata), hacer navegable el río Salado, — é inauguraban su navegación.

Todo el mundo estaba loco en Santa Fe: todos eran argonautas: era el descubrimiento del *vellocino de oro*.

Cinco pesos bolivianos, lo repito, me quedaban, ¡nada más!

Pues á Santa Fe, me dije, ya que aquí no me dan nada los federales; y me largué al puerto, haciendo cuentas así: dos reales de pasaje, con el *Monito*. Era éste un botero muy acreditado, el que llevaba la correspondencia, algo como un correo de gabinete, mulatillo de color, pero blanco como la nieve en sus acciones.

Doce reales de hotel, en tres días.... (si no me quedo), me sobra, tengo hasta para las *allumettes chimiques* del estudiante.... adelante.

Me embarqué, íbamos como en tramway, decentemente, confortablemente, todos mezclados, tocándonos lo suficiente.

Llegué.

Al desembarcar, un federal me reconoció, — ya era tiempo, — y me llevó á su casa; era un excelente sujeto, listo, perspicaz, bien colorado, con su platita, con familia interesante y lindas hijas.

Los dioses se ponían de mi lado. — Llega usted, me dijeron, en el mejor momento: ¡qué gusto para nosotros!

—"Mañana estamos de fiesta, de gran fiesta"; y me explicaron y me demostraron la navegación del Salado, que no había quién no conociera al dedillo, lo mismo que en los *placeres* no hay quién no sepa lavar un poco de arena, para extraer un grano de oro.

La hospitalidad me había puesto en caja. Yo no era otro, pero me sentía otro. Vean ustedes lo que es no estar solo; ¡y después predican tanto contra las sociedades de socorros mútuos, como la Bolsa! Dormí bién. ¡Oh! sed siempre hospitalarios, hasta con los que os lleven sus primeras elucubraciones. Pensad cuántos no serán los ingenios que se esterilizan por no tener dónde ubicar.

Al día siguiente, á las 10 de la mañana, estábamos á bordo de un vaporcito, empavesado, que era una tortuga, que no pudo con la corriente, contra la que podían las canoas criollas — y no se navegó el Salado; pero se navegaría.....

¡Ay del que se hubiera atrevido á negarlo! Sería como negar ahora, por ejemplo.... á ver algo en lo que todos estemos de acuerdo, para no chocar á nadie. Ya lo tengo.... que hace más frío en invierno que en verano.

La flor y la nata de ambos sexos santafecinos estaba allí. Yo me mantenía un tanto apartado, dándome aires: tenía toda la barba, larga la rizada melena, y usaba un gran chambergo con el ala levantada, á guisa de don Félix de Montemar.

Mi apostura, mi continente, mi esplendor juvenil, — llamaron la atención de don Juan Pablo López (á) Mascarilla (el *pelafustán,* según otros), gobernador constitucional, en ese momento, y dirigiéndose á mi huésped, le dijo:

—¿Quién es aquel profeta?

Romántico, ó poeta, ó estrafalario, ó algo por el estilo, — algo de eso, ó todo eso, quiso implicar y no otra cosa. Tenía quizás el término, no le venía á las mientes. Veía una figura discordante, en medio de aquel cuadro uniforme, de tipos habituales, — la incongruencia le chocaba sin fastidiarlo, — y expresaba su impresión, vaga, confusa, *insaisissable, inagarrable,* como caía, tomándola por los cabellos, y la sintetizaba, calificándome de profeta.

¡Oh! esta afasia de la mente, que para expresar una idea, toma una palabra, que no suele tener con ella ninguna relación, no es sólo una enfermedad de la ignorancia supina. Cuántos que tienen cierta instrucción no emplean términos que, para entenderlos, ¡hay que interpretarlos al revés!

Era este caudillo un curioso personaje: hablaba con mucha locuacidad, amontonaba á barrisco palabras y palabras, con sentido para él, pero que el interlocutor tenía que escarmenar para sacar de ellas algo en limpio.

Fuimos amigazos después.

Un día, queriendo significarme que él no era menos que Urquiza, — su émulo, — menos que otro, me dijo:

—"Porque, amigo, ni *naides* es menos *nadas*, ni *nadas* es menos *naides*".

¡Qué tiempos aquéllos!

Los santafecinos no vieron lo que esperaban, ni los santiagueños tampoco: decididamente no era navegable el Salado, ó los ingenieros sublunares no daban en bola. Había que recurrir á esos de que nos hablan algunos astrónomos, los cuales pretenden que en el planeta Marte, se han abierto canales y operado transformaciones, — que de seguro no sospecha aquí Pirovano, con todo su elenco selecto del Departamento de Ingenieros.

Pero, ¿qué importaba que las cosas no hubieran andado, como se deseaba? ¡Qué sería de la humanidad sin la esperanza!

Era necesario contar, difundir, divulgar lo hecho, lo intentado y lo tentado, — sobre todo, describir la fiesta.

Resolví acostarme, después de haber pasado un día agradabilísimo, — para los *dos* que lleva todo hombre dentro de sí mismo, porque *observé y comí*.

Me despedí de mis huéspedes, me fuí á mi cuarto, y cuando había empezado á despojarme, llamaron á la puerta, preguntando si se podía entrar.

—¿Cómo no? repuse.

Era el dueño de casa.

—Amigo, vengo á ver si le falta algo.

—¡Nada, estoy perfectamente, gracias!

Me miró, como quien no se atreve á atreverse, y atreviéndose, por fin, me dijo:

—Tengo que pedirle á usted un servicio.

—Con mucho gusto, le contesté; pero estando á un millón de leguas de sospechar que yo pudiera hacer otra cosa, que no fuera casarme otra vez (lo había hecho pocos meses antes), con alguna de sus hijas. Yo era muy pánfilo á los veintitrés años, á pesar de mis largos viajes, de mis variadas lecturas, y de las picardías que había hecho y visto hacer. Fué más lento mi desarrollo moral, que mi desarrollo intelectual.

—Pues bien, necesito que usted me escriba la descripción de la navegación del Salado, para mandarla á publicar en el diario Paraná.

—¿Yooo?

—Sí, pues; pero sin firmar: yo la mandaré como cosa mía.

—¡Si yo no sé escribir, señor!

—¡Cómo! ¡usted no sabe escribir y ha estado en Calcuta! ¡Y habla una porción de lenguas! ¡No me diga, amigo!

—Le aseguro que no sé, que no he escrito en mi vida, sino cartas á mamita y á tatita, y hecho una que otra traducción del francés.

—Ah, ve usted. ¿Y eso no es escribir?

No hubo que hacer: yo tenía que saber escribir. Aquel hombre lo quería: me había dado hospitalidad.

—Bueno, le dije, haré lo que pueda.

Brilló un rayo de felicidad en sus ojos.

—Voy á traerle todo.

Se fué y volvió trayéndolo, — nos despedimos.

Me puse á llorar en seco.

Me sentía desgraciado; ¿en castigo de qué pecado había ido yo á Santa Fe? era toda mi inspiración sobre la navegación del Salado.

Mis cinco bolivianos no habían mermado, sino de dos reales, importe del pasaje pagado al *Monito*. Pero ¿qué era eso, en presencia de la fatalidad, que me sorprendía "hiriéndome como el rayo al desprevenido labrador."

¿Qué pararrayos oponerle á mi malhadada suerte?

Me senté, me puse á coordinar esas como ideas, que no son tales, sino nebulosas informes del pensamiento.

Poco á poco, algo fué trazando la torpe mano; borraba más de lo que quedaba legible. Tenía que describir lo que no había visto: la navegación de lo innavegable, de lo que era peor, lo que había visto, lo innavegable de la navegación, — y sólo me asaltaban en tropel — recuerdos de la China y de la India, de la Arabia Pétrea y del Egipto, de Delhi, del Cairo y de Constantinopla; no veía sino desierto en todo, pero desierto sin fantásticas *Fata Morganas* siquiera, y todo al revés, dado vuelta.

Era un *pêle-mêle* de impresiones en fermentación.

¡Qué noche aquélla!

Como quién espanta moscas, que perturban, las fuí desechando, desenmarañando, y pude, al fin, sentirme

algo dueño de mi mismo, y haciendo pasar lo que quería del cerebro á la punta de los dedos, escribir una quisicosa, que tomó forma y extensión.

Fué un triunfo de la necesidad y del deber, sobre la ineptitud y la inconsciencia. Yo no sabía escribir, pero podía escribir. ¡Ah! eso sí, no escribiría más. No había nacido para tales aprietos y conflictos.

Al día siguiente, mi huésped llevóme el mate á la cama, en persona, y con la voz más seductora me preguntó, "si ya estaba eso", echando al mismo tiempo una mirada furtiva á la picota de mi sacrificio intelectual, donde yacía desparramada, en carillas ilegibles, para otro que no fuera yo, mi hazaña cerebral de héroe por fuerza.

—A ver, — dijo con impaciencia.

Me puse á leer, con no poca dificultad, pues yo mismo no me entendía.

—Bien, muy bien, perfectamente, — decía á cada momento, exclamando una vez que hube concluido: ¡Ah! mi amigo, ¡qué servicio me ha hecho usted!

Yo estaba atónito.

Positivamente, como Mr. Jourdain, había *escrito* prosa sin quererlo.

—Ahora, me dijo, me lo va usted á dictar.

Pusimos manos á la obra, y á las dos horas estaba todo concluído, con una atroz ortografía.

Pero yo me decía, como el cordobés del cuento, al que le observaron que el gallináceo que llevaba lo pringaba: "¡para lo que es mía la *pava!*"

Mi huésped se fué.

Almorzamos después y el día se pasó sin ninguno de esos incidentes, que se graban *per in oeternum*, en la memoria de un joven.

Pero mis cinco bolivianos disminuían...

Y vosotros, sólo comprenderéis mi situación, los que os hayáis hallado, habiendo nacido en la opulencia, reducidos á tan mínima expresión monetaria.

Pensé en regresar; en el hotel del Paraná tenía crédito; escribiría además á Buenos Aires.

Estaba escrito que me había de quedar allí.

¿Qué había pasado?

Mi huésped había leído en pleno cenáculo oficial, como suya, mi descripción; no le habían creído, lo habían apurado, había tenido que declarar el autor.

Entonces, el ministro de *Mascarilla*, que le debía su educación á mi padre, que no se me había hecho presente, mirándome de arriba abajo, casi con desdén, exclamó: Discípulo mío en la escuela de Clarmont, latinista, gran talento, se llevaban todos los premios, entre él y Benjamín Victorica (falso, falsísimo por lo que á mí respecta). Y al día siguiente se me presentó, para hacerme sus excusas, que yo acepté, encantado, — pues sólo más tarde caí en cuenta.

Mi magnífica descripción había marchado para el Paraná. Allí se publicaría en el Diario Oficial. En Santa Fe, no había diario; así habló él, continuando:

—¿Y, qué piensa usted hacer? (Ya lo sabía por mi huésped, con el que yo había tenido mis desahogos).

Le tracé mi plan, lo reprobó y me dijo:

—No, usted no se va de acá. Yo voy á darle imprenta, papel, operarios, y un sueldo, y usted nos hará un diario para sostener al Gobierno.

—¿Yo? (Aquello era conjuración).

—Sí, usted.

—Yo no soy escritor.

—¡Qué no es usted escritor; y escribe usted descripciones espléndidas, sublimes, admirables!

—¡Señor!

—Nada, nada; usted se queda, reflexione. Es su porvenir.

Y se marchó, dejándome absorto.

Caí en una especie de abatimento soporífero. ¡Yo, escribir para el público! me decía. ¡Yo, periodista! ¡Yo!

Me paseaba agitado por el cuarto: iba, venía; en una de esas, me detuve, me miré al espejo turbio, que era todo el ajuar de tocador, que allí había, y mi cara me pareció grotesca.

Había metido involuntariamente las manos en las faltriqueras, sentí que mis cinco bolivianos se habían reducido casi á cero, y aquella sensación dolorosa (¿ó no es dolorosa?) decidió de mi destino futuro, porque me incitó á pensar, y del pensamiento á la acción no hay más que un paso.

Hice cuentas: me salían bien; ¡era la oferta tan clara!

Pero los que no me salían bien eran los cálculos sobre el tiempo que tendría que invertir en escribir mis artículos. Aquellas columnas macizas me horripilaban de antemano. ¿Sobre qué escribiría? El público, sobre todo, me aterraba: tenía el más profundo respeto por él. Ig-

noraba entonces, que á veces, lo mismo lee al derecho que al revés.

Presa de esas emociones, que otro nombre no tienen, era yo, cuando se me presentó mi huésped, y abrazándome me felicitó: el ministro había dado por hecho, que, yo me quedaba á redactar un periódico.

Al día siguiente, tuvimos una segunda conferencia con él, y me decidí, urgido por la necesidad ¿qué digo? por el hambre.

Una vez solo, cara á cara, con mis compromisos, — me sentí desalentado y estuve por escribir una carta, diciendo: "Huyo, no puedo," — y por fugar. Me hacía á mí mismo el efecto de un delincuente. ¿O la audacia no es un delito algunas veces? ¿Por qué había entonces en el templo de Busiris, esta inscripción:

"Audacia", "Audacia", — y en el segundo pórtico interior: "No mucha audacia".

"El Chaco" salió. ¡Qué extravagante título! Y sin embargo fué una intuición.

"El Chaco santafecino" es hoy día, sin la navegación del Salado, lo que yo profetizaba.

Don Juan Pablo López, ¿no había preguntado al verme: ¿Quién es aquel profeta?

¡Y después dirán que no es uno profeta en su tierra!

Mi colega y mi amigo en la Cámara de Diputados, el doctor Basualdo, compartió conmigo las primeras tareas de la imprenta. Era un chiquilín; pero debe acordarse de Juan Burki, el editor responsable, *pro forma*, un pobre colono sin trabajo, que andaba casi con la *pata* en el suelo. La primera vez que le pagaron, lo primero

que hizo fué comprarse unas botas en la zapatería de enfrente, — botas que fueron su martirio físico y moral. Primero, por lo que le hacían doler; después, porque nadie reparaba en ellas, exprofeso, tanto que, á las pocas horas de haberlas inaugurado, no pudo resistir, y reuniendo á los tipógrafos y señalándoselas les observó, en su media lengua: "Ese botas, lindo."

Los tipógrafos soltaron una carcajada homérica, y le enseñaron colgadas en una aldaba, sus alpargatas sucias y rotosas de la víspera, como diciéndole: "Te conocemos; la mona, aunque se vista de seda, mona se queda".

¿A qué contar mis primeras angustias, mis partos para producir? Harían llorar y estoy harto de tristezas.

Pero no omitiré aquí, que era yo tan pobre entonces, que no tenía más cama que las resmas de papel: es un buen lecho de algodón.

Querido Vedia:

Me decía usted ayer:

"Qué es lo que hace usted, general, para escribir como habla?

"Mientras me da la respuesta á esa pregunta y mientras me refiere, cual me lo tiene prometido, cómo el hambre le hizo escritor, veamos qué otra dificultad se presenta para el éxito de la conversación escrita."

Contesto: Me ha parecido más natural, más propio, más concienzudo, pagar la deuda que voluntariamente contraje, contándole primero *cómo fué que el hambre me hizo escritor.*

Ya está pagada. La otra, que usted me imputa con su gentil curiosidad, también la acepto, la reconozco, — mas será para después. Necesito tomarme para ello algún tiempo moral, siendo el asunto ó tema algo más subjetivo que éste.

Hoy por hoy, concluyo, sosteniendo que sólo los que han sido pobres merecen ser ricos. De ahí mi poca admiración por los grandes herederos, que no tienen más títulos que sus millones, — mi estimación, mi aprecio, mi respeto, por todo hombre que *se hace á sí mismo*.

ANACARSIS LANÚS

A sus hijos.

"La réligion de l'homme n'est, souvent. que
"son amour et sa reconnaissance."

MASSILLON.

HACE muchos años, recién se había fundado la institución de crédito que la República debe á uno de sus más nobles hijos.

Me refiero al señor don Francisco Balbín, cuya efigie, en mármol imperecedero, debiera estar en el frontispicio de todo Banco Hipotecario, para recordarles á los presentes, tan olvidadizos como los vendideros, — que es á él á quien Buenos Aires debe, en gran parte, sus progresos materiales.

Aprovecho de paso, esta coyuntura luctuosa, desgraciadamente, para rendir homenaje á la memoria de tan ilustre ciudadano.

Era en julio de 186... La noche estaba fría. El que transitara á esa hora, que eran las nueve, podía sentir que los viandantes apuraban el paso, que tiritaban, que

se envolvían, lo mejor posible, en sus abrigos, y que esquivaban el rostro, poniéndolo, como dicen los marinos, á sotavento, para resguardarse de un vientecillo húmedo, que soplaba del sur, buscando casi todos los que iban de este á oeste, ó vice-versa, las aceras que miran al norte.

La luz del gas era escasa; las tiendas y almacenes comenzaban á cerrarse; el barrio de suyo sombrío.

Una mujer esbelta, tapada á la española, dejando ver solamente dos ojos negros, relucientes como azabache, cruzó, apurando el paso, de la *vereda* del norte á la del sur, casi en la esquina de Potosí, entonces, (Alsina, ahora) y Tacuarí, — tomó el paredón de la iglesia de San Juan, y, deslizándose como una sombra, siguió su camino, siendo difícil seguirla, sin comprometerse ó comprometerla.

La negra figura iba oprimiendo su corazón, para respirar con más facilidad, no porque fuera enferma, no porque la agitaran malos pensamientos, — sino porque hacía un esfuerzo sobre sí misma, movida por la dura ley de la necesidad.

Los que con ella se cruzaban, la miraban: un instinto les decía: dejadla seguir, — y la dejaban proseguir tranquilamente su camino, presa de su emoción.

Al llegar á las cuatro esquinas del *mercado viejo*, dobló á la izquierda, tomando al norte; se detuvo, vaciló entre seguir por la vereda que mira al naciente ó atravesar, — se orientó, le pareció observar que nadie la veía, se decidió, atravesó y entró en una joyería, que estaban ya por cerrar.

Un hombre, que salía del club del Progreso, la vió; creyó reconocerla, se detuvo maquinalmente, movido por lo feo de la noche,—y, más que por curiosidad, por un sentimiento de interés, é involuntariamente, observó, diciéndose á sí mismo:

—Es fulana. ¿A estas horas? ¿Por acá? ¿A pie? ¿Tan tapada? ¿Qué habrá?

La mujer no hizo más que descubrirse y decirle al joyero:

—¿Me conoce usted?

El joyero la miró con cierta sorpresa, por no decir estupefacción, y con uno de esos *sí, señora,* que implícitamente dicen: *¿Y quién no la conoce á usted?,* ofrecióle que se sentara.

La desconocida se sentó, respiró con expansión, como quién llega al límite de la jornada, balbuceó algunas palabras entrecortadas, rogóle al joyero que cerrara, y, una vez que éste lo hizo, díjole, sacando del bolsillo del vestido un estuche de terciopelo encarnado:

—¿Quiere usted hacerme el favor de tasarme este brazalete?

El joyero lo examinó prolijamente, hizo como una cuenta mental, y contestó en conciencia:

Vale veinte mil pesos.

—¿Por lo menos?

—Por lo menos, señora.

—¿Me quiere usted dar cinco mil por un mes, quedándose con la prenda en garantía?

—Con mucho gusto, señora; por el tiempo que usted quiera.

La desconocida tomó el dinero, se envolvió en su chalón, se miró al espejo para asegurarse de que estaba perfectamente tapada y repitó una vez más: "*¡Gracias! ¡gracias!* volveré antes de un mes."

Salió precipitadamente, hesitó un momento, para resolverse á volver sobre sus pasos por la calle de Potosí, ó por la de la Victoria.

El hombre, que estaba enfrente, no se había movido: ella le vió, no le reconoció, pero temió que la hubieran reconocido y el sólo temor y la idea de las sospechas que hubiera podido suscitar le hicieron subir al rostro un *calor rojizo*. Estuvo por atravesar y decirle á ese hombre: "*Soy yo*, no ando en nada malo", pero las mujeres no tienen ese valor, y sólo pensó en recatarse y en marchar febrilmente, creyendo que, porque caminaba á prisa, todo lo ocultaba.

El hombre la siguió de lejos, ella no dió vuelta una sola vez, no pensaba sino en llegar.

Llegó; la puerta de su casa estaba abierta; el zaguán, iluminado. Entró, había visitas, todos hombres. La esperaban; antes de salir, había dejado sus órdenes. Se transfiguró, volviendo á ser ella misma, y nadie sospechó ni pudo sospechar todas las angustias por que acababa de pasar.

Esa mujer había nacido en la opulencia, y en ella había pasado los mejores años de su vida. Era bella como Niobe, joven aún; los tiempos habían cambiado. Su posición era otra; su prestigio no había pasado. La hermosura tiene eso, — y si á la hermosura se agrega el

espíritu, la gracia, la cultura; ¡qué fascinación para los hombres! Todos son esclavos.

Los tiempos habían cambiado, he dicho, y al boato, habíale sucedido la escasez; pero la sociedad tiene sus leyes y había que salvar las apariencias. El rico se encontraba en dificultades.

El hombre que había seguido á la mujer, cuando la vió entrar en su propia casa, en la casa solariega (que había llegado á ser suya, por herencia), no pudo dudar, — era ella.

¿Y en qué había andado esta señora?

El la quería, con ese afecto desinteresado, generoso, noble, que es el bello ideal del amor.

Imaginaos la noche que pasaría, siendo como era un alma delicada.

¡Qué aguijón el de la curiosidad!

Al día siguiente, una vez en la calle, no tuvo más que un sólo pensamiento fijo, salir de dudas.

Se fué á la joyería, entró, y con la seguridad de Arquímedes, díjole al joyero, que le conocía perfectamente, porque... ¿quién no le conocía entonces?...:

—Anoche ha estado aquí, á tales horas, tal persona; ha entrado en los momentos en que usted cerraba su puerta. Usted la ha cerrado tras ella, — y ella ha permanecido aquí diez minutos, por lo ménos. Yo quiero que usted me diga qué hacía aquí, á esa hora, esa señora.

—Ha venido á empeñar una alhaja.

¡Ella...!

—Sí, señor.

—Qué alhaja, ¡Á ver!

Y el joyero mostró el brazalete.

—¿Y cuánto vale este brazalete?

—Veinte mil pesos, por lo menos.

—¿Y cuánto le ha dado usted á la señora, por él?

—Cinco mil.

—Bien, déme usted el brazalete, (usted me conoce) — aquí tiene usted sus cinco mil pesos.

—Pero, señor... no es correcto.

—Bueno, le daré á usted un recibo en el que conste que usted me entrega el brazalete, en depósito, durante un mes.

El joyero cedió.

El hombre tomó el brazalete, salió y se fué á la casa de la desconocida, en derechura. Llamó, se anunció, le hicieron entrar y fué recibido, como se lo merecía.

Hacía tiempo que él y ella no se veían. Se vieron, pues, con mutua satisfacción.

Hablaron; ella de todo lo que quería, y él de lo que no quería, hasta que, por fin, de elipsis en elipsis, llegaron ambos á colocarse en la situación psicológica.

—Señora, díjole él, tengo aquí una cosa para usted.

—¿Para mí?

—Sí, señora.

Y esto diciendo sacó del bolsillo el mismo, mismísimo estuche encarnado que la dama había empeñado la noche antes, y cuya visión la puso más encarnada de lo que se pusiera cuando, al salir de la joyería, pensó que pudiera sospecharse de los pasos nocturnos en que andaba.

—¡Fulano! ¡por Dios! ¿Qué es esto?

—Señora... ¿y usted me lo pregunta á mí?

—¿Y por qué no?

—¿Usted ignora que los que llevan mi apellido están eternamente vinculados, por la gratitud, á su marido? ¡Qué! ¡Usted no sabe, cómo no lo ha de saber! que, en tiempos difíciles, su marido le dió á nuestro padre casa de balde, para que viviera?

—Pero... esas son cosas de mi marido... Yo ¿qué tengo que hacer con eso?

—Señora, no discutamos. Aquí tiene usted su brazalete. Supongo que, entre un joyero y yo, usted me preferirá como acreedor; su marido está ausente... sus hijos no la pueden ayudar... los tiempos son duros para ustedes... y yo, pobre, cuando su marido era rico, soy millonario ahora.

La mujer cedió.

El hombre continuó:

—Pero es que esto no me basta á mí: es que yo necesito exigirle á usted algo más.

—¿Todavía?

—Sí, señora: las deudas de la gratitud no se liquidan jamás, cuando uno tiene el corazón bien puesto.

La mujer se echó á llorar: su belleza debía ser ideal, en aquel momento, arrasada en lágrimas de agradecimiento.

—¿Y qué más quiere usted?

—Que usted me diga cuánto necesita mensualmente para vivir como debe usted vivir, y que me deje usted hacerle aquí una casa, en la que usted podrá vivir y

tener además una renta. El Banco Hipotecario está ahí, y á estas operaciones se presta con gran facilidad.

La mujer, dominada por aquella alma buena, cedió: en dos palabras más, todo quedó arreglado.

El que este cuadro de nobleza y gratitud esboza, á grandes pinceladas, era soldado, y hacía la guerra del Paraguay.....

Vino un día á Buenos Aires, y departiendo con su madre, díjole ésta:

—Díme, hijo mío, ¿eres amigo de *fulano?*

—Sí, madre mía.

—Bien... tengo un favor que pedirte.

—¡Favor! ¿á mí? Usted sabe que sus deseos son órdenes.

—Ya lo sé; sin embargo...

—Diga usted, madre mía.

—¿Sabes tú como es que yo tengo ahora casa y renta?

El hijo se encogió de hombros; nunca había inquirido, aunque siempre se hubiera ofrecido, cómo su madre se desenvolvía en medio de tantas dificultades como habían agobiado á su familia, — y repuso:

—Mamita, francamente, no sé.

Y la madre le explicó todo lo que había pasado, y después de habérselo explicado, le exigió que, si alguna vez, por disidencias políticas, se encontraba en bandos opuestos con el hombre de quién vengo hablando, tuviera presente todo lo que á él le debía.

Corrió el tiempo, que con tanta velocidad corre. Yo fuí un día á casa de ese hombre y le dije:

—Necesito que me prestes tu firma para tomar veinte mil pesos.

Es de advertir que, después de la notificación de mi madre, yo miraba á ese hombre con profunda veneración.

—¿Cómo nò? me dijo, — con mucho gusto; pero me permitirás que te pregunte para qué necesitas esos veinte mil pesos.

Confieso francamente que, pocas veces, en mi vida, me he visto más apurado; porque esos veinte mil pesos eran para trabajar electoralmente por un candidato que no era el de mi amigo. ¡Pero qué diablos! Si uno no es franco con sus amigos personales, ¿con quién lo ha de ser?

Mi candidato era el doctor don Nicolás Avellaneda.

Mi amigo me dijo:

—Pero hombre, ¡y qué tan luego yo te dé mi firma para que vayas á trabajar contra mí, en la Rioja!

—¡Eh! ya nos arreglaremos.

—¡Hum! Y qué arreglos caben entre tú y yo? (I)

Discurrimos, y le dije:

—Ustedes tiene malas tendencias. La revolución es un recurso extremo que no se justifica, sino por el éxito, y me parece que esta vez ustedes están mal inspirados. Perderán todas las posiciones que ocupan, y desaparecerán todos los equilibrios...

Ese hombre acaba de morir. Escribo estas líneas bajo la impresión de la triste nueva: no pago con ellas sino

---

(I) Entre tí y mí. debiera ser gramaticalmente hablando; pero... — *N. del A.*

un pequeño tributo á su memoria, — presentando su ejemplo, como tipo envidiable, á los que hayan sentido alguna vez solicitado su corazón por los deberes de la gratitud, ó á aquellos que sean refractarios á tan noble emulación.

Ese hombre se llamaba ANACÁRSIS LANÚS.

La mujer que, en noche fría y oscura, vagaba por las calles de Buenos Aires, para empeñar sus joyas, se llama *Agustina Rozas*.

Esa mujer es mi madre, y estoy seguro que cuando lea ella estas líneas reconocerá, que yo soy hijo genuino de sus entrañas, y que del modo más digno, hago honor á la memoria de uno de los hombres más buenos que ella ha querido, y que á ella la han querido.

No sé si sobre la tumba de los muertos hay otro modo de recogerse en esta hora tristísima de la consumación final.

Yo, sólo sé decir que me desprendo de toda preocupación social y de orgullo, para declarar aquí bien alto: que no hay sobre la tierra hombres mejores que el que ya no existe, que ANACÁRSIS LANÚS.

JUAN PATIÑO

Al señor doctor don Felipe Yofre

JUAN Patiño era cordobés, y negro, — negro retinto, descendiente en línea recta de africanos. Por toda la estructura de su cara, debía venir de la tribu, que los traficantes de carne humana, cuando existía la trata, llamaban *nación benguela.*

Su estatura era la mediana, su mota tupida, sus ojos redondos, algo saltones y mansos, su nariz respingada, tenía los pómulos saltados, signo infalible de coraje; los labios poco abultados, y se movía con una indiferencia, que rayaba casi en el abandono de su persona, como diciéndole á la tierra: "¡Psé! ¿y á mí qué se me da? Puedes tragarme cuando quieras."

La primera vez que lo ví fué en el fuerte *Las Tunas,* recorriendo la frontera con el general don Emilio Mitre, cuyo nombre traigo siempre á colación, — con explicable complacencia, porque ha sido mi jefe y mi particular amigo; todavía lo es, á pesar de tantas tempestades, como las que hemos corrido, bifurcándonos sólo las disidencias políticas. ¡Bien haya la brújula del afecto, imantada por la estimación!

Ayala, comandante entonces, general ahora, mandaba aquel destacamento; y la razón por que allí conocí, al pasar, á un simple soldado es muy sencilla, — para que se vea que, hasta el vicio, puede ser causa de notoriedad: ese soldado llamaba la atención por ser un insigne borracho.

Juan Patiño, pasaba en efecto, lo mejor de sus días en las viñas del Señor.

He dicho más arriba que la primera vez que lo *ví* en *Las Tunas,* y no lo he dicho por decirlo, sino exprofeso, porque no lo *conocí,* y bien, sino después.

Ese *después,* fué cuando sobre la base del piquete que mandaba Ayala, se organizó el batallón 12 de línea.

Era esto, al estallar la célebre guerra del Paraguay.

Juan Patiño, siendo yo mayor, — el mayor es el argos y el *cuco* del cuerpo, — no podía escapar al escrutinio de mi observación.

Manejaba perfectamente el fusil, marchaba bien, era muy listo, como guerrillero, y no tenía de las tres pestes ó vicios del soldado: las mujeres, el juego y la embriaguez, sino el último; de modo que Juan Patiño debía ser un hombre mediocremente feliz, quizá feliz del todo.

Las mujeres no lo engañarían, estando exento, por consiguiente, del atroz tormento de los celos, de esa pasión, que suele hacernos feroces hasta la estupidez; y no jugando, estaba á cubierto de caer en las bajezas del deshonor.

Pero de lo que no estaba á cubierto era, de que lo metieran un día sí y otro no, por lo menos, en la *tipa,* ó *en chirona,* que es como en España dicen.

Juan Patiño era incapaz de pensar en desertarse; pero (ha de haber muchos *peros* en la vida de este, para mí, inolvidable negro), cuando no estaba preso lo andaban buscando; porque el *parte* respecto de él era siempre, infaliblemente, éste, á la hora de lista: Falta Juan Patiño...

Marchamos á los campos del Paraguay, y Juan Patiño, que no era capaz de enmendarse, llegó á hacerse molesto, por lo relapso en emborracharse: era un mal ejemplo, había que corregirlo.

Agoté todos los medios coercitivos, y otros... ¡inútil...! — Juan Patiño estaba saturado hasta la médula de los huesos, el sólo olor del aguardiente lo embriagaba.

Lo peor de todo, y éste no es más que un modo de hablar, es que su alma no podía abrigar resentimiento, y que, después de un castigo duro, cuando nos veíamos, él me miraba con una carita picaresca y risueña en la que yo leía perceptiblemente ésto:

—Mi mayor, castígueme no más... pero de la *chupa* no me ha de curar.

Yo me decía: matarlo no puedo, á este negro; pero ¿si lo hiciera matar gloriosamente?...

Y digo matar, en vez de asustar, porque asustarlo era imposible... — Puede ser que le tuviera miedo á las ánimas; de la muerte... se reía.

Un día, se me ocurrió una cosa, y esta cosa se repitió y se repitió.

Después que se retiraron las guardias avanzadas, que cesó el tiroteo, de las descubiertas, que nuestra línea

quedó en silencio, y como el pobre negro habiendo faltado á la lista tenía que ser castigado, le hice dar diez paquetes, — y una vez amunicionado, lo llamé y le dije:

—¿Vaya usted á tirotear á los paraguayos me entiende?

Sí, mi mayor....

Marchó, avanzó, armó una *cinguizarra* de tiros, quemó todos sus cartuchos, revolviendo el avispero hasta ser atacado por qué sé yo cuántos paraguayos; pero salió ileso.

Y, lo más lindo de todo, es que, cuando regresó al reducto estaba, ya *in trinquis.*

¿Cómo? He ahí el problema. El hallaba aguardiente hasta debajo de tierra.

Era una diversión que tenía bemoles; pero Juan Patiño no estuvo nunca, jamás, enfermo, ni nunca, jamás, fué herido, — ni siquiera murió en el asalto de Curupaytí; tenía siete vidas como el gato. Era invulnerable.

. . . . . .

Juan Patiño, fué dado de baja, habiendo cumplido su empeño, pero yo no sé por qué incongruencia ó nigromancia, como decía el viejo general Paunero, siempre remanecía por donde yo andaba...

Avellaneda, me había mandado á Córdoba de Intendente Militar, y allí enarbolé bandera de enganche.

Yo vivía en la calle de San Jerónimo. Una mañana, oigo una disputa en la puerta, con mis asistentes.

—Y... ¿por qué no hei de dentrar? decía. Si, hei de entrar.

—No, no ha de entrar nada. Váyase, amigo.

—No me de *dir* nada.

Aquí reconocí, desde mi escritorio, la voz vinosa de Juan Patiño.

Y cómo no gritar:

—¡Déjenlo entrar!

. . . . . .

Ustedes se imaginarán, sin duda, que exagero.

¡Pues soy pálido! ¡me falta elocuencia para contar las aventuras de este *bipedo* extraordinario! Su vida militar son puros milagros.

Lean ustedes:

Una noche: era en el campamento de Tuyutí, teniendo yo una pierna de carnero, no muy flaca, se me ocurrió invitar á cenar á algunos camaradas, entre ellos, al malogrado Maximio Alcorta, á José Ignacio Garmendia, á Eduardo Dimet y otros...

Nos sentamos á la mesa, y apenas en facha, revienta un cohete á la Congrève, que nos mandaban los paraguayos, y otro, y otro.

Gran desparramo; los convidados se dispersan entre mis voces de: ¡A formar! ¡A formar! ¡Pronto, muchachos!

En medio de aquel bello desorden, Maximio, Garmendia, Dimet y los otros, que, á deshoras y contra la consigna, estaban fuera de su campo, en las avanzadas, tomaban en tropel el portante, — saltando como gamos el pequeño puente levadizo, diciéndome: ¡Hasta mañana! ¡que le vaya bien!

—Adiós, adiós, — les contesté, — y se hicieron humo.

Cuando el batallón estuvo listo, y lo estuvo en un verbo, me acordé de la pierna de carnero, intacta en el momento de estallar los cohetes, y le dije á Carmen Bustamante, mi tamborcito de órdenes, herido á los doce años, sobre las trincheras de Curupaytí:

—Andá, traéme la pierna de carnero que está en mi carpa.

—Señor, me contestó, si se la han *mochado;* el capitán Garmendia, la llevaba en la mano.

¡Ladrones! exclamé, — en mi hambruna burlada: ¡mañana me la pagarán!

—"Flanco derecho, hileras á la derecha, marchen."

Salí á la sordina con el batallón....

El cielo estaba encapotado. No había más luz que la de los fusilazos, sólo se oían tiros, la tierra temblaba.

Una columna de caballería enemiga recorría el frente de nuestra línea á gran galope, — terrible, como un azote.....

Todas mis centinelas avanzadas estaban en su puesto, de pie, vigilantes, menos Juan Patiño.

"Prisionero", — pensé: ésta, no estaba en sus libros, y me puse torvo y me entristecí.

Cuando aclaró, mandé descubrir el frente.

¡Dos mil jinetes habían pasado por encima de un hombre! El casco de ningún caballo lo había tocado!

Él dormía como una piedra.

Al lado tenía el cuerpo del delito.

Era una caramañola paraguaya, con restos de un

aguardiente que no sabía al vitriolo líquido, que bebían nuestros soldados, — trofeo perdido por el enemigo probablemente, en su descubierta de la mañana; y el hombre.... Juan Patiño.

Garmendia está vivo y no rectificará, así como no tendrá la impudencia, de decir que no tuvo el mal corazón de robarme la pierna de carnero, ¿ó no fué robo ese?

. . . . . .

Juan Patiño entró.

Estaba, como de costumbre, *alegre* que daba gusto, ¿y venía á qué?

A engancharse.

Solté una carcajada.

El también se rió.

— Pero Juan, le dije, si estás muy viejo, si ya no servís para nada, hombre, — y esto diciendo, metí la mano en el bolsillo, para *untarle* las suyas con algunos *bolivianos.*

Se tambaleó, se enderezó, y cayéndosele la baba, me hizo la venia con toda marcialidad, — como si estuviera *fresco.*

No articuló una palabra... pero todo él decía: ¡con que no sirvo para nada!

— Si me vas á dar mucho trabajo, Juan, le contesté.

Me miró cariñosamente.

Me dí por vencido, — y le dije: bueno, pero mirá que ya tenés canas, á ver si asentás el juicio.

Le leí en los ojos que haría todo, mènos renunciar al culto de Baco.

Pero ya yo había dicho que sí.

Por otra parte, — hay borrachos de borrachos, y aquella orgía ambulante, no había hecho en su vida mal a nadie, — pero por eso tenía, sin duda, una Providencia aparte.

Otros, y blancos, con vicios menos visibles, son reptiles sociales venenosos.

Hice llamar al comandante Olímpides Pereyra y le dí mis órdenes. Fueron éstas:

— Engánchelo usted á ese hombre, — es buen soldado, déle su primer cuota, de á poco, todos los domingos, y puerta franca siempre. . . .

Juan Patiño vivía como había vivido: ebrio siguiendo la falta (1) ó preso; pero, cuando no estaba malo de cabeza, era un modelo.

Un día me dijeron: Juan Patiño ha desertado.

— Imposible; contesté, que lo busquen.

Se mandaron comisiones.

Pasando una de éstas por una chacra de maíz, oyeron voces, salían de las entrañas de la tierra, — buscaron, hallaron ....

Juan Patiño se había caído en un pozo sin brocal, el agua le llegaba casi á la boca; pero le permitía vociferar: "¡Pozo de tal por cual, que no servís, ni para que se ahogue un pobre negro calavera!"

---

(1) En lenguaje militar argentino, seguir la falta, es continuar faltando á la lista.

Lo sacaron hecho sopas, todo lastimado, el agua había hecho su efecto de reactivo, — medio curándolo de las contusiones y de la tranca.

. . . . . .

. . . . . .

Yo dejé de ser Intendente Militar; se ordenó por el Ministerio de la Guerra que se remitieran á Buenos Aires todos los enganchados que, por diversas razones, habían ido quedando en Córdoba.

No me acuerdo que rumbo militar ó político tomé.

Lo cierto es que un bello día, entrando en la Casa Rosada, el centinela que se paseaba por la vereda, — se detuvo, y, echando al hombro el arma que tenía á discreción, me saludó como sólo saben hacerlo los veteranos consumados.

Era Juan Patiño.

—¡Juan! le dije... ¿vos, acá?

—Y él, guiñándome el ojo, repuso, con malicia inocente, — por más que estas dos palabras parezcan divorciadas, — "¡y de artillero!"

Aquella observación zumbona, valía todo un informe técnico sobre el modo de reclutar y destinar nuestros soldados.

Y, sin embargo, con esos elementos, y así, nuestro ejército ha hecho, y volverá á hacer proezas.

¡Lástima que se vayan acabando los negros!

A ver, ¿cuántos blancos que no se han emborrachado jamás han tenido mejores sentimientos que Juan Patiño? ¿quién fué más subordinado que él? ¿quién pasó

más pellejerías que él? ¿quién se hizo querer más que él? ¿quién, como él, *en trúa,* calamocano ó no, fué más desprendido que él?

¿Qué se habrá hecho?

Es pecado fomentar el vicio; pero si yo supiera dónde mi negro está, ya que de él me he acordado, le enviaría algunos pesos para que se los chupara.

¿Qué quereis? yo soy como me han hecho, — y no es hora de enmendarme.

Estoy seguro de que si Juan Patiño vive y ha dejado de beber, — se ha de haber enamorado.

Chassez le naturel il revient au galop: el amor es otro género de embriaguez; ambos hacen perder la cabeza... tanto vale *mamarse* con aguardiente como con caricias de mujer... huid de ellas; os hablo, mancebos, en nombre de mi observación personal.

Pero qué... tiempo perdido, Shakespeare ha dicho: *man is like a cate that always makes á dirt in the same place;* lo que traducido *pulcramente* quiere decir: que el hombre es persistente, en lo malo, como el gato.

Buen provecho.

No tengo nada que daros, que valga tanto como mi experiencia.

¿Y mi negro?

¡Ah! ¡Juan! si no has dejado tu vicio, no lo cambies por el otro; reirás menos, llorarás más, y lo mismo tambalearás y caerás.

EN LAS PIRÁMIDES DE EGIPTO

Al señor doctor don Ramón J. Cárcano.

I.

Dos cadenas de piedra caliza, eternamente peladas, que al sur casi se tocan, hasta formar una garganta de granito, especie de Niágara, por donde, rugiendo con furia, salta el Nilo en el valle; que al norte se ensanchan y desaparecen, en una llanura cenagosa, que se extiende hasta las costas del Mediterráneo; más de doscientas leguas de largo casi encerradas dentro de límites sempiternamente caldeados por un sol rojizo, — límites, que ora se acercan, ora se retiran, que en invierno son la imagen de la desolación y de la muerte, y en verano, un panorama riente de abundancia y de vida, encierran la histórica tierra de Egipto, cuna pristina de la humanidad para algunos, — incuestionablemente, emporio de extraordinaria civilización en épocas que se pierden en la noche de los tiempos.

El Nilo, cuyos orígenes están en el cielo, porque las nubes, preñadas de aguas, recogidas en muchos mares,

caminando al Ecuador africano, se deshacen allí en lluvia, durante varios meses, realiza todos los años un milagro estupendo en esa vasta región; sube poco á poco, crece gradualmente, se hincha, revienta, se desborda, y baña todas las comarcas circunvecinas, hasta el pie de las montañas, por Oriente y Occidente; la llanura, vuélvese un lago en el que innumerables aldeas, construidas sobre terraplenes artificiales, flotan, al parecer, como islotes, desparramados en fantástico archipiélago; y esta inundación providencial, es ahora, como en los tiempos antiguos, saludada con himnos de religiosa gratitud, en medio del regocijo de las familias que, llenas de júbilo, recorren en festivas barcas, de pintadas velas, de feria en feria, el alegre país, — triste, desolado, el día anterior.

De las corridas de toros, de las regatas, de las luchas cuerpo á cuerpo y otros juegos atléticos de otras edades, casi nada ha quedado. La moderna civilización todo lo altera, trasformándolo todo. Apenas subsisten los prestidigitadores tradicionales, los arpistas ciegos y los ministriles del África Central, aunque no con los caracteres típicos de antaño.

Pero, ahora como entonces, la entrada del invierno es el momento en que el dueño de casa lleva regalos para los chiquilines, que alegran el hogar, amuletos, ó aros para las orejas, ó collares de cuentas de porcelana, de plata ó de oro, para las concubinas, ó para la mujer. Pero, ahora como entonces, abundan en los puestos, la carne de vaca y de venado, los patos, los gansos, el pescado, los dátiles, las tortas de maíz de Guinea, el

puerro, los pepinos, las cebollas, los ajos, — todas las especias, en fin, que les dan á los "Bazares" ese olor peculiar, que no se olvida jamás cuando una vez se ha olido, porque es un olor *sui géneris*... Y ¿con qué olor inolvidable lo compararé, que no sea el del café torrado.....?

Pues por allá también he andado yo. He sido, como ustedes saben, uno de los argentinos más glotones en materia de viajes: he estado en cuatro de las cinco partes del mundo; he cruzado, sin el más mínimo accidente, catorce veces la línea equinoccial, y he visto, entre ciudades y aldeas, más de dos mil, — dándome hasta el placer de comprar, en un mercado de carne humana, una mujer, para decirle después de ser mi cosa propia, con sorpresa de todos los circunstantes, excepto mi compañero de viaje James Foster Rodgers, que pagó la mitad del precio: "Eres libre, puedes hacer de tu cuerpo lo que quieras." Y ¿saben ustedes lo que esa costilla nuestra hizo? Se vendió á sí misma; porque, según el truchimán nos explicó, prefería ser esclava algún tiempo, — y no libre, sin tener que comer, porque para hacerlo tendría que traficar con su cuerpo, y era, según ella lo afirmaba, si no pura, honesta.

Este punto es muy intrincado; las mujeres que son el mayor embolismo de todo lo creado, se encargarán de desenmarañarlo.

Yo prosigo..

James Foster Rodgers, era un *yankee* número uno, con el que nos conocimos en Calcuta, visitando juntos el

interior de la India, Benarés, Lahore, Delhí, hasta encaramarnos en los picos más accesibles del Himalaya.

Durante algún tiempo, después que nos separamos, estuvimos en correspondencia. Hace muchísimos años que nada sé de él: supongo que habrá reventado, pasando á mejor ó peor vida, porque en 1850, tenía ya veinte años más que yo, mala salud, el fetiquismo de los ojos negros y de los piès chicos, y yo no soy un nene. Catorce meses vivimos como hermanos, y sólo dos veces tuvimos desazones.

Primero, en Roma.

En Londres, después.

Lo contaré.

En Roma visitábamos San Pedro, esa maravilla de la audacia y del arte arquitectónicos.

Entramos, y yo, como que era lo que mi madre me había hecho, es decir, católico, me saqué el sombrero con veneración.

Foster Rodgers se lo dejó encasquetado.

Se lo observé, — y su contestación fué: *It is not my religion.*

Me mordí los labios, esperando que algún sacristán viniera á intimarle á aquel impío, que, en la casa de Dios, se debe ser respetuoso, por más extraño que á su culto sea el visitante.

Pero nada; son en Roma, á este respecto, de una benevolencia inaudita, con los extranjeros.

. . . . . .

Estuvimos torcidos algunos días. Pero la amistad es un colirio admirable, — colirio que todo lo cura; teníamos que componernos y nos compusimos.

Es, sin embargo, curioso observar cómo después de una gresca, aun entre los que se quieren bien, queda en el alma humana un sedimento acre, — que no tarda en fermentar. Observadlo bien, y veréis que las represalias inofensivas se imponen con irresistible tenacidad...

Continúo.

En Londres, visitando San Pablo, yo hice como Foster Rodgers, en Roma.

Visto ello por mi *yankee*, como yo á él, en San Pedro, me insinuó:

— *Take of your hat.*

Yo contesté, dándole el vuelto:

—No es mi religión.

Foster Dodgers, se mordió los labios á su vez.

Pero aquí no sucedió como en Roma, porque un sacristán protestante, "muy liberal", vino á intimarme que me quitara el sombrero, intimación que no acepté; que fué repetida tres veces, hasta amenazarme con llamar al *policeman*, — lo cual, perfectamente entendido por mí, me sugirió este expediente de triunfador: giré sobre los talones, me salí del templo, con mi sombrero puesto, y lo esperé á Foster Rodgers en el atrio, hasta que se cansó de estar adentro con *su* San Pablo protestante, y salió...

Adelante

No voy á describir ciudades, ni usos, ni costumbres, ni monumentos, ni á juzgar instituciones, — y mucho

menos á referir aventuras. Dejo esto último para mis "Memorias", si es que algún día me resuelvo á publicarlas, lo que es probable. Si lo hago, allí se verán y se sabrán cosas raras. Entre ellas, ésta; cómo es que siendo uno joven, puede viajar algún tiempo sin saber por qué mano anónima, le son saldadas sus cuentas de hotel, — si en ello se entromete una inglesa millonaria, extravagante...

Ya estoy viendo la sonrisa de incredulidad del que estas letras lee, y entonces repito: que es cierto lo dicho, y que no eran sólo mis cuentas, las que se pagaban, sino las de mi compañero.

Hoy por hoy, sólo me propongo una cosa: contar algo que no creo se haya repetido, que no me parece posible que se repita; porque en esto, como en un orden de ideas más elevado, no es filosófico, — como dice Edgardo Poe, — basar en lo que ha sido, una visión de lo que debe ser.

Pero ustedes, que me han oído hablar de que compré una mujer, han de tener curiosidad, estoy seguro de ello, de saber qué es un mercado de mujeres. Voy á describirlo, pues, en cuatro plumadas.

Imaginaos un edificio cuadrangular, con corredores interiores, rodeando un patio así como los nuestros, de estilo arábigo, — nuestras antiguas casas se parecen á las de Sevilla, — y en el medio, una fuente. Á un lado, mujeres negras desnudas, abisinias y nubianas, por lo común, completamente desnudas; el cuerpo untado con aceite de coco, frotado, hasta darle el pulimento y la brillantez del jacarandá; el motoso cabello, dividido en

infinidad de crenchas trenzadas, que le dan á la cabeza la forma de un erizo encrespado, — sueltas todas ellas sin poderse mover más allá de su recinto.

Á otro lado, mujeres blancas, entre ellas algunas georgianas y circasianas, nada limpias, también desnudas, completamente desnudas; pero, con esta diferencia, que aquí no están todas sueltas, estando algunas aherrojadas, porque, siendo feas ó contrahechas ó viejas ó flacas (los musulmanes prefieren las gordas, ¡qué gusto!) maltratan, como bestias feroces á las otras, — diciéndoles el instinto, ó que, si salen, no será seguramente ni para embellecer el harén, ni para aumentar el número de las concubinas, sino para desempeñar sucios y nauseabundos oficios, de bestias de carga, en las casas de los judíos.

Imaginaos todavía dos retretes destinados á las obscenas inspecciones esotéricas, con unas como harpías en la puerta, con unos como engendros de Mammón, en forma de mercaderes, y una multitud de postulantes, viejos generalmente, — todos ellos cuchicheando, mientras en esos retretes se resuelve el problema más irritante para el pudor... imaginaos todo eso, repito, y tendréis un cuadro aproximado de esa abominación, dentro de cuyos dinteles mi compañero de viaje y yo, gastando ochenta libras esterlinas, pudimos decirle á un ser humano, cuya condición era peor que la de un perro sarnoso: "¡Eres libre!" haciendo ella después de su capa un sayo, — determinación que dejo á la fantasía de cada cual apreciar, si *fué prudente, ó no*....

. . . . . .

Estamos casi al pie de las Pirámides, ó mejor dicho, vamos llegando á ellas: estamos en el Cairo, en el "Hotel de Russie." Los borricos están listos, cada dragomán tiene el suyo; subimos, somos buenos jinetes, queremos hacerlos caminar, no se mueven. Es inútil castigarlos, no se moverán, hasta que no sientan la baqueta mágica del dragomán en cierta parte. Se las introducen. Se las sacan. Se repite la operación acompasadamente. Los borricos se mueven entonces, como si tuvieran una hélice. Queremos detenerlos, ¡tiempo perdido! no sienten los tirones del freno, que no es más que un aparato para las riendas, y éstas, un medio de sostenerse mejor. No se detendrán, hasta que el dragomán, no los deje como clavados en el camino. Esta educación no permite que el viajero canse los burros, — los que, como fácilmente se concibe, no caminan á voluntad del que los monta, sino á voluntad del que los alquila, el cual los hace descansar, cuando á él le place.

Caminemos...

Ahí están á la vista...; de lejos, y á medida que uno se acerca á ellas, poco efecto producen. Un kilómetro más, por el tórrido arenal, siempre fija la vista en el mismo punto, y el fantasma va tomando gradualmente proporciones colosales. Una vez en su base, el viajero se siente como aplastado por la mole, y si se compara y se mide con ella, el anonadamiento es completo. Es la sensación de la montaña para el hombre de la llanura; la de la llanura; para el hombre de la montaña; la de los altos mares, para los que no vieron sino la orilla del arroyuelo; de la inmensidad, de lo finito,

comparado con lo infinito. La reacción, no viene sino poco á poco. Pero producida la reacción física, nuevas emociones se apoderan del alma del viajero, que puede asociar ideas, recuerdos, ligar el pasado con el presente, contemplar en síntesis elocuente para el espíritu, millones de esclavos, afanados como hormigas industriosas, en darle cima á una obra estupenda, que, en nuestros días, no sirve sino para recreación y estudio, dando la medida de lo que fueron aquellos faraones, que, al morir, parecían decirle al mundo: "te desafiamos á que destruyas nuestras tumbas antes que te acabes"; porque, en efecto, tales monumentos, por su masa y su antigüedad, "más parecen pertenecer al Universo que al Egipto en particular..."

. . . . . .

La famosa Esfinge muestra ya su cara etíope, — cortada en la roca, prolongándose por la espalda en la dirección del centro de la segunda pirámide, y al verla, se siente y se concibe fácilmente que sólo á tamaño monstruo, podía confiarse la guarda de las misteriosas catacumbas, donde yacen sepultados los reyes de tanta grandeza pasada.

El paisaje tiene un aspecto indescriptible; el sol caliente vibra sus rayos á plomo sobre la arena movediza; la reverberación de la luz es ideal, — hay algo de caótico y de momento final, en aquel horizonte rojizo, como una puesta de sol argentino en día canicular; la *Fata* morgana, ostenta en lotananza y en el cielo todos los

caprichos de su maravillosa virtud; la imaginación los trastrueca, los embellece, los completa, si posible es, y los ojos del cuerpo ven, á las inglesas *tourist*, — poniéndose calzones de hombre, que las abultan por delante y por detrás, como si estuvieran doblemente *in the family way* (I) prepararse para la ascensión.

Ya subiremos...

II.

Las Pirámides, como ustedes saben, quedan yendo del Cairo sobre la margen occidental del Nilo. Son sesenta y siete, — aunque es más propio decir que han sido, porque de algunas de ellas, de las más pequeñas, no quedan sino vestigios.

Por más que no sea una novedad, permítanme ustedes decirles que los anticuarios, se han puesto al fin de acuerdo sobre que, tanto unas como otras, siendo varias sus dimensiones, estaban destinadas á los diversos miembros de la familia real. En dos palabras: eran las tumbas de los faraones.

Las que visitamos ahora, son el grupo de las de Ghizeh, — y la más alta de todas, esa á donde vamos á subir, ustedes acompañándome á mí mentalmente, yo acompañado de mis recuerdos juveniles, es la de Cheops.

Recuerdos juveniles, he dicho. ¡Qué lindas palabras! ¿no es verdad? Sí; cuando podemos asociarlas sin remordimiento, ó apartar la memoria de lo que hemos

---

(I) Modismo inglés que quiere decir *encinta*.

sufrido, — "por la invariable variedad y la monotonía del eterno cambio."

"Cheops", leo en mi libro de viaje en la fecha Marzo 14 de 1851, tiene cuatro faces y cada una de ellas mide en su base, en cifras redondas, doscientos cuarenta metros; la altura vertical es de ciento cincuenta metros y de ciento ochenta y tres, sobre la inclinación de 51º 50' que tienen los lados, — lo cual permite que, fácilmente, nos demos cuenta de la prodigiosa masa resultante de tamañas dimensiones, multiplicadas las unas por las otras.

Y, para no vestirme, en esta parte, con las plumas del grajo, no siendo, como no soy, anticuario, aunque ya frise en lo antiguo, me referiré para algo de lo que sigue, á la obra del coronel Vyse intitulada *The Pyramides of Ghizeh* (3 vol. de texto y 3 vol. de atlas; Londres 1839-1842.)

Simple eco de la tradición, Herodoto refiere que Cheops empleó 30 años en construir la gran pirámide, y avalúa en trescientos setenta mil, el número de obreros que trabajaban á la vez, siendo reemplazados cada tres meses.

Ahora bien, suponiendo que esos obreros sólo comieran cebollas y legumbres, resulta que su alimentación, debió costar cinco millones de francos.

Pero como ni en Egipto mismo se vive sólo de cebollas y de legumbres, sobre todo cuando se arrastran piedras como las de las Pirámides, — se puede juzgar por este solo artículo, lo que ha debido ser el conjunto de los demás. Porque á esos gastos hay que añadir el sala-

rio de los obreros, por mínimo que fuera, y la mano de obra, aunque costara casi nada; así como es menester tener en cuenta, el valor de los materiales empleados: calcáreo, granito, mármol, pórfido y otros que se traían del alto Egipto, por el Nilo, de una distancia de más de ochenta miriámetros.

Todas las Pirámides presentan sus lienzos muy exactamente orientados hàcia los cuatro puntos cardinales; la mayor parte están construidas con piedra, algunas con ladrillo negro, proveniente del Nilo; pero todas, una vez terminadas, eran revestidas de piedra lisa y pulida, y la de Cheops se supone que estaba revestida de mármol. Los siglos lo han hecho desaparecer.

Tengo barruntos de que todo esto, no lo entretiene mucho, que digamos, al lector.

Me apresuro entonces á decir cómo están construidas las Pirámides.

Ayudadme.

Ved con los ojos de la imaginación una base ó asiento cuadrangular, como si dijéramos un perímetro mayor que el de la plaza "11 de Setiembre" (ó sean 57,600 metros cuadrados, de un metro de espesor, poco más ó menos; llegad hasta metro y medio. Ved, sobre esa base ó asiento, otra casi del mismo espesor, pero que sea menos ancha, para emplear términos vulgares, — y tendréis un escalón. Continuad el procedimiento, hasta elevaros ciento cincuenta metros, por la superposición de bases ó asientos que se van achicando á medida que la pirámide va creciendo, y llegaréis hasta encontraros en la cúspide

ó plataforma de Cheops, — á donde en breve estaremos todos juntos.

Y para que esta sucinta descripción quede completa, ved todavía una sucesión de planos inclinados inmensos, por donde son empujados hacia arriba enormes monolitos, muchos de los cuales no tienen menos de veintidos pies de largo, siete de ancho y nueve de espesor, — que fué toda la mecánica que se debió emplear, y como yo, exclamaréis: ¡cuántos sudores! ¡cuánta miseria! ¡cuántas esfuerzos!

¡Ah! sin las agonías del pasado, no tendríamos la prosperidad del presente. Habrá siempre señores y esclavos, pobres y ricos, quien sufra y quien goce. Somos impotentes para hacer exclusivamente lo bueno. Toda conquista ha de ser una catástrofe. "Le genre humain, n'est pas placé entre le bien et le mal, mais entre le mal et le pire."

Decía que las inglesas *tourist,* hechas el diablo con sus polleras metidas dentro de masculinos pantalones, se aprestaban á subir, — Foster Rodgers y yo nos preparábamos ídem, ídem, para la ascensión.

. . . . . .

Aquellos escalones, ó no los habéis visto, eran unos señores escalones. Pues es nada, un escalón de sesenta centímetros, y algunos tienen un metro cincuenta.

Los mirábamos, mirábamos la cima, — y si no nos decíamos como la zorra "están verdes", pensábamos que aquello tenía bemoles. Á ver, nos decíamos con Foster Rodgers, cómo suben las inglesas primero.

—No, subamos nosotros antes, y les veremos las caras de arriba para abajo, que siempre es mejor ver lo de adelante que lo de atrás, aunque estas inglesas (y nos reíamos que daba gusto) lo mismo son por delante que por detrás, con sus bultos á vanguardia y retaguardia.

—Bueno, me dijo Foster Rodgers *¡Let us go!*

Y, haciéndoles una seña á los beduínos, que ya habían intentado apoderarse de nuestras respectivas humanidades, nos entregamos completamente á ellos.

La disposición era ésta: tres beduínos por barba; el uno nos tenía por la mano derecha; el otro por la izquierda; nosotros teníamos las narices frente al plano inclinado de la pirámide; el tercero estaba detrás.

De repente oímos un *¡alahá!* archi-gutural y junto con él sentimos dos tirones en ambos brazos, y un empellón en la "parte posterior de atrás" — como decía un ayudante de mi padre, muy bárbaro, — y nos hicieron subir un escalón, como si fuéramos bultos. Y los ¡alahá! se repetían, y el subir como bultos continuaba, y sudábamos la gota gorda, y ya no teníamos articulación en su lugar, así nos parecía. Los mirábamos á los beduínos con caras que decían ¡por caridad! nada; ¡alahá! viene, ¡alahá! va; Foster Rodgers y yo rodábamos como masas informes, impelidas por una fuerza brutal, hasta que la divina Providencia, si es que ella se mete en estas cosas, apiadándose de nosotros nos hizo descansar en un escalón, en el que había un socavón, — que los beduínos decían tenía virtudes singulares, resultando que la única virtud real que le descubrimos, fué que nos pidieron

boxees (debe leerse boc-shichs) vulgo, "por la buena mano, para la copa."

¡Y eran doscientos tres los escalones, y estábamos apenas á medio camino!

Descansamos; y antes que se enfriara la transpiración y sin decir oste ni moste, nos agarraron de nuevo nuestros ágiles coadjutores, y á la voz de ¡alahá! otra vez, nos dieron otro empellón y otro, y otro, y los empellones se repetían, y detrás de nosotros, resonaba el ¡alahá! de los otros que nos pisaban los talones, por decirlo así, pretendiendo llegar primero a la enhiesta cumbre, que en todo se mezcla la emulación, tratándose particularmente de fatiga ó de destreza. ¡Pero qué! les llevábamos la delantera y éramos varones en realidad, y ya nos habíamos entusiasmado, y ya también gritábamos nosotros ¡alahá! para darnos unos bríos que no teníamos, pues íbamos más muertos que vivos.

Finalmente, llegamos maltrechos... estábamos arriba, en la plataforma, que es una *piedrita* en la que caben, de pie, ochenta personas, por lo menos. Allí nos encontramos con veinte y tres prójimos, rodeados de setenta y seis demonios que se habían quedado en el último escalón.

Foster Rodgers oyó hablar en inglés. Vió en el acto que no era inglés, de ingleses, sino de yankees, é incontinenti se puso en contacto con ellos, y presentándome como á un americano del sud, como quien dice á un colega, prorrumpimos con ímpetu *¡hurra!* y sacándonos los sombreros y agitándolos hasta arrojarlos al viento, creyendo que llegarían á la base de la pirámide, mientras que

ahí cerca no más se quedaron, todos á una, gritamos con orgullo, ni más ni menos que si hubiéramos hecho la conquista de otro Nuevo Mundo: *¡All Americans!* ¡Americanos todos! *¡Long life to America!* ¡Viva América! y nos dábamos las mano con efusión, — y el ¡viva América! atronaba los aires. Y como si estuviéramos en un balcón, mirábamos las inglesas, con su barriga por partida doble, pujando por llegar, llenas de curiosidad, porque no entendían jota de aquellos gritos desaforados de ¡viva América!...

Entre nosotros los americanos, — los veinticinco — ¡oh! sorpresa, y ¡oh! contrariedad, descubrimos un musulmán.

¿Qué hacía allí aquel intruso? ¿En virtud de qué derecho estaba con nosotros?

Foster Rodgers y yo nos dijimos:

¿Pero este beduíno, por qué ha subido á la plataforma? ¿por qué no se ha quedado con los otros? creyendo que era uno de tantos, de esos que nos habían hecho rodar hasta arriba.

Indagamos, y resultó que era un yankee disfrazado de musulmán; un yankee que se había hecho mahometano, engaña-pichanga, para de esa manera poder acaparar antigüedades con más facilidad. La extracción estaba prohibida. Tenía así como unos cuarenta años, era retacón, panzudo, rubio, pecoso y doctor en medicina. Se llamaba Abbot, y él fué, querido Cárcano, el que me dió el facsímile del grueso sello, que le he regalado á usted — sello simbólico que, en forma de anillo,

de oro finísimo, encontró en el dedo de una momia, que había sido uno de los faraones.

El tal musulmán interlope llevaba una vida curiosa: habíase hecho querer, la medicina lo ayudaba; vivía como Salomón, en medio de un ajuar de mujeres de todos pelos, sin tener precisamente harén. Negociaba en ese momento con el Cónsul norte-americano la venta de su colección, — formada á costa de inmensos sacrificios, y no esperaba para hacerle un corte de manga á Mahoma, sino que estuviera concluido el negocio con su cónsul, el que, á la sazón, se encontraba entre el grupo de los veinte y cinco.

Otros viajeros habrán visto más maravillas que yo; pero apuesto que á ninguno le ha pasado en las Pirámides de Egipto lo que á mí: encontrarse en la cúspide de la de Cheops, en un momento dado, con veinte y cuatro conciudadanos, por decirlo así.

Descendamos: llegan las inglesas jadeantes, sudadas, con sus barrigas descompuestas, pero festivas, y tenemos que recoger nuestros sombreros que la brisa arrastra de escalón en escalón sin conseguir llevarlos hasta el suelo, ¡tanta es la altura del monumento é inclinado el plano!

Y qué diré en conclusión, como quien le pone marco al cuadro.

¿Diré como Napoleón, lectoras y lectores que habéis subido conmigo hasta arriba:

¿De lo alto de esas pirámides, cuarenta siglos nos contemplan?

¿Ó como el veterano, al oir aquella figura de retórica, á su cabo:

—¿Y á dónde están los cuarenta siglos, que yo no los veo?

A lo que el cabo contestó:

—¡Imbécil! el general los ve con su anteojo.

¡Oh! aquel General para el cual, según Emerson, todo obstáculo parecía desaparecer en presencia de sus recursos, que dijo: no habrá Alpes, y no los hubo, y que según Kléber, era grande como el mundo, — podía ver, con ó sin anteojo, esos cuarenta siglos... ustedes y yo, — permítanme la confianza — quién sabe si los columbramos siquiera!

. . . . . .

Ver bien el pasado, ligarlo sabiamente con el presente, hasta tener la intuición del porvenir, cuando apenas alcanzamos á divisar la punta de nuestras narices, — ¡no es para todos!

Por lo que á mí respecta, me declaro *opa* en esta parte; confieso que las Pirámides nada me dijeron, cuando las ví por primera vez.

Sólo mirándolas retrospectivamente, — algo me revelaron después.

¿Qué sabía yo entonces del sistema curvilíneo del cono, que en la antigua simbología era un emblema *del fallum* y de la generación, y un endulzamiento del sistema piramidal, más vetusto é igualmente expresivo del teocosmos?

Menos que ustedes, ahora.

¡Era yo tan ignorante!

Pero en el camino se hacen bueyes, y ahora... los hago á ustedes jueces del vigor con que arrastro mi carreta.

¡Respetables padres de familia! permitidme daros un consejo: no mandéis vuestros hijos á viajar, sino cuando estén enfermos, que es también cuando el médico, no sabiendo qué recetar, aconseja generalmente "cambio de aire". Mandadlos recién cuando estén preparados para poder ver los cuarenta siglos esos de las pirámides de Egipto, sin ayuda de vecino, — sin anteojo, con sus propios ojos.

La mejor nodriza es la patria. Sólo ella nos da la estructura y el aliento necesarios para aspirar con anchos plumones el aire ambiente. Sólo así podremos llegar algún día á ser hombres representativos de la tierra; mientras que, por más que parezca paradójico, los que se desenvuelven en el extranjero apenas realizan un tipo híbrido. Llegarán á ser originales, puede ser; populares, jamás.

CATHERINE NECRASSOFF

Al señor doctor Carlos Tagle.

I.

DANTE, el peregrino poeta teólogo, no por eso reñido con las mujeres, dice que no hay mayor dolor que recordar el tiempo feliz en la miseria.

Creo, efectivamente, que debe ser una broma muy pesada acordarse uno de sus riquezas, cuando está *fundido,* ó pensar en las caricias de la que en un tiempo decía; "te adoro", — cuando claramente se ve que está adorando á otro, cosa que, por otra parte, es muy frecuente, á estar á lo que las crónicas cotidianas refieren.

Musset, que no entendía jota de Teología, pero que era catedrático en materia de amoríos y de amor, — ¡así lo puso la suerte! y si no ¿por qué exclamaba un día *fatigué, brisé, vaincu par l'ennui?,* — dice, dirigiéndose á su divino antecesor, — lo diremos en nuestra lengua para que todos lo entendamos mejor:

"¿Eres tú, alma mortalmente triste, la que lo ha dicho?

—¡No! por esta llama purísima, cuyo resplandor me ilumina... no, no."

¡Un recuerdo feliz es quizá, aquí, sobre la tierra, más verdad que la felicidad!

El "quizá", — *peut-être,* — prueba que el discípulo no estaba muy seguro de lo que decía. Pero, sea de ello lo que fuere, lo que yo de mí, sé decir, es que, unas veces me parece que Dante tiene razón, otras que la tiene Musset, — aunque me quedo con la opinión del sabio de los sabios, el cual decía, en medio de sus trescientas mujeres y setecientas concubinas: "que el más feliz de todos, es aquel que no ha nacido."

Me quedo, en tesis general, bien entendido; pues, en el caso presente, tratándose de Catherine Necrassoff, siento que: "Un souvenir heureux, est "peut-être sur terre plus vrai que le bonheur".

¡Ah! no se trata ahora de mis confidencias. Vamos nada más que á conversar de un viaje de pocas horas en ferro-carril, y de "lengua rusa", en la que, supongo, son ustedes tan versados como yo, y eso que yo he estado en Rusia y ustedes, no, — me parece.

Lo que es usted, mi querido Tagle, sólo ha estado en Catamarca; esa especie de Polonia argentina, — según algunos de los detractores de la tierra, y á no ser su instinto de conservación, su valor y las uñas de un buen pingo, no se escapa usted del banquillo, que allí le habían preparado.

¡Cómo me enterneció usted el otro día, cuando me refirió aquella aventura! ¡Ah! mientras usted hablaba, yo pensaba que si se "lo fuman", no lo tendríamos de

presidente de la Cámara... y, posiblemente, en cuarto grado, de Presidente de la República.

¡Dios nos libre!... no de usted, sino de las catástrofes que tendríamos que presenciar, para que eso sucediera; á no ser que, todos los otros, se fueran á la Exposición de París, ó á cualquier otra parte.

Eran las once de la noche: la estación del ferro-carril de Roma estaba llena de pasajeros; listo, para salir de un momento á otro, el tren de Nápoles. El pistón silbaba ya; todo el mundo buscaba un compartimiento donde subir y acomodarse; yo, con mi hija María Luisa, ¡pobrecita! íbamos, veníamos, no encontrábamos puesto en ningún coche; los que ya estaban acomodados, nos miraban con esas caras poco hospitalarias, que parecen decir: si ustedes suben, vamos á ir todos mal, busquen en otra parte, — y buscábamos, y en todas partes, la gente se hacía más ancha. Pero los conductores gritaban *¡pronti!* el silbato se hacía oir cada vez, con más fuerza, y...

Nos metimos, quisieron ó no, en un coche con una porción de balijas, canastas y envoltorios, y, movimiento acá, movimiento allá, nos incrustamos en ángulos opuestos, — no poco contrariados de la distancia, que nos separaba, quedando mi hijita al lado de una vieja, y yo, al lado de una joven, que no necesité inspeccionar muy detenidamente para ver que era en extremo interesante.

Meno male, como dicen en Italia, pensé para mis adentros, y nos miramos con María Luisa, como diciéndonos: ¡y qué se ha de hacer!

El tren partió. El compartimiento iba lleno, todos in-

cómodos; pero las nalgas tienen una adaptación admirable. Cuando se viaja no hay contacto, por más que uno se toque, y al rato, todos estábamos á gusto, al menos yo lo estaba, porque mi vecina, cuya cara, llena de seducción, podía ver perfectamente, sin mirarla, por el espejo de enfrente, que la repercutía, era toda una cumplida vecina, capaz de justificar la respuesta de Chamfort cuando pregunta:

"¿Qué es el amor?

"El cambio de dos fantasías y el contacto "de dos epidermis".

Con María Luisa hablábamos siempre en francés, — el español, y, según los casos, el inglés, era nuestro recurso, para que no nos entendieran. En el ocurrente, apelamos al español, entre dientes para lamentar nuestra situación, la distancia, en que la mala estrella de viajeros nos había colocado.

Pero, como mi vecina nos hubiera oído hablar en francés al entrar, la otra lengua con tantas "jotas", llamóle la atención, — é hizo uno de esos movimientos de curiosidad, que le hacen á uno comprender que no será mal recibida una pregunta banal cualquiera, como quien dice, para entrar en materia lo cual, observado por mí, me sugirió esta pregunta de cajón:

—*Vous allez à Naples, madame?*

A la que ella contestó graciosamente; *Oui, monsieur.*

La corriente eléctrica estaba establecida. Terció María Luisa, se mezcló en la conversación "la vieja", que, como mi vecina, hablaba correctísimamente el francés, y viendo yo que, de los ocho pasajeros, cuatro podíamos

ya considerarnos afines, traté de acomodar á mi hijita, de modo que quedara más cerca de mí; lo que se hizo mediante pequeñas perturbaciones de rodillas, muslos, etc., etc. Quedó, pues, aquélla á mi lado, y por combinación fortuita, mi vecina, — que parecía hija de la susodicha vieja, como yo debía parecerle á ella padre de María Luisa.

No iba más que un hombre, exclusive yo, por supuesto, que no tardó en dormirse, lo mismo que las otras pasajeras, quedando sólo despiertos, los cuatro protagonistas principales, que, como antes he dicho, hablaban francés.

La vieja, que para ser exacto y cortés he debido decir "una mujer de cierta edad", desde que apenas representaba cincuenta años, cuando vió que los otros dormían, me preguntó si yo era fumador.

—*Altro* que fumador era, y soy, — soy una pipa, tan fumador, como don Bartolo, á quien tanto se lo han fumado en los últimos tiempos, que á cada Santo le llega su día.

Sí, señora, le contesté.

Y ella repuso entonces: ¿usted permite?

Ya lo creo que permitía.

Un momento después, los dos fumábamos cigarros puros.

Mi vecina, notando en mi cara cierta sorpresa, se apresuró á explicarme que la fumadora era rusa, que en Rusia se fumaba muchísimo, — y de ahí, á quedar enterado, de que era su madre, no hubo más que un corto intervalo.

Naturalmente, siendo de noche, no teníamos el paisaje entre los recursos consabidos de conversación, y ésta tenía que hacerse personal, lo que es siempre agradable, sobre todo entre los sexos contrarios.

Yo sabía ya que mi vecina y su madre eran rusas; pero mi vecina no sabía positivamente ni que María Luisa era mi hija, ni cuál era nuestra nacionalidad.

Mi francés mediocre para gente rusa, cultísima, como eran ellas, la confundía, siendo correctísimo el de María Luisa, que, por decoro, no quise dejar pasar más tiempo sin hacer constar que era sangre de mi propia sangre.

—Entonces, díjome mi vecina: "Ustedes, no son franceses, aunque *mademoiselle* lo parezca".

—No, señora.

—¿Y qué son ustedes?

—Adivine usted; y hablábamos en italiano y en inglés y en español y en portugués, con María Luisa, — y le decíamos á mi vecina, preguntándoselo en francés:

—¿Y bien, qué seremos *madame?* — y digo *madame,* porque ya estaba impuesto de que era viuda, lo que era una doble complicación, ¿ó no es sumamente complicado ser bella y viuda?

Mi vecina no caía en cuenta.

Pero no había por qué abusar del incógnito, y, al fin, le dije que éramos americanos, de descendencia española, y, ligándose la conservación, llegamos á lo de siempre, á la hermosura de las lenguas, pidiendo cada cual para la suya.

—Usted no pronunciará felizmente una frase española, la dije.

—¡Ah! se ve bien que usted no conoce el ruso; para lengua rusa no hay ningún escollo de pronunciación. Tenemos treinta y seis letras. Dígame usted lo que quiera, y yo se lo voy á repetir como un loro... inteligente.

Me acordé en ese momento de la que podemos llamar célebre composición hecha por Arriaza, — á fin de hacerlo sudar al embajador francés, que tuvo que leerla en la tertulia de uno de los infantes de la casa Real, — y la dije:

—Á ver si será usted capaz de repetir, á medida que yo los vaya diciendo, unos versos de lo más español que hay, porque tienen hasta dejo árabe.

—Estoy segura de repetirlos, puede usted empezar.

Pero, aunque los repita como loro, desearía que usted me los dijera primero, enteros. Yo repetiré después, conforme vaya usted diciendo.

—Perfectamente. Va usted á perder.

—Voy á ganar; le repito que no hay dificultades de pronunciación para una lengua rusa, que tenemos treinta y seis letras en el alfabeto, dos *ees* por ejemplo, una que se denomina *e* y otra, acentuada, que se denomina *oborotnoïe*, y una colección de *ies*, y otra de particularidades, que ya le explicaré, — salga triunfante ó no. Primero, quiero derrotarlo. ¡A ver sus versos! Esos versos tan difíciles...

Le expliqué el origen de lo que le iba á decir, la miré, me miró, y agregando "empezaremos por el título de la composición, que es ya una dificultad", — exclamé:

—"¡Julepe entre un gitano y un jaque!"

Se sonrió, y no había yo concluido de decir, cuando

ella repetía la frase con un acento tan puro, como el de un aragonés.

Me dejó asombrado, por no decir leso. Estaba archiderrotado.

Corrido, quise ser agresivo y le dije: Efectivamente, se necesita hablar una lengua tan áspera y tan dura como el ruso, para poder pronunciar, como usted lo ha hecho, el español, — y supongo que no me ha engañado usted cuando me ha dicho que no lo conocía.

—¿Una lengua tan áspera y tan dura como el ruso?

—Sí, señora.

—¿Y por qué un hombre de talento, al parecer, como usted repite una vulgaridad?

—¿Una vulgaridad, señora?

—Sí pues, así como suena. No sabe usted que el ruso es una lengua tan dulce como el italiano mismo.

Me sonreí... y le argüí que había estado en Rusia, en San Petersburgo, en Moscow, en Finlandia, y que no traía de allí, — aparte de otras reminiscencias agradables, sino la resonancia de *koff*... con que terminan las palabras más usuales.

—¡Oh qué desencanto tan grande me causa usted! — repuso ella, ¿pero cuántas horas ha estado usted en Rusia? no, usted no ha estado nunca allí, es imposible...

—¿Quiere usted que le diga, le contesté, cómo es San Petersburgo, cómo son sus calles, sus tiendas, sus monumentos, sus paseos; que le describa una puesta de sol, desde ese paseo ideal que se llama la *Pointe;* que le explique cómo es que en todas partes hay cuero de Rusia, menos en San Petersburgo?

—Oh, usted habrá leído todo eso en alguna Guía y se lo sabe de memoria; si hubiera estado en Rusia, no diría que el ruso es áspero y duro. Después que usted me haya recitado sus versos, yo le recitaré, para probárselo, otros de nuestro popular Kourotchkine, improvisados *ad hoc*.

—No, me doy por vencido, quiero oir ese ruso tan sonoro, tan suave, tan dulce, como el italiano...

—Usted habla irónicamente. Voy, sin embargo, á complacerlo; pero á condición de que, cuando yo haya concluído, usted me dirá todos esos versos tan llenos de jotas.

—Son muy largos.

—No importa.

—Bueno, empiece usted.

Mi vecina se preparó, volviéndose galanamente hacia mí: movió sus negros ojos, velándolos con unas pestañas admirables, hasta casi cerrarlos, compuso la voz, dióle á su rostro esa expresión peculiar que pone en armonía el temperamento con las circunstancias, que embellece, como diría Flaubert, — secreto envidiable, que sólo poseen las mujeres: miró... vió... recordó... y ya había articulado las primeras palabras: O *son-na-more,... divni--son...* cuando el tren se detuvo, gritando los conductores:

—*Capua! dieci minuti!*

II.

CUANDO yo hice mi primer viaje á la India, á más de la guitarra...

¿La guitarra?

Sí, han leído ustedes perfectamente.

Y, ¿por qué no he de haber sido yo guitarrista también?

Un día de éstos, he de contar las penas del purgatorio que pasé con el método de Aguado.

Y lo he de contar con sus ribetes científicos, trayendo á colación la Frenología, en la que soy algo ducho. Baste por el momento decir, que á mi madre se le había metido la cosa en la cabeza, y que no ha sido señora fácil de disuadir, tratándose de la educación de sus hijos.

Con que he sido algo, más difícil que guitarrista, — ¡cocinero! Hablo formalmente. Créanme, pues, cuando digo, que en la cocina no soy un simple *chef, un cordon bleu* cualquiera, — sino un verdadero artista. ¡Qué digo! Un poeta. Improviso, invento y me salen unos platos... de chuparse los dedos.

> ..... La cuisine est un temple
> Dont les fourneaux sont l'autel.

Si ustedes me vieran con la sartén por el mango, alguna vez ya se convencerían de lo que voy diciendo, si dudan...

Pero es que, desgraciadamente, he errado mi vocación. Hace treinta años que en vez de *conchabarme* con Sem-

pé, cometí la calaverada de enrolarme en el ejército de línea.

Vivimos en unos tiempos experimentales, en los que es necesario presentar documentos auténticos de todo, cuando algo se afirma, — ¿no es así?

Perfecto: yo puedo citar como testigo ocular de lo que acabo de afirmar á mi antiguo jefe y amigo, el general don Emilio Mitre, cocinero también. Pero... no cocinero como yo. El pertenece, en esta materia, á una escuela mixta, y yo, ni en filosofía, acepto las doctrinas eclécticas de Víctor Cousin.

¡Ah! si así como soy cocinero fuera repostero, — y todavía estaría á tiempo de volver sobre mis pasos, — que nunca es tarde cuando la dicha es buena. Pero es que, desgraciadamente, también he tenido poca afición á los pasteles. Lo asado, eso es lo que á mí me gusta, sobre todo. A eso me inclino por naturaleza; y queda una vez más probado, con mi ejemplo, que así como el poeta nace y el orador se hace

On devient pâtissier
mais on naît rôtiseur.

Aquí, en mi tierra, pues, podrán, de consiguiente, llamarme como quieran, no me llamarán nunca, como á Martínez de la Rosa, poeta de otro género, en España, *Paquita la pastelera.*

. . . . . .

Ahora, repito para proseguir, que, á más de la guitarra, llevaba algunos libros "para leer". Este "para leer",

parece una redundancia, y en efecto lo es. La albarda me será, sin embargo, perdonada por la crítica fina, si se tiene presente, que tener libros es una cosa, — y leerlos, otra.

Entre esos libros, figuraba "Corina ó la Italia". Todos ustedes lo conocen. Si no lo conocen, se los recomiendo. Vale más que muchos de los modernos que gozan de gran fama, — no teniendo, para mí, más que un defecto: ser escrito por una mujer "filósofo" espiritualista. ¿Qué quieren ustedes? yo no soy amigo, ni partidario, ni admirador, por regla general, de las mujeres escritores. En una palabra, no me gustan *les bas-bleus*, con polizón, porque suelen ser demasiado *polissonnes*.

El hecho es que, en ese libro, precisamente en los momentos en que más me aburría, porque el barco que me llevaba era muy pequeño, y no tenía ni con quién conversar, siendo yo el único pasajero, leí estas palabras:

"Viajar es, por más que digan, uno de los más tristes placeres de la vida..."

A pesar de la concordancia que había entre el desahogo de madama de Staël y mi situación, — no entendí entonces. Recién caí en cuenta algún tiempo después, cuando comencé á encontrarme solo, aislado, en medio de caras humanas sin relación con mi pasado ni con mi porvenir, en esa soledad, en ese aislamiento, sin reposo y sin dignidad; porque, — como dice la misma célebre escritora, — ese anhelo, esa prisa, por llegar allí donde nadie os espera, esa agitación que no tiene más causa que la curiosidad, os inspiran poca estimación por voso-

tros mismos, hasta el momento en que los nuevos objetos se tornan un poco antiguos y crean á vuestro alrededor algunos dulces vínculos de sentimiento y habitud.

Yo había preguntado: *¿Vous-allez à Naples, madame?* La respuesta había sido: *Oui, monsieur.* Lo desconocido, lo indiferente, hasta lo molesto, — cumpliéndose, en pocas horas, la ley de las afinidades electivas, y no sabiendo qué sucedería una vez que hubiéramos llegado á Nápoles, me hacían desear que el viaje se prolongara; que en vez de llegar cuanto antes, tardáramos lo más posible; de modo que, aquel *Cápua! dieci minuti!* resonó en mis oídos como una bendición del cielo.

Capua, pensaba yo, si pudiera quedarme aquí, tanto como los cartagineses y en el estado de ellos....

¡Cuán lejos estaba del chasco que el hado fatal de los viajeros sin suerte me reservaba!

María Luisa y yo íbamos cerca de la portezuela. Bajamos, primero ella y yo. Y fácilmente se comprenderá lo que pasó en seguida. Me quedé al pie del estribo, para darle la mano á la madre de Catherine Necrassoff y á ésta, — que, calculaba, irían á tomar algo en el *buffet.* Pero, cuál no sería mi sorpresa al ver que madre é hija empuñaban sus maletas portátiles, signo inequívoco de que no seguían el viaje!

—¿Cómo? ¿y qué? ¿ustedes se quedan aquí? le dije á mi rusa (este *mi* es un modo de hablar).

—*Oui, monsieur.*

—Pero ¿no me dijo usted, señora, que iban á Nápoles?

—Sí, y á Nápoles vamos; pero preferimos dormir aquí, visitar mañana temprano el anfiteatro y otras curiosidades, seguir en carruaje descubierto por un espléndido camino, hasta *Caserta,* (son sólo tres cuartos de hora), y de allí irnos á Nápoles, en cualquier tren, (los hay á cada momento) y así, nos ahorramos la molestia de llegar al amanecer.

¿Qué contestar á esto? ¿Con qué derecho podía yo oponerme á semejante combinación?

—*Ah! madame,* exclamé, *c'est bien vrai: voyager est, quoi qu'on en puisse dire, un des plus tristes plaisirs de la vie...*

—¿Por qué?

—¿Y usted me lo pregunta?

Catherine Necrassoff comprendió, y repuso: *On peut se revoir...*

María Luisa, que tenía la imaginación de un *tourist,* y que ya se había entusiasmado con la idea de visitar cuanto antes la celebérrima ciudad fundada por los etruscos, me propuso que nos quedáramos allí. ¿Pero cómo aceptar? Ni era lícito, ni semejante *empressement* era decoroso, y me habría perjudicado, por más que los negros ojos de Catherine Necrassoff fueran fascinadores. Me negué, — y dirigiéndome á ésta, la dije:

—¿Así es que no repetirá usted los versos de Arriaza?

—¿Y por qué no? si no son muy largos, tenemos tiempo. Vamos al *buffet.*

Acepté, entramos, nos sentamos; yo decía y ella repetía frase por frase:

Dijo un jaque de Jerez
Con su faja y traje majo:
Yo al más guapo el juego atajo,
Que soy jaque de ajedrez.
Un gitano, que el jaez
Aflojaba á un jaco cojo,
Sacando, ciego de enojo,
De esquilar la tijereta,
Dijo al jaque: "Por la jeta
Te la encajo, si te cojo."
"Nadie me moja la oreja."
Dice el jaque, y arrempuja
El gitano también puja,
Y uno aguija, y otro ceja.
En jarana tan pareja,
El jaco cojo se encaja,
Y tales coces baraja,
Que. al empuje del zancajo.
Hizo entrar, sin gran trabajo,
Al gitano y jaque en caja.

Con la última "jota" que simultáneamente salió de mi boca y de las labios de aquella mujer que, por lo mismo que se quedaba, me parecía más encantadora, los conductores gritaron: *¡pronti!*

No había qué hacer, — era forzoso partir.

—*Adieu, mesdames!*

—*Au revoir, monsieur; au plaisir de vous revoir, mademoiselle.*

"Hotel de Roma", dije yo, poniendo una de esas caras que todo el mundo pone, en las mismas circunstancias; y estaba tan alelado, que me imaginé que me contestarían: "Y nosotras también."

¡Qué! me contestaron esto: "Nosotras no sabemos todavía á dónde iremos."

La traducción libre de semejante réplica, no podía

ser sino la siguiente: "Tal día hará un año que tuve el gusto de encontrarme con usted."

Yo estaba batido en todos los terrenos. Catherine Necrassoff pronunciaba el español como yo, le era indiferente seguir el viaje conmigo, y yo ni sabía si aquel *O-son-na-more-divni-son,* que ella había articulado, cuando los conductores gritaron: *Capua! dieci minuti!* era ruso ó algún dialecto italiano, — una broma, si se habían burlado de mí ó no.

Todo mohino y cabizbajo entré con mi hijita en nuestro compartimiento. Confieso que me pareció sombrío, desierto...

Partimos, y como mi hija tenía talento y se podía conversar con ella, — nos pusimos, haciendo ella causa común conmigo, á comentar la aventura.

—Papá, me decía ella: ¿y si fueran españolas? y se acordaba de un chasco que nosotros les habíamos dado á una señora y á un caballero españoles, — chasco, cuya razón de ser fué todo lo contrario del caso presente: sustraernos de toda conexión con personas que no conocíamos.

María Luisa, me decía: Sin embargo, esa señora habla tan bién el francés, que no me parece española... aunque he conocido madrileñas que lo hablaban maravillosamente. Pero el indicante del cigarro, que fumaba la vieja, nos hizo convenir, por no sé qué aberración, en que serían habaneras, como si en la Habana fumaran todas las señoras; y habaneras son, y no hay más que hablar, — era nuestra última palabra, en el momento en que los conductores gritaban: *Nápoli!*

Estábamos, efectivamente, en la más bella ciudad del mundo, para mí. La prefiero á Constantinopla, á Río, á Lisboa.

En Nápoles hay todo; la luz, el color, lo que han hecho la naturaleza y la mano del hombre. Un bullicio simpático, un pueblo que ríe, á todas horas. En Nápoles no hay noche.

Desde la vasta calle de Toledo, hasta la Chiaja, y desde las más estrechas hasta Santa Lucía, cuando medio Nápoles duerme, la otra mitad toca la guitarra y la bandolina, cantando canciones amorosas y alegres barcarolas, iluminada siempre por los ígneos resplandores del Vesubio.

Tomamos una calesa descubierta, y nos fuimos al Hotel de Roma, albergue delicioso, en una pequeña punta de tierra que entra en el mar.

Pasaron tres días. En todos los paseos y excursiones, esperábamos descubrir á las habaneras. ¡Vana esperanza! Decididamente, nos decíamos, la señora doña Catherine Necrassoff ha de ser doña Juana ó doña Petrona del Río ó Mansilla mismo. Y llegamos hasta admitir la posibilidad de que fueran parientes nuestros, remotos.

Al cuarto día, saliendo del hotel para ir á tomar el vapor que va á la *Grotta azzurra,* el portero me entregó un carta que acababa de recibir para mí.

Rompo la nema, abro, leo: ¡María Luisa! exclamo, no son habaneras, son rusas legítimas; y le paso la misiva, que descorría el velo del misterio...

María Luisa, saltando sobre las puntas de sus piececitos, batiendo las manos, reflejando el centelleo de sus

ojos toda la alegría infantil que le causaba el descubrimiento, exclamó:

—Yo también sé ya ruso,

O-son-na-mo-re,
Divni-son...
O sueño sobre el mar,
Divino sueño!

. . . . . .

Y en seguida me dijo:

—¿Por supuesto, que esta noche iremos á visitar á esas señoras, papá?

—¿Y... cómo no?

Volvimos de nuestra excursión, comimos, nos emperifollamos, tomamos un calesín, le dimos la dirección, y pocos minutos después estábamos en el Grand Hotel, — edificio grandioso de estilo suizo, aislado, en un paraje pintoresco sobre el borde del mar. Bajamos, entramos en el vestíbulo, sin decirle una palabra al portero, nos pusimos á buscar en el tablero de indicaciones la tarjeta consabida.

—*C'est drôle,* dijo María Luisa, *ça n' y est pas.*

—Portero, dije yo á mi vez: ¿madame Necrassoff?

El portero contestó sencillamente: *¡partiti!*

María Luisa y yo, nos miramos, y ambos á una nos dijimos: ¡es una mistificación!

María Luisa me dijo con su carita llena de malicia inocente: ¡Se han burlado de ti, papá!

—Y de ti, mi hijita, — ¿ó todavía saltarás de gusto, diciendo: "O-son-na-more-divni-son... ya sé ruso..?"

No nos quedaba más que una sola cosa que hacer: dar un paseo por la ribera, tratar de olvidar lo inolvidable, irnos al teatro y dormir en seguida lo mejor posible, guardándonos bien de pensar que del ruso sabíamos otra cosa que no fueran apellidos acabados en *off*...

Eso hicimos.

Al volver al hotel, hallé una carta que decía así:

"Caballero; un despacho urgente nos obliga á mamá y á mí á regresar á Roma. Pero estaremos de vuelta dentro de ocho días, y entonces espero que tendremos el gusto de ver á su interesante hija y á usted en el Grand Hotel. — *Catherine Necrassoff.*"

. . . . . .

Todo lo dicho es verdad, mi querido Tagle, tan verdad como que tengo, para no ser exagerado, menos gusto en verlo á usted de Senador que usted mismo.

Y... *honni soit qui mal y pense.*

BIS

Señor doctor don Luis V. Varela.

"Mi querido Lucio:

"He leído su folletín. — Usted abusa de su increíble facilidad de narrar y de la originalidad atractiva con que lo hace. Así le cuenta á su auditorio todo lo que le da la gana, dándole el carácter de verdad que tendría, si se refiriera á hechos reales. Los preliminares á la introducción de Catalina ó Carolina Necrassoff son deliciosos: uno ve las escenas descritas, pero no hay ni ha habido nunca tal Catalina Necrassoff. — Suyo afmo,

E. Wilde.

SUCEDE con la reputación intelectual de un hombre, casi exactamente lo mismo que con su reputación moral.

Es sabido que, cuando la fama es buena, el hombre es inferior á su reputación, y que, cuando la reputación es mala, el hombre es mejor que su fama.

Yo, al menos, tengo ese convencimiento, fundado en la experiencia de la vida. Ella, que ha sido mi gran libro, me ha enseñado: que no somos ni tan malos, ni tan perversos como se cree, — ni tan angelicales, como al-

gunos hipócritas lo sostienen, no *por los otros,* sino en beneficio de sí mismos.

Pero, aquí no se trata de moral, ni siquiera de crédito literario, en el sentido académico; es decir, de si yo escribo bien ó mal, con galanura ó sin sombra de gracia. Se trata sencillamente de si soy ó no (que es lo que de mí se dice) un escritor de imaginación.

No soy sordo ni ciego, de modo que he podido oir y ver: ver lo que se ha escrito, oir lo que se ha dicho, y, he oído y he visto, por ejemplo, cuando escribí mi libro sobre los *Indios Ranqueles,* que un noventa y nueve por ciento de los lectores creían, que la *Excursión* no había tenido lugar, siendo todo ello obra de mi fecunda imaginación.

No puedo decir que llegué á dudar de los hechos, á punto de tener que palparme, como el personaje de la comedia, que, antes de contestarse á sí mismo "yo, soy yo", se toca por todas partes el cuerpo, tanteando su periferia, por los cuatro costados.

Confieso, sin embargo, que cuando Mantegazza, el célebre Mantegazza, — no un *bachicha* cualquiera llamado así, — escribió su DIO IGNOTO (I), en el que yo figuro (con permiso mío, porque Mantegazza me lo pidió) como un personaje fantástico, llegué á preguntarme, si no habría sido mejor que, en vez de un libro real, hubiera fabricado uno completamente de pura invención.

¡Quién sabe si ese procedimiento no habría hecho

(I) Puede verse en dicho libro la nota del autor y sus asimilaciones con el mío.

que se creyera en la realidad de lo que el libro contiene! Gato por liebre suele ser mejor.

¡Es tan frecuente confundir al padre con el hijo, al autor con el actor! Á Larra lo creían "Fígaro", á Cervantes, "Don Quijote"; y la mujer de uno de los hombres de más chiste de este siglo, le decía en plena mesa con toda ingenuidad al autor del "Nuevo Robinsón":

—¡Ah, señor! ¡y cómo sufriría usted en aquella isla desierta, entre puros monos! ¡Y qué peligros no correría usted en medio de tantas bestias feroces!

A la inversa me sucedía á mí, después de dar á luz mi susodicho libro, — pues no pocos lectores llegaron á preguntarme como quien desea recibir una confidencia:

—Decime *che*, Lucio, ¿realmente has estado vos entre los indios?

La aberración, que unas veces se traduce en credulidad y otras en incredulidad, es un fenómeno del alma, que envuelve todo un problema de psicología social. La regla es ésta: ser escépticos cuando se trata de efectos producidos por gente que hemos conocido, cuyas aptitudes no sospechábamos, — porque nos hemos tratado con ellas de tú y vos; y tener las fauces de un hipopótamo para tragarse los bocados más descomunales, cuando se trata de lo desconocido.

Así, oyendo un día decir que Fulano, nuestro condiscípulo, nos ha sacado la oreja, en cualquier cosa, nuestra primera impresión es una mezcla de desdén y de envidia, y atribuimos el éxito colosal á la fortuna, en vez de imputarlo principalmente á la capacidad.

Oímos decir: *Juan Pérez* es banquero. ¿Cuál *Juan Pérez?* preguntamos. ¡Pero hombre! nos dicen: ¿no te acuerdas? Aquél tan zonzo, que estaba en la clase de Gramática, que todos los días se quedaba en penitencia, en cruz, con orejas de burro. No ¡hombre, no puede ser! ¡Es imposible! No obstante, es así. Pero es que, el que ha aprendido mucha Gramática y no ha conseguido hacerse rico, no se conforma con eso, no lo entiende, y, mientras tanto, hay que creer ó reventar: *Juan Pérez* es banquero. No sabe Gramática Castellana á derechas, pero sabe Gramática Parda.

Otro día nos dicen: el hombre más rico de Buenos Aires es Leonardo Pereira. No hemos sido condiscípulo suyos; pero tiene para nosotros ese extraño prestigio de lo desconocido, y admitimos en este caso, sin repugnancia, lo que no nos entraba en el de *Juan Pérez.*

Y hay algo más curioso todavía, y es que, si estamos apurados y ocurrimos al señor Pereira, es probable que éste nos reciba como á un antiguo conocido, y que *Juan Pérez,* — el de las orejas de burro, nos mire, de arriba abajo, con una de esas caras en las que un observador agudo puede leer que *Juan Pérez* no habla sinceramente cuando dice: "Efectivamente, creo que lo he visto á usted alguna vez." Guardaos de insistir en que os debe conocer Juan Pérez. Es mejor que piense que no os acordáis de que lo visteis muchas veces en penitencia, con orejas de burro.

Fingid, fingid siempre en estos casos; y la comedia puede ser que haga que Juan Pérez, proceda como Pereira. De lo contrario, saldréis de su bufete, como en-

trasteis, apurados, murmurando interiormente: estos advenedizos son todos iguales, — reflexión que debisteis hacer antes de entrar, no al salir.

Bueno, un hombre podrá defenderse, como Horacio Cocles, solo contra un ejército, en la cabeza de un puente; pero no se defenderá victoriosamente contra su reputación. Será vencido, por más que grite: ¡digo la verdad!

Ergo: entre luchar, para caer, y seguir así como vamos, opto por lo último, y les declaro á ustedes, para hacerles el gusto, que soy un escritor de imaginación.

Lo raro, lo sorprendente, lo cuasi extraordinario es esto: que sea, precisamente, uno de mis médicos, — y no digo mi médico, porque yo tengo todos los médicos posibles, desde que creo en todas las *drogas* imaginables, — quien, pensando y diagnosticando como todo el mundo, haya encontrado, al hacer su análisis craneoscópico, que tengo muy desarrollada la protuberancia de la "idealidad"....

¡Wilde! el doctor Wilde, ¡el doctor Wilde! ¡mi amigo Wilde! un hombre sin pizca de imaginación, que me debe conocer á fondo, fallando *ex cáthedra* también, que padezco de *eso*... ¡de imaginación!

¡Eh! ¿con tal de que no llegue á ser un *licenciado Vidriera!*

Como lo acaban ustedes de ver, Wilde no ha creído en lo que llamaremos la aventura con Catherine Necrassoff. Ahí está su carta, como texto ó epígrafe. Y sólo diré en mi descargo, esperando ser creído, que Tagle no me hará la injusticia de suponer que yo me haya

permitido engañarlo, sirviéndole gato por liebre, lengua de vaca por lengua rusa, cuando mi objeto fué dedicarle un verdadero manjar, algo como un esterlete del Volga, en escabeche, pescado en mis apuntes de viaje.

Este Wilde me pone en un verdadero aprieto, con su incredulidad. ¡Hombre incorregible! Pues es nada, obligarme á decirle al lector lo que he creído que debía silenciar, por no exponerme á correr el riesgo de caer en la monotonía, — en esa monotonía que da sueño, que hace dormir, ó que fastidia, hasta hacernos estrujar el diario y arrojarlo con rabia, exclamando: ¡qué tonto!

No hay más, tengo que sacrificarme. Mejor dicho, tengo que presentarme como una víctima más del pirronismo literario de Wilde, por no decir de su saña; porque, la verdad es que se necesita tener mal corazón, para chulearme como él lo ha hecho, tirarme de la lengua, ponerme la pluma en la mano y forzarme á proseguir *quand même*. ¡Ah! los tales médicos cuando se hacen estadistas, no tienen entrañas.

Lector paciente ó amable, permitidme deciros ante todo, por vía de observación: que, en general, es muy difícil explicarle al que no la sabe, la pronunciación de una lengua; que la tarea se hace *casi* imposible, cuando se trata de dos lenguas, que tienen tan poca analogía entre sí, derivando de troncos distintos, como sucede con el ruso y el español, — é imposible del todo, si el que debe explicar sólo sabe la lengua (que es el caso mío) de aquél á quien se dirige (que es el caso de ustedes, los que me leen).

De modo, que tengo que insistir en que Catherine Necrassoff ha existido, y que apelar á sus pruebas y procedimientos, para medio hacerme entender.

¡Mal haya el tal Wilde!

¡Con razón sus opositores dicen que es una calamidad!

Al diablo no se le ocurre desmentirme, — y desmentirme, con la circunstancia agravante de que he de ser yo mismo el que lo tenga que hacer saber.

¿O no está claro que la carta del texto, tan repulida, está cantando que ha sido escrita para que pueda ver la luz pública sin rubor?

Cuanto más me empeño en ser breve y conciso, tanto más elástica se me vuelve la frase; por manera, que si aquí no le doy un corte, la introducción resultará más larga que la exposición, y ¡adiós! reglas de Retórica, y ¡adiós! Estética.

Alors, para que el *potpourri* sea completo, me echo en brazos de Luis V. Varela, que es el ingenio argentino más capaz de creer, siendo, como es, un cerebro tan poderoso; quizá y sin quizá, el doctor en jurisprudencia más instruido en literatura, que tenemos, — y á él le digo, encargándolo de que lo convenza á Wilde, con quien yo no puedo, que Catherine Necrassoff era hermana del conocido prosador y poeta de ese apellido.

Volvamos, pues, por un momento, y antes de proseguir, á las dificultades enormes con que tiene que tropezar todo aquél que quiere dar una idea *fonética* de la exacta pronunciación de una lengua cualquiera, al que no la ha oído hablar jamás. Y dejemos á un lado, lo que com-

plicaría doblemente mi empeño, — las modalidades gramaticales de esa lengua, sea sabia ó nò.

Por ejemplo, ustedes no han oído nunca hablar la lengua de los esquimales. Yo puedo, sin embargo, iniciarlos en ella, escribiéndoles tres renglones. Helos aquí.

"Illaming nin, akhing nun,
Arkridjigiliork Iutik
Arkridjiglinurublutig ork."

Puedo asegurarles, asimismo, que la traducción de dichas palabras es ésta:

"De la orilla opuesta de este lado, hacia (es decir: habiendo partido del otro lado del mar) los dos vinieron á cazar *ortegas* (ave americana). Y se arrebataron de las manos, unos á otros, esas ortegas, pues."

¿A qué recursos apelaría yo para decirles á ustedes cómo se pronuncia por un esquinal, cómo suena, saliendo de su boca, la penúltima palabra trascrita, la cual consta de la friolera de 22 letras?

Tendría, en primer lugar, suponiendo que lo pudiera hacer, que explicar cómo se pronuncia cada letra del alfabeto esquimal; y, en sueguida, que explicar todavía cómo se combinan sus sonidos, al articularlos, para formar palabras, y, una vez hecho, me parece que estaríamos tan adelantados como al empezar.

Eso fué precisamente lo que á Catherine Necrassoff le sucedió conmigo.

Ella empezó por decirme: el alfabeto ruso tiene 36 letras, me las pintó primero con sus caracteres moscovitas, y después me las figuró con signos latinos.

El ruso, añadió, no tiene, como el francés, letras mudas; la misma letra *s'kratkosou,* que podría pasar por muda, es un sonido *aspirado* ó una *aspiración,* y sólo se emplea en la terminación de algunas palabras después de una vocal.

Tenemos vocales y semi-vocales, pero no tenemos diptongos, y las vocales son suaves ó duras, y están sujetas á las leyes de la *permutación* y del *acorde,* — que es una de las particularidades de la lengua rusa, que admite la intercalación de la *ó* y de la *é,* antes de las consonantes *líquidas;* porque las consonantes son de tres clases: *líquidas, duras* y *aspiradas,* y se dividen en labiales, guturales, dentales, paladiales, linguales y nasales, las cuales á su vez, son *silbantes* y *chitantes.*

. . . . . .

Cuando Catherine Necrassoff llegó á estas *silbantes* y *chitantes,* yo la dije, cerrando mi libro de memoria, en el que tomaba notas:

—Señora, me parece, como dicen los franceses, que usted emplea inútilmente su griego y su latín y que, de esta lección, no se me quedará en la cabeza más que una cosa: que el ruso no es lo que yo pensaba, una lengua "áspera y dura". Ruégole, pues, que sigamos otro procedimiento, si es posible.

—¿Cuál?

—¿No podría usted escribirme con caracteres itálicos exclusivamente, en ruso, los versos de Kourotchkine, y en italiano como suenan?

—¿Y cómo no? Precisamente de la comparación de los dos textos, con caracteres iguales, resultará probado lo que le he dicho á usted, — lo que nuestro gran poeta probó antes que yo, improvisando también, en viaje, en ferrocarril, y arguyéndole á un italiano, que habló de la aspereza y dureza del ruso, como usted, — que esta lengua es tan suave y tan sonora, como el italiano mismo.

. . . . . .

Al día siguiente recibí esta misiva:

"*Caballero:*

Al remitiros esa pequeña improvisación de *nuestro* periodista Kourotchkine, tengo el placer de daros con ella una prueba incontestable de la armonía de *nuestra* lengua, rogándoos, al mismo tiempo, aceptéis la seguridad de perfecta estimación que os profesa

Catherine Necrassoff."

"Grand Hotel".

En ruso.

O son na more,
Divni son!
Odessa mai ou Kosta
Ya piu o col mi pace on
Ne sto, a tristo tostow
Y pian-ge, piange, pian-ge on
Capite vino Kosta
O, son na more
Divni son!
Da verno ge on ne sprosta.

En italiano.

O son amore
Divni son
O, deesa, mai u Costa
Ya piú o col mi pace on
Nesto a tristo tostou.
Y piange, piange, piange on
Capite vino Costa,
O son amore
Divni son
D'aver nage on ne spro-sta.

El concepto ruso, expresado en nuestro idioma, quiere decir esto:

Oh! sueño sobre el mar,
Divino sueño!
(En) Odessa, (en el mes de) Mayo
En casa de Costa (restaurant)
Bebo, y él todavía más,
No cien, sino trescientos *toasts*...
.. él es quien está borracho" (bis.)

Y bien, ¿qué dirá Wilde á esto, querido Luis? ¿Se atreverá todavía á decir, insistiendo, que yo soy un escritor de imaginación? Capaz es de ello, porque ¿qué audacias de concepto son inaccesibles para él...!

Es imposible tener contacto espiritual con una mujer llena de seducciones físicas y morales, y no tratar, para entenderla mejor, de aprender su lengua.

Estaba escrito que yo había de estudiar un poco la lengua de Catherine Necrassoff, y aquí tienes la prueba de ello en este verso de Puschkin:

Lubïézni drug oi zoráiech ia
Lublú durachitsía es sdrusíami
Tí rosgodal davno menía
Y potamu pust mezdu nami
Ost anusía sü stíji.

Traducción:

"Querido mío: Ya sabes tú que á mí me gusta diver-
"tirme con los amigos; tú me has adivinado, y por eso
"te pido que estos versos queden entre nosotros."

Así se expresaba Puschkine, contándole, en un poema, á un amigo, lo que le había pasado la primer noche de boda...

Yo, que no me casé con Catherine Necrassoff, — ya conté que se me perdió en Nápoles, — concluyo, diciendo que en viaje es más fácil *se voir que se revoir.*

Y con esto, lectoras y lectores, *au revoir.*

Ustedes no me creerían, si, con visos de mentira, les contara alguna otra verdad sobre Catherine Necrassoff, porque ustedes mismos, de antemano, ya han decidido, con el *conforme* de Wilde, que yo soy un escritor de imaginación.

Tú, Luis amigo, que vives entre empolvados mamotretos, tú, sí, me creerías, si te contara ahora, cómo fué que, antes de venirme definitivamente á América, volví á comer, en París, en casa de Catherine Necrassoff *esterlete* fresco del Volga, con salsa de *caviar.*

C'est très-bon.

Será para cuando podamos departir de silla á silla.

Omega.

¡ESA CABEZA TOBA!

Al señor don Francisco de Paula Moreno

> "His spirits were agitated into a state of "fermentation that produced a species of re- "solution akin to that which is inspired by "brandy or other strong liquor...."

Un mal lápiz, unas cuantas hojas sucias de arrugado papel, pobre y endeble techo, escasa y opaca luz, — he ahí mi ajuar hoy día 24 de Noviembre de 1878, á la hora de ponerse el sol, al pie del cerro de Maracayú.

Llueve á cántaros....

Recién me apeo del caballo. Estoy embarrado hasta los ojos, mojado hasta los huesos, picado por toda clase de bichos; chorreo sangre y sudor; tengo la fiebre del trabajo: es una intoxicación como la del coñac que hace fermentar el espíritu, centuplicando la fuerza humana, como si se le inyectara vapor, por medio de un aparato á lo Ericson.

Acabo de atravesar el bosque.... oscuro ya, siendo aún de día; y van cincuenta y cinco veces que hago la misma, mismísima jornada.... jornada estéril hasta

ahora.... pero, no importa, ¡adelante! ¡adelante! CHI DURA VINCE!

Dos horas he puesto en redactar y corregir mentalmente lo que se va leyendo. Tengo, como Juan Jacobo Rousseau, esta facultad: una memoria singular que retiene por su orden, casi palabra por palabra mis meditaciones. Escritas éstas, llévaselas el viento del olvido, á tal extremo que suelo no reconocerme, cuando me encuentro conmigo mismo por ahí, sin el sello de mi nombre y apellido.

No hay, pues, no puede haber, mucha diferencia entre la letra del pensamiento fugaz, fantástico, embrollado, si se quiere, y la letra de la escritura.

Pensamiento fugaz, fantástico, embrollado, he dicho. Sí; pero pensamiento lógico, encadenado. Al menos, los signos representativos de las frases murmuradas, resonando á veces en la espesura, como ecos pristinos de la creación, se agrupan en este instante sin la menor dificultad, formando conceptos inteligibles, siquiera parezcan incongruentes, extravagantes ó dislocados. Suponiendo por lo demás que el desorden no sea aparente sino real, importa poco. Converso, no pretendo enseñar. No diserto, hago confidencias en alta voz, sin cortapisas, ni reticencias mentales, teniendo por interlocutor á todo el que me quiera leer; y estoy persuadido de que los que sean ingenuos, repetirán conmigo, conviniendo en ello, estas palabras de Chateaubriand: "Es muy justo que el "mundo de las quimeras, cuando nos trasladamos á él, "nos indemnice de los disgustos del mundo real."

¡Qué instantaneidad la del cerebro! ¡Cómo trasmite

sus vibraciones á la mano! ¡Cómo se mueven los dedos! ¡Y cómo, sin deliberación, ni pausa, se suceden millares de combinaciones elocuentes, sin más auxilio que unos cuantos signos mudos, enfilados como ejércitos de patas de moscas, formados en columnas cerradas! ¡Qué admirables mecanismos los que así dan forma gráfica, expresión y color al pensamiento humano! ¡Todos los fluidos imponderables, el galvanismo, la electricidad, el magnetismo, no valen un nervio infantil operando sobre la blanca página, que recibe y trasmite las primeras sensaciones del corazón en la hora inefable de las tiernas revelaciones!

. . . . . .

¡Esa cabeza Toba!

¿Por qué me subyuga con su ojo melancólico, — semicerrado?

Nuestras impresiones son relativas al tiempo y al espacio; dependen de las disposiciones fisiológicas y psicológicas en que nos hallamos. Alma y cuerpo, — todo se resiente del medio en que se está. Las ideas son *generatrices*. Persistiendo fuertemente un pensamiento, pueden producirse hechos adventicios. Lo preternatural puede ser una evocación. La intuición y el milagro. . . . quién sabe. . . . ¡cómo sondar esos abismos!

Yo he visto un fantasma blanco, alto, colosal, informe, — quería y no podía ahuyentar la pensadilla; y un instante después, saliendo de la selva al llano, lo he medido con los ojos, lo he tocado con las manos, hollando el casco de mi caballo su ancho asiento de pedernal.

Era el mojón de límites de cal y canto, en forma de obelisco cuadrangular, plantado sobre la desierta meseta de Maracayú, con estas inscripciones, que miran á los cuatro rumbos cardinales:

Imperio do Brazil—República del Paraguay.

. . . . . .

¡Esa cabeza Toba!

Lo repito: ¿por qué la veo ahora, si no está aquí? Ya estoy.... por asociación de ideas.

En efecto, acabo de contemplar la choza miserable de un *tembecuá* (labio agujereado), y pensando en estos indios pusilánimes y degenerados, he recordado una frase de Luis Jorge Fontana, el joven naturalista argentino.

¿Una frase?.... no.... una carta he debido decir. La tengo en copia aquí; escribo sobre ella cruzando sus renglones.

Es inevitable que haya confusión en todo esto; algo como saltos gimnásticos del pensamiento. Si así no fuera, no estaría redactando sobre la mesa de mis piernas cruzadas, acosado por los insectos que zumban y pululan, lo que hace pocos momentos acabo de escribir en las tabletas de la imaginación.

Pondré, pues, aquí la carta, suprimiendo ciertas referencias y elogios á mi persona, dictados por la amistad:

"Villa Occidental, Setiembre 30 de 1878.

Distinguido Coronel y amigo: ayer supe que usted se encuentra en esa ciudad del Paraguay . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .y por esto quiero premiarlo á mi modo, en-

viándole un pequeño trabajo que una vez más le signifique mi aprecio y admiración.

El dibujo adjunto representa la cabeza muerta de un guerrero de la Nación Toba, copiada del natural, momentos antes de ser ella separada del tronco que la sustentara, cuando aun palpitaba la carne y resonaba en mi oído la voz valiente y sonora que, dominando entre el estruendo de las armas y el ardor de la pelea, retemplaba el espíritu de los indios.....

.....

Olvidaba decirle que el cráneo desecado por mí, de la cabeza á que me refiero, figuró en la última Exposición de la Sociedad Científica, y que hoy se encuentra en el Museo Antropológico de mi amigo Francisco de Paula Moreno."

.....

¡Esa cabeza Toba!

Me hace el efecto del filo de un cuchillo mirado fijamente en la oscuridad, — *me hipnotiza.*

Pero no la veo muerta. Luis Jorge Fontana debió bosquejarla, cuando los espíritus vitales palpitaban aún en sus mejillas cobrizas; y en ese instante, á no dudarlo, estaba inspirado. Hay en ella una expresión varonil y salvaje, que no es la del vivo, que no es la del muerto tampoco; algo vaporoso, aéreo, sutil, como el primer aliento del ser ó el último imperceptible espasmo de la agonía: algo como esa atmósfera invisible que circunda el rostro, animando el mármol, de la estatua del *Gladiador muriendo.* Parece que se defiende todavía, arañando, mordiendo, hasta escupiendo; y que no acabará de exhalar el postrer suspiro sino después de haber herido mortalmente, una vez más, á su victorioso contendor.

A mí se me figura verla alzando el macizo y pesado

pom (clava), después de haber lanzado la última de sus flechas agudas (1) y roto el arco de duro *guayacán,* esgrimiéndolo, según su costumbre, á guisa de lanza corta; y agitarse como un azogado, para escapar á las balas, lanzando con estentórea voz el formidable grito de guerra *¡Hajaaá! ¡Hajaaá!,* que hace retemblar la tierra hasta estremecer el tronco añoso de los más soberbios pobladores de la selva secular, como no de otro modo se estremecían las cavernas del Morven, retumbando en sus anfractuosidades oscuras el eco potente de Osián hijo de Fingal.

. . . . . .

¡Esa cabeza Toba!

¡Cuán diferente es de la cabeza de un *tembecuá;* y cómo se comprende mirándola, estudiándola, y comparándola, que los valientes conquistadores no pudieran jamás sojuzgar nación tan aguerrida!

¡Esa cabeza Toba!

Hoy día el dibujo existe en poder del Presidente Avellaneda, regalado por mí. Pronto podréis verla en la portada del libro de Luis Jorge Fontana, sobre la botánica, la zoología, la etnología y la geografía del Gran Chaco, que va á publicarse, lo espero, bajo el patrocinio del Estado, pagando así el Gobierno justo tributo á la modestia y al mérito, estimulando (¡ya era tiempo!), á los Ze-

(1) Esta flecha hirió en el vientre al Capitán Don Federico Spurr.

ballos, á los Lista, y á tantos otros espíritus privilegiados, tan precoces como constantes y observadores. (1)

. . . . . .

¡Esa cabeza Toba!

Debéis verla. Si es la cabeza de un muerto, digo que hay en la muerte, como en la vida, algo que relampaguea.

Francisco de Paula Moreno, el intrépido explorador de las ignotas tierras australes, conserva el cráneo, ya lo sabéis. Hay en él quizá una revelación antropológica que descubrir. Algo que haga dar un paso osado más á una ciencia en pañales, — destinada á cambiar en días no lejanos los destinos de la humanidad: LA FRENOLOGÍA.

Esta ciencia se enseña ya en Estados Unidos hasta en las escuelas primarias. Aquel pueblo iniciador, en esto también pretende adelantarse á las soluciones.

¿Os reís?

Pues yo os digo, en verdad, que la frenología puede enseñaros y serviros más que un curso completo de filosofía.

Lector amigo:

Ya conocéis mi manía, y mi defecto. Lo confieso. No soy impersonal cuando escribo. No he aprendido mi ciencia en los libros. He leído en el mundo, meditando sobre las páginas instructivas de una vida borrascosa, llena de vicisitudes, bebiendo á veces consuelo en las tristezas del alma y en las amarguras del pensamiento.

---

(1) El libro se publicó.

No se equivocó Mansilla respecto del porvenir de esos y otros jóvenes. — *N. del E.*

Contaré, pues, una anécdota para concluir.

Erase un joven de diecinueve años.

Había entonces en Londres un frenólogo célebre, — llamado Dónovan.

El niño puso su cráneo bajo la inspección de los dedos del sabio, y éste habló así: (1)

"No puede llamarse seguro *(safe)* el tipo de esta ca- "beza, por faltarle *secretividad* y cautela, esto es, discre- "ción y circunspección, al paso que están en condiciones "muy activas las facultades productivas de la afición á "las mujeres y á la buena mesa .....

.....

"Es malo ser tan abierto, franco y cándido como esta "cabeza; pues para hacer con seguridad el viaje de la vida "se necesita alguna astucia, reserva, rebozo. El que abra "á todo el mundo el depósito de su corazón, se verá pronto "despojado de su contenido, con grave daño de sí mismo

.....

"Es natural, franco, ingenuo, inartificioso, valiente. "Aficionado á los placeres, amistoso, generoso, confiado "é inclinadísimo á obrar según los demás: comerá con "los gastrónomos, beberá con los bebedores, fumará con "los fumadores, besará con los besucadores y así *(and "so on)*.

.....

(1) Aquel mismo día fueron juntos, á consultar también, Torcuato de Alvear, Manuel Cobo (muerto ya) un americano del Norte, Moss, Adolfo Mansilla (difunto) Juan Vivot, un tal Gallino (italiano) y Pablo Santillán (que no morirá nunca). — *N. del A.*

"Si bien valeroso y confiado, es, no obstante, poco "dado á la esperanza, (1) y abandonará por imposible "lo que vea que no puede ejecutar en el acto ....."

Y seguía con las cualidades intelectuales, — que clasificaba de *claras, rápidas y prácticas,* agregando, que carecían de *profundidad* y *solidez,* y dando consejos útiles para producir con ayuda del tiempo y de la voluntad las modificaciones necesarias para hacer el viaje de la vida menos penoso.

Desde aquel entonces, — han pasado veintisiete años, — el joven ese ha tenido muchas ocasiones de volver sobre sus pasos, recordando en el momento oportuno el análisis craneoscópico de Dónovan.

Inclinado á la confidencia, cien veces ha retrocedido, diciendo en su interior: "Es malo ser tan abierto, franco "y cándido como esta cabeza."

Desalentado ante los reveses, ha perseverado en sus empresas, murmurando: "Si bien valeroso y confiado, "es, no obstante, poco dado á la esperanza y abandonará "por imposible lo que vea que no puede ejecutar en "el acto."

Lo que ha sucedido con el sujeto intelectual no me cumple decíroslo aquí. Lo dirá la posteridad algún día, y si calla, lo que es más que probable, — será cuando ya habréis aprendido en cabeza propia, que es lo mejor, y poco se habrá perdido.

Tengo íntima amistad con el joven (pretérito perfec-

---

(1) Desde ese día, ese joven adoptó el lema *Chi dura vince,* como desafiando la fatalidad.

to) de quien os he hablado. Algo más, me precio de ejercer, en sus buenos momentos, una gran influencia sobre él; y he de conseguir que, después de muerto, me preste su cráneo, para que figure al lado del de *¡esa cabeza Toba!* sirviendo así algún día de algo.

Querido Moreno: usted nos dirá entonces si valió la pena el gasto de la libra esterlina que se hizo pagar Dónovan.

Aquí llegaba de mi redacción mental, al apearme del caballo, y aquí concluyo. Sería en vano que pretendiera continuar, ni más redacté, ni más se me ocurre.

¡Una idea!

. . . . . .

¡Esa cabeza Toba!

Estoy seguro que tiene pronunciadas, en proporciones diformes, el valor y la *combatividad*.

La veremos, la interrogaremos, y no nos engañará.

Yo ví en el Museo Británico, un día, un busto cuyas facciones me helaron. Miro el número en mi catálogo ¿quién pensáis que era?

CARACALLA!!

Otra vez, estando con Adolfo Alsina parados en la puerta de la Legislatura de Buenos Aires, pasó un hombre por la opuesta acera, que le saludó.

—¿Tú tienes amistad con ese hombre? le dije.

—No, me contestó, — le conozco de vista.

—Pues procura no pasar más allá.

—¿Por qué?

—Porque es el prototipo del hipócrita, descrito y pintado por Lavater.

—Eres un raro, Victorio (así me llamaba él).

—Será.....

Algún tiempo después, recordando este incidente, me dijo:

—Victorio: ¿sabes que el individuo aquél era un famoso bribón? (1)

Despreciad, pues, á los hombres observadores, que leen en los huesos y en la semejanza que tenemos con los animales.

¡Esa cabeza Toba!

Lo repito: en ella deben estar bien acentuados los caracteres típicos del hombre americano prehistórico.

¡Qué bello modelo para un estudio!

---

(1) En tres diferentes ocasiones trae Mansilla persistiendo, como un argumento incontestable y con ligeras variantes, este mismo pasaje de su vida. ¿Qué ocultará esto? — *N. del E.*

LA LANZA DE DON JUAN PABLO LOPEZ

Al señor General don Benjamín Victorica.

Difficile est propia communia dire.

HORAT.

Es difícil expresar en términos escogidos las cosas comunes.

ESTE don Juan Pablo López era, como ustedes saben, hermano de don Estanislao López, el caudillo patriarcal de Santa Fe; y lo más parecido á él, que tenía, era el apellido.

Rozas, que poseía un talento gauchesco, para poner sobrenombres, le puso, el *pelafustán;* y los unitarios le llamaban *mascarilla,* por ser picado de viruelas.

El primero no lo quería, porque era su enemigo, — razón de antipatía, que me parece óptima.

Entre los segundos, no tenía crédito, porque, con todas sus camándulas de caudillo, se dejó derrotar lastimosamente en *Malabrigo.*

De ahí la severidad con que el General Paz lo trata en sus "Memorias". Verdad que son pocos los que se le han escapado, al adusto vencedor de Quiroga.

Pero aquí no vamos á hacer historia, ni cosa que se le parezca, sino á contar un cuento al caso; aunque un cuento, siendo verdad, puede contener más enseñanza que todo un volumen, repleto de consideraciones trascendentales sobre el pasado.

Por lo demás, no pretendo sustraerme á la regla general de La Bruyère, el cual afirma, que *contar* siempre es una de las señales de la mediocridad de espíritu.

Don Juan Pablo López, entre sus muchos defectos, tenía una virtud: el valor.

Físicamente, era un hombre enjuto, acartonado, movedizo, ágil, jinete como hay muchos en nuestro país. No está demás, sin embargo, agregar, que su talla era la mediana, que tenía la frente lisa, chata la mollera, deprimidas las sienes, lacio el cabello, y poco abundante, como la barba, que, por otra parte, no usaba. Sus ojos eran grandes y negros, como los del pato silvestre, su tez trigueña, su nariz regular, un tantico respingada, sus labios sensuales, — y, en efecto, el hombre era aficionado.... á bailar.... y bailarín.

Hablaba por los codos, y en lo que más creía era en su lanza.

Era tan hablador, que un día se me quejaba de su ministro general, el doctor don Juan Francisco Seguí, hablador sempiterno también, pero de otro coturno intelectual, y me decía, quebrándose como un *compadre:*

"Amigo, ¿y cómo quiere que se gobierne, si el ministro se lo habla todo y no me deja hacer baza á mí?"

Matemático: dos cuerpos electrizados en el mismo sentido se repelen. Tenía, pues, que haber una emulación profunda, entre el Gobernador y el Ministro, y la había.

Y ¿por qué no lo cambiaba? — dirán ustedes.

¡Ah! esa es harina de otro costal; tendríamos que entrar á espulgar misterios domésticos constitucionales de la época, á que me refiero.

Don Juan Pablo, no solamente era muy conversador, sino que tenía su fraseología y terminología, peculiares, características.

Una vez, por ejemplo, refiriéndose al General Urquiza, y queriendo significarme que él no era menos que otro, me decía esto: "*Porque amigo, ni naides es menos nadas, ni nadas es menos naides.*"

Don Juan Pablo gobernaba constitucionalmente, hasta donde era posible con un ministro que no lo dejaba hablar, su provincia natal.

Sus intenciones eran buenas. Pero como de buenas intenciones está empedrado el infierno, el resultado es que su gobierno era infernal, — no porque se persiguiera y se matara, no porque se despilfarrara (Sánta Fe era muy pobre entonces), sino porque no se hacía nada.

Y ¿cómo se había de hacer, si el ministro se lo hablaba todo?

Don Juan Pablo dormía, pues, la histórica siesta santafecina; se bañaba por la tarde, en el Riacho, ó se hacía sacar la caspa brava, con una china, en el patio del

cuartel, sentado en una silla, sin ofender la moral, con un traje, parecido á aquél con que:

"..... *Andaba allá por los oteros*
Floridos del Edén ó por los llanos,
Sin arcabuz ni paje
El padre universal de los humanos."

Yo era periodista entonces. Apurado por el hambre, me había refugiado en ese oficio, que es un medio de vivir, que no siempre da de vivir. Pero el público es tan indulgente y tan generoso, que me leía lo bastante para costear el pan de cada día.

Su gusto no estaba formado aún, y la cosa se comprende así, por aquello de que "á falta de pan, buenas son tortas."

Naturalmente. siendo yo periodista, debía tener mis tocamientes con el Gobierno, ó con la oposición.

¿Oposición....?

Este engranaje, suplementario, en el juego de las instituciones libres, no se conocía aún por allá,—por la sencillísima razón, aparte de otras, de que no había más aspirantes al Gobierno, que los que lo tenían.

¿O son ustedes tan cándidos que se imaginan que la oposición, — sepa ó no á derechas lo que es un Gobierno, — estriba en otra cosa, en los pueblos libres, más o menos bien gobernados?

Porque, al fin y al cabo ¿qué oposición ha de haber donde nadie puede ni hablar, sin exponerse á que le den una paliza?

Echense ustedes á nadar, y pregunten, ¿qué opo-

sición había en el Paraguay, en tiempo de Francia ó de López,—ó si quieren ustedes una cosa más casera, en tiempo de "mi tío", don Juan Manuel?

La opinión había puesto los pies en polvorosa, y estaba en Montevideo ó en Chile, — y era altro que oposición.

Y, sin embargo, vean ustedes: mi situación personal, no habiendo oposición, era sumamente difícil.

Primero, porque no tenía á quién contestarle; segundo, porque á fuerza de ponderar lo que no se hacía mi fósforo cerebral se agotaba; y tercero porque el único conflicto de opiniones que existía, era entre el Ministro y el Gobernador, — y mi malhadada suerte me había colocado entre ambos portentos rivales de locuacidad.

Señores, ustedes no tienen idea de la gimnasia que yo me veía obligado a hacer. ¡Daba lástima!

Si elogiaba al Gobernador, el Ministro no firmaba las planillas de la imprenta oficial. Y, como ustedes saben, "por dinero baila el perro, y por pan si se lo dan", — y yo tenía mucha hambre, á la sazón.

Y, si elogiaba al Ministro, el Gobernador se me retobaba, y presentarle las planillas con la firma del Ministro, era como que le dijeran en sus barbas, que don Justo valía más que él.

Don Justo, era Urquiza, al que le tenía una envidia bárbara.

Mi desarrollo intelectual ha sido más precoz que mi desarrollo moral, de modo que he escrito muchas cosas sin saber nada.

Probablemente, como ustedes.

¡Ah! pero un hombre que no ha comido es capaz de resolver el problema de la cuadratura del círculo, y yo había resuelto el mío, escribiendo unos artículos pirotécnicos, *bi-laterales*, en los que lo ponía á don Juan Pablo, como hombre de acción, por los cielos de la gloria, y al Ministro, por ahí, como hombre de pensamiento: (hay que decir que era una gran ilustración sin equilibrio).

"Con el heroico, — rezaban las coplas, — Brigadier General don Juan Pablo López, vencedor en cien batallas (menos Malabrigo) y el ilustrado Ministro General, — los destinos de Santa Fe, están asegurados, etc., etc."

Me adoraban, y aunque yo comprendía que cada uno tiraba para su lado, y que ese columpio podía fallarme no había remedio; tenía que seguir haciendo mis piruetas con él.

¡Ah! señores periodistas, si pudierais no escribir de hambre, si pudierais hacer el arte por el arte, — qué buenos diarios no tendríamos! ¡y qué baratos!

Ya he dicho que Santa Fe dormía.

Una mañana se despertó con esta noticia. "El congreso de Paraná había votado una ley de indemnidad en favor del Libertador de Caseros."

Don Juan Pablo, que tenía á su vez cuentas que arreglar con su provincia, se dijo: "Yo también quiero una ley como esa; ni naides es menos nadas, ni nadas es menos naides."

Se puso en campaña.

Nos puso á todos en movimiento.

En el salón de la casa de Gobierno, en un rincón, había un emblema de los tiempos: su lanza descomunal de palo del Chaco, con reluciente moharra musulmana.

Fué, la tomó, la blandió,—y pensó que bien valía su lanza la lanza del General Urquiza.... un mundo de cosas . . . "Esta vez me dejará hablar el Ministro."

Se insinuó . . .

El Ministro comprendió que la situación era grave, y lo dejó hablar al Gobernador.

Más vale maña que fuerza.

El Ministro quería ser Gobernador; don Juan Pablo tenía otro candidato. Resolvió, pues, explotar la situación. Accedió y redactó el mensaje, acompañando el proyecto de ley.

Don Juan Pablo se enterneció, y por primera vez encontró que la palabra de su Ministro no era molesta.

Yo eché mi párrafo en un articulazo.... que por poco no me besa don Juan Pablo.

Santa Fe estaba agitado.

¿De qué otra cosa se había de hablar, desde que se trataba de una ley, declarándolo impecable al señor Gobernador?

Las chasques iban y venían, con oficios dirigidos á los *comendantes* militares de los departamentos. La partida de plaza sobaba caballos, como si hubiera una invasión de indios.

¡Estaban tan cerca las fronteras también!

Ahora, todo eso, desierto entonces, se llama el "País del trigo." Tendremos que esperar algunos siglos para ver las ruinas de la civilización actual y bárbaros de otra catadura, venidos quién sabe de dónde, habitando aquellas ricas comarcas devastadas de nuevo.

Santa Fe era de don Juan Pablo, y don Juan Pablo tenía que ser de Santa Fe,—tanto más, cuanto que su apellido era una tradición.

Usanzas viejas. Luis XIV decia: "el Estado soy yo." Y la Francia *mi rey (mon roi)*, como implicando con el posesivo que todo quedaba en casa.

¿Como permanecer indiferentes?

Yo mismo, á fuerza de zurcir mis artículos, me había electrizado, y despedía unas chispas de entusiasmo, que ni Camilo Desmoulins, escribiendo en plena Revolución.

¡Pobre Camilo! Como dice Saint-Beuve, él decía: "Tengo una buena almohada, sobre la que puedo dormir tranquilo, en mis doce volúmenes sobre las Revoluciones de Francia y de Brabante." Yo decía lo mismo, mis artículos me parecían impagables—un escudo—¡había en ellos tanta buena fe de circunstancias!

¡Qué buena fe tan común!

¡Oh! ¡mundo de las quimeras!

¡Oh terrible realidad!

A Camilo lo guillotinaron, y á mí me desterraron al poco tiempo,—después de tanto *dévouement*... por la pitanza, dirán ustedes.

Pas du tout! . . . . . .

Vean ustedes, me había remontado tanto,—todo es cuestión de medio ambiente,—que creo que habría pagado, porque me dejaran escribir. Ya tenía ínfulas de escritor, y creía que con mi pluma podía conmover la República entera.

Pero tomemos el hilo interrumpido de lo que llamaremos la narración.

Los padres de la patria estaban reunidos en la Legislatura. Se esperaba un debate tremendo. Algo se debía esperar de una Legislatura. El gobernador y sus adeptos esperábamos en la casa de Gobierno. Los emisarios iban, venían. "Todavía no hay número, decían. Ya hay número. (¿Por qué no había teléfono entonces?) Ya entran. Están leyendo el acta de la sesión del año pasado. (La Legislatura hacía unas huelgas...)

Ahora nomás habla el Ministro.

Y don Juan Pablo se olvidaba de sus quejas y me decía: "¡Veremos cuando hable el Ministro!"

—Ahí está hablando el Ministro, viene uno y dice.

Don Juan Pablo aplaude, yo aplaudo, todo el mundo aplaude, y zapatea....

Llega un sargento de policía, se tira del caballo, y arrastrando la charrasca, grita: "Dice el Ministro, que ya viene."

—¿Nada más? nos dijimos todos.

¿Habrán rechazado la ley?

Tiene tanta ingenuidad el elemento oficial, que á veces, llega á dudar hasta de su propia fuerza, computando mal los votos.

El Ministro llegó.

Se detuvo en la puerta, se encumbró, y era alto, miró en torno suyo, le clavó su mirada de fuego, al Gobernador, y tomando una apostura ciceroniana, exclamó con voz de trueno:

—¡Victoria!

Nos quedamos aterrados. ¡Victoria! repercutían las macizas, bóvedas del tiempo colonial . . . victoria . . . victoria . . . toria . . .ia . . . aaa . . .

Don Juan Pablo se levantó, abandonando la silla de vaqueta de estructura conventual, en que esperaba presa de indescriptible emoción, corrió como un galgo al rincón, donde yacía su lanza, la empuñó, la hizo vibrar, giró en círculos concéntricos, vertiginosos, sobre las puntas de los pies, y quedándose en la actitud grotesca en que un artista manco habría modelado á un héroe legendario de comedia, exclamó tonante:

—¡Ahora veremos qué dice Urquiza!

¡Don Justo, hablaba tan mal del pobre. . . . !

Por fortuna, mi noble amigo el gobernador Gálvez habla poco, y no tiene lanza en la casa de Gobierno.

Tiene, en cambio, tintero y pluma, y una oposición excelente, cuyas tendencias no discuto; pero cuya existencia y realidad prueban, segun mis teorías, que en la tierra de don Estanislao López se gobierna ahora un poco mejor, que cuando yo no encontraba vocablos bastante expresivos ó rimbombantes, en el Diccionario, para ponderar las excelencias del esclarecido y archiconstitucional gobierno del Excelentísimo señor Brigadier General don Juan Pablo López, que en paz descanse . . .

No tenía mal corazón.

FRENTE A LAS MURALLAS DE MONTEVIDEO

Al señor don Torcuato de Alvear.

> "People will not look forward to posterity who never look backward to their ancestors."
>
> "La patrie est une association, sur le même sol, des vivants avec les morts et ceux qui naîtront."

Las mediocridades son discutibles, y discutidas.

Los grandes hombres son calumniados.

Los contemporáneos los persiguen, y la envidia es el metro elástico con que la pasión los mide.

Pero mueren, y la justicia reinvindica sus derechos para restablecer la verdad.

La historia no es muchas veces más que el *mea culpa* de la posteridad en nombre de los que yacen olvidados.

El General don Carlos María de Alvear fué un paladín.

Tenía todo lo que hace fácil, en un sentido, difícil

en otro, la áspera senda del porvenir: la cuna, la belleza, la elocuencia, el valor.

Su cabeza era una fragua; su corazón, una tempestad.

En cualquier tiempo en que hubiera nacido se habría impuesto por el talento,—habría sido caudillo, general y triunfador; y sin estar desterrado, habría muerto, como un ateniense, en el destierro.

Es uno de los hombres de quien he oído hablar peor; pero yo no juzgo por lo que oigo.

La pasión poco me sugestiona,—por comunicativa que sea.

Tengo para lo humano, como para las parábolas, mis reglas propias de interpretación.

No conozco grandes hombres sin vicios,—excepto rarísimas excepciones.

Los pequeños no tienen sino defectos.

Y empleo las palabras *grandes hombres* á la manera de Emerson, como sinónimo de hombres representativos.

Alvear está en ese caso.

El fué, en un momento dado,—y en grado heroico y eminente,—de su tiempo.

¿Y quién fué de su tiempo, sin pagarle tributo?

No voy, sin embargo, á demostrarlo, haciendo una biografía paralela.

Converso íntimamente con el lector; no dicto un curso de historia en la cátedra.

Converso, lo repito, sin sujeción á reglas académicas,—como si estuviera en un club social, departiendo y divagando en torno de unos cuantos elegidos, de esos

que entienden,—para no aburrirme más de lo que me aburro.

Porque han de saber ustedes que yo me aburro enormemente.

Estoy convencido de que es una enfermedad orgánica, que no se cura con nada. Se sale con ella del vientre que nos dió el ser. No hay viajes, ni aventuras, ni empresas, ni ocupaciones, que eviten que, á cierta altura de la vida, el aburrimiento se presente, y les diga á ciertos temperamentos: aquí estoy, harás cuanto quieras, todo será en vano, te dominaré.

Hecha esta confidencia, y no para que ustedes se enternezcan, ó se interesen en mí,—yo sé que ustedes no padecen de conmiseración, cuando lo creen á un hombre feliz, y á mí me creen,—vamos al cuento.

Alvear estaba frente á las murallas de Montevideo. El año no lo recuerdo, ni me tomaré la molestia de levantarme para buscar en la "Historia Argentina", que estoy mirando desde mi asiento, en ese armario. Pienso, como Voltaire, que poco importa la fecha precisa, con tal de que el hecho haya tenido lugar.

El sitio se prolongaba.

Los necios, los que se imaginan que todo es soplar y hacer botellas, la gárrula caterva, que gana millones y batallas en sueño, — quedándose dormidos como piedra, cuando hay que levantarse temprano para hacer algo bueno, — los envidiosos, sobre todo, ocupábanse mucho del joven general.

Todas eran críticas . . . censuras . . . calumniosas imputaciones . . .

Buenos Aires estaba impaciente ó cansado.

Buenos Aires era, más que ahora, todo el país.

Y, cuando Buenos Aires está impaciente ó cansado, es como París: injusto ó severo.

La Atenas del Sud, la llamaron en la hora pristina de su emancipación colonial.

Quizá lo sea.

Prefiero que sea Atenas, no Cartago.

Será corrompida, su fe no será púnica.

Ustedes piensan como yo, ¿no es así?

Vamos adelante, sin más digresiones.

Alvear estaba en todos los labios.

No había entonces lo que ahora: vapores y telégrafos.

Todo se movía con pies de plomo, excepto el cerebro de nuestros abuelos.

Las comunicaciones eran lentas, como la vida perdurable.

Una noticia maléfica era como una puñalada que deja la daga traidora en el pecho, hasta que venga un alma caritativa á arrancarla.

Había que esperar y esperar la contradicción.

Y como no existía prensa,—este vehículo de lo bueno y de lo malo, que es acción y reacción, mentira y verdad, sombra y luz,—*para saber*, era necesario inquirir, mezclarse clandestinamente en los corrillos...

Los diarios de entonces eran los chismosos ambulantes, que frecuentaban el café de Marcos y la calle de las Torres.

Ellos hacían y deshacían reputaciones, siendo los

emisarios, los *porte-voix*, sugestionados astutamente, por los conjurados que no salían de los conciliábulos sombríos. ¡Misántropos de la envidia! Desde allí gobernaban sin responsabilidad ni más ley que sus pasiones.

No faltaba el patriotismo; pero todo era embrionario.

No existía el acuerdo; la revolución atravesaba el momento de las incoherencias fatales.

Alvear sintió el puñal de la maledicencia, y se dijo: esto es atroz.

Llamó á un oficial. No era de su confianza, es decir, sabía que no lo quería. Era lo que necesitaba: un enemigo.

Le dió unos pliegos.

—Vaya usted y entréguelos, le dijo, y si no lo despachan, dentro de los ocho días, vuelva usted con contestación ó sin ella.

Eran para el gobierno.

Nada más le dijo.

Le dió seis onzas de oro, — mucho dinero entonces.

El oficial partió, vino y entregó los pliegos.

—Está bien, se le dijo, — retírese usted.

Ni más, ni menos.

Nada, ni una palabra le preguntaron sobre el ejército, sobre el sitio, sobre el General.

Era un plan, una conjuración.

¡Qué Alvear se desenvolviera, como Dios ó el *otro* lo quisieran!

Si no vencía, se perdía; era el ostracismo político.

Si vencía, los mismos conspiradores lo llevarían al Capitolio.

¡La eterna página de la miseria humana!

El oficial, que no quería á su General, pensó: nada me preguntan de él: ya sé lo que hay.

¡Seis onzas de oro y capitán!... porque lo era.

Pudo andar por todas partes, ver, oir y divertirse.

Todos los días esperaba que fueran de la Inspección á decirle: "Que se presente usted, á recibir órdenes."

¡Vana expectativa!

Concluído el ciclo de los ocho días, el oficial se dijo: "regresaré" y regresó.

Estaba violento.

Habría deseado no regresar.

Llegó, se presentó, Alvear le hizo entrar.

—Y... ¿entregó usted los pliegos?

—Sí, mi general.

—¿Y qué me trae usted?

—Nada, señor.

—¿Cómo?

—Nada, señor.

—¿No fué usted á pedir órdenes?

—Mi general, el pasaporte decía: "pasa en comisión, debiendo regresar á los ocho días," me presenté, entregué, tomaron nota en la Inspección y, después de hacerme esperar media hora, me dijeron: "está bien, puede usted regresar." "¿Cuándo? — Cuando usted quiera; está usted despachado..."

Alvear se mordió los labios. Una nube de tristeza, con tintes de cólera, envolvió su fisonomía vivaz, y aquellos ojos negros, llenos de fuego, brillaron con un fulgor terrible.

Estaba sentado delante de una mesita de escribir, con su aire formal, habitual para los que no eran de su séquito íntimo, — el oficial de pie, cuadrado marcialmente delante de él, — cuadrado como se cuadraban entonces los oficiales, en presencia de sus superiores.

¡Y qué! ¿ahora no se cuadran así?

¡Oh! ahora, con honrosas excepciones, los oficiales cuando se cuadran y saludan, lo hacen como por compromiso, ó por favor, de mala gana, zurdamente. Diríase que tienen vergüenza de sus propios galones, y horror á la jerarquía.

Por regla general, no conocen sino á sus superiores inmediatos.

La democracia mal entendida, penetrando en el ejército, nos ha traído eso.

Yo mismo, he pagado mi tributo alguna vez á la mala educación militar.

En Turín, un oficial italiano me hizo ver todo el tamaño de mi error.

Mas aquello no es para acá....

—Está bien, señor oficial, dijo Alvear. Retírese usted.

El oficial hizo la venia, giró y salió.

Cuando había traspuesto el dintel de la puerta, Alvear hizo rechinar los dientes y le llamó.

El oficial volvió sobre sus pasos, y cuadrándose de nuevo, preguntó:

—¿Mi general?

Alvear, le dijo entonces:

—Capitán, siéntese usted un poco.

El oficial se sentó.

Ni el uno ni el otro podían estar á gusto; porque, como ya lo he dicho, no se tenían buena voluntad.

Alvear era un *gentleman*, lleno de seducciones, y, cuando quería, podía, violentándose, representar por añadidura el papel que le cuadraba, como consumado actor.

Reflexionó un momento, y por fin, le dijo al oficial:

—Y ¿cómo le ha ido á usted por Buenos Aires, mi amigo?

—Bien, señor.

—¿Ha paseado usted mucho? ¿Se ha divertido?

—Un poco, señor.

—Y ¿qué dicen por allá?

—Nada, señor.

—¡Pero, hombre, qué! ¿no ha hablado usted con nadie?

—Muy poco, señor.

—¡Qué! ¿no ha estado usted en el café de Marcos? ¡Qué! ¿no ha andado usted por la calle de *Las Torres*?

—Sí, señor, he andado algunas veces.

—Entonces, algo ha de haber usted oído del ejército, del sitio, de mí. Hable usted, amigo, con franqueza. Yo soy un hombre de mundo, y deseo saber lo que se dice, porque ha de saber usted, que cuando lo mandé en comisión, con esos pliegos, tuve también en vista, que me trajera usted algunas lenguas.... aquí estamos en la luna....

—Señor, no he oído nada, es la verdad.

—¿Absolutamente nada?

—Absolutamente nada, señor.

El oficial mentía: había oído hablar pestes de su general, — y tantas, que, á pesar de no quererlo, subiendo de castaño oscuro las imputaciones y las calumnias, había hecho cuestión de conciencia defenderlo y lo había defendido, pasando por *Alvearista,* lo que no era.

—Así es, repuso Alvear, ¿qué usted no ha oído hablar bien ni mal de mí, en Buenos Aires? ¡qué! ¿nadie se ocupa de mí, allí?

—Nadie, señor, nadie.

Alvear, entonces, frunciendo el ceño, é indicándole la puerta con el índice, le dijo con imperio:

—¡Está bien, retírese usted, señor oficial!

Y cuando éste se retiraba, dió un puñetazo sobre la mesita, haciendo saltar tintero y tinta y cuanto en ella había.

El oficial no pudo evitarlo y dió vuelta.

Alvear, se pegaba en ese momento con las dos manos en la cabeza y exclamaba:

—¡Estoy perdido! en Buenos Aires, nadie se ocupa de mí, ni para calumniarme. . . .

El oficial apuró el paso y salió· · ·

Pero Alvear se equivocaba. En Buenos Aires, todo el mundo, como ya lo he dicho, se ocupaba de él, — si no se hubieran ocupado, Alvear no habría sido el General que mandó y ganó la batalla de Ituzaingó.

A veces, las mismas resistencias son fuerzas dinámicas.

Hay también una mecánica moral·

Es la ley de las compensaciones.

¡Ah! ser á la vez un grande hombre y un hombre, ¡qué prodigio!

Acabo de leer que San Agustín lo realizó.

Pero San Agustín fué ese prodigio, porque fué un santo, y Alvear sólo fué un soldado glorioso.

COMO SE FORMABAN LOS CAUDILLOS

Al Exmo. señor doctor don José Gálvez.

"Le livre de la Nature est le livre
"de la Fatalité."

Todos los historiadores argentinos dicen, poco más ó menos, cuando hablan de Rozas, lo que el "Catecismo de Historia Argentina", que sirve de texto en algunas escuelas: que ese célebre personaje descendía de una familia ilustre.

Y, en efecto, así era: mi abuela doña Agustina López de Osornio, mujer extraordinaria, bajo ciertos aspectos, tenía orgullo de su prosapia.

—Soy Butibamba y Butibarreno, solía decir, ponderando su alcurnia. Desciendo de la casa de Asturia y de los duques de Normandía. Soy parienta de María Santísima.

Poco le faltaba para decir como los de Asturias, célebres Quirós:

"Después de Dios
La casa de Quirós."

Mi abuelo, don León Ortiz de Rozas (y aquí conviene que ustedes sepan que Rozas se escribe con *zeta* y no con *ese,* porque viene de *rozar)* era menos pomposo que su consorte.

Ortiz, eran los suyos *ab origene* y el *de Rozas* les vino de que Gonzalo de Córdoba, con quien militaron, los ennobleció, haciéndolos condes de Poblaciones, precisamente en el momento en que uno de ellos, fundador de la casa, tronco de su árbol genealógico, *rozaba* el campo, para sentar sus reales.

Los Rozas, de Chile, entre los cuales se cuentan hombres eminentes, pertenecen á la misma genealogía, — y fueron allá como acá, influyentes en las campañas del Sud, tanto que, á uno de ellos, llamábanle, "Padre de la Patria" en tiempo de la Revolución.

Nobles ó no, los padres de Rozas eran estancieros; así es que esto basta y sobra para explicar, por qué el hijo mayor tomó el campo,—en un ímpetu de independencia personal, disgustado por una punición, que le habían aplicado, según él decía, con injusticia.... dejando, "hasta la ropa", pues quería buscarse la vida solo y probar que era hombre y no un niño, á quien se le pega, ó se le encierra en un cuarto oscuro.

A donde fué, qué hizo, cómo se desenvolvió, de qué manera se condujo, no son pinceladas para este cuadro...

. . . . . .

Estamos en la célebre *estancia* "del Pino"; Rozas es ya propietario, socio de los Anchorena y de Terrero.

y más de cuatro que después figurarán en nuestra Historia, bajo aspectos odiosos ó simpáticos, son peones suyos ó sus capataces.

Cuando el prolijo historiador quiera entretenerse en estas minuciosidades, entre los papeles de don Juan Manuel, — que era como le llamaban, en muchas leguas á la redonda, por los pagos del Pino,— hallará las más de cuatro, que después figurarán en nuestra cuentas de los salarios de esos peones y capataces, su filiación, nombre y apellido. Todo ello existe actualmente en poder de Máximo Terrero.

Estamos, repito, en la *estancia* "del Pino"; mejor dicho, están tomando el fresco bajo el árbol que le da su nombre á la *estancia,* don Juan Manuel y su amigo el señor don Mariano Miró; el mismo que edificó el gran palacio de la plaza Lavalle, propiedad hoy día de la familia de Dorrego.

De repente,—cuento lo que me contó el señor Miró, don Juan Manuel interrumpe el coloquio, tiende la vista hacia el horizonte, la fija en una nubecilla de polvo, se levanta, corre, va al palenque donde estaba atado de la rienda su caballo, prontamente lo desata, monta de salto, y parte.... diciéndole al señor Miró, dispense amigo, ya vuelvo.

Al trote rumbea en dirección á los polvos, galopa; los polvos parecen moverse al unisón de los movimientos de don Juan Manuel.

Miró mira; nada ve.

Don Juan Manuel apura su *flete*, que es de superior calidad; los polvos se apuran también.

Don Juan Manuel vuela; los polvos huyen, envolviendo á un jinete, que arrastra algo.

Don Juan Manuel, con su ojo experto, ayudado por la malicia gauchesca, tuvo la visión de lo que era la nubecilla de polvo aquella, que le había hecho interrumpir la conversación: "un cuatrero", se dijo y no titubeó.

Con efecto, un gaucho había pasado cerca de una majada, y sin detenerse había enlazado un capón, y lo arrastraba, robándolo.

El gaucho vió desprenderse un jinete de las casas. Lo reconoció, se apuró. "Don Juan Manuel — se dijo: ¡Caray!"

De ahí la escena.

Don Juan Manuel castiga su caballo....

El gaucho entonces suelta el capón con lazo y todo, comprendiendo que, á pesar de la delantera que llevaba, no podía escaparse, por bien montado que fuera, si no largaba la presa.

Aquí ya están casi encima el uno del otro. El gaucho mira para atrás, y rebenquea su pingo, á medida que don Juan Manuel apura el suyo, — y corta el campo, en diversas direcciones, con la esperanza de que se le aplaste el caballo á don Juan Manuel.

Entran ambos en un vizcacheral. Primero, el gaucho; después, don Juan Manuel; pero el obstáculo hace que don Juan Manuel pueda acercársele al gaucho.

Rueda éste; el caballo lo tapa.

Rueda don Juan Manuel; sale parado con la rienda en la mano izquierda, y con la derecha lo alcanza al gaucho, lo toma de una oreja, lo levanta y le dice:

—Vea, paisano, para ser buen cuatrero, es necesario ser buen gaucho y tener buen pingo.

Y, montando, hace que el gaucho monte en ancas de su caballo, y se lo lleva, dejándolo á pié, por decirlo así; porque la rodada había sido tan feroz, que el caballo del gaucho no se podía mover.

La fuerza respeta á la fuerza: el cuatrero estaba dominado y no podía ocurrírsele, en ancas del caballo de don Juan Manuel, sino admirarlo, y de la admiración al miedo no hay más que un paso.

Don Juan Manuel volvió á las casas con su gaucho, sin que Miró, por más que mirara, hubiera visto cosa alguna discernible.

—Apéese, amigo, le dijo al gaucho, y en seguida se apeó él, llamando á un negrito que tenía.

El negrito vino, le habló al oído, y dirigiéndose en seguida al gaucho le dijo:

—Vaya con ese hombre, amigo.

Luego volvió al señor Miró, y sin decir una palabra, respecto de lo que acababa de suceder, lo invitó á tomar el hilo de la conversación interrumpida, diciéndole:

—Bueno, usted decía....

. . . . . .

Salieron al rato á dar una vuelta, por una especie de jardín, y el señor Miró vió un hombre en cuatro estacas.

Notado por don Juan Manuel, le dijo, sonriéndose.

—Es el paisano ése....

Siguieron andando, conversando... La puesta del sol se acercaba; el señor Miró sintió unos como palos, aplicados en cosa blanda, algo parecido al ruido que produce un colchón enjuto, sacudido por una varilla, y miró en esa dirección.

Don Juan Manuel le dijo, entonces, volviéndose á sonreir, haciendo con la mano derecha ese movimiento de un lado á otro con la palma para arriba, que no dejaba duda:

—Es *al* paisano ése....

Un momento después se presentó el negrito, y dirigiéndose á su patrón, le dijo:

—Ya está, mi amo.

—¿Cuántos?

—Cincuenta, señor.

—Bueno, amigo don Mariano, vamos á comer....

El sol se perdía en el horizonte, iluminado por un resplandor rojizo, y habría sido menester ser cuasi adivino para sospechar que aquel hombre, que se hacía justicia por su propia mano, sería en un porvenir, no muy lejano, señor de vidas, famas y haciendas, — y que en esa obra de predominio serían sus principales instrumentos, algunos de los mismos azotados por él.

Don Juan Manuel le habló al oído otra vez al negrito, que partió, y tras de él, muy lentamente, haciendo algunos rodeos, ambos huéspedes.

Llegan á las casas y entran en la pieza que servía de comedor. Ya era oscuro.

En el centro había una mesita con mantel limpio de lienzo y tres cubiertos, todo bien pulido.

El señor Miró pensó "¿quién será el otro?"

No preguntó nada.

Se sentaron, y cuando don Juan Manuel empezaba á servir el caldo de una sopera de hoja de lata, le dijo al negrito que había vuelto ya:

—Tráigalo, amigo.

Miró no entendió.

A los pocos instantes entraba, todo entumido, el gaucho de la rodada.

—Siéntese, paisano, le dijo don Juan Manuel, endilgándole la otra silla.

El gaucho hizo uno de esos movimientos, que revelan cortedad; pero don Juan Manuel lo ayudó á salir del paso, repitiéndole:

—Siéntese nomás, paisano, siéntese y coma.

El gaucho obedeció y, entre bocado y bocado, hablaron así:

—¿Cómo se llama, amigo?

—Fulano de tal.

Y dígame, ¿es casado ó soltero? ¿ó tiene hembra?

—No señor, dijo sonriéndose el guaso: ¡si soy casado!

—Vea, hombre, y... ¿tiene muchos hijos?

—Cinco, señor.

—Y ¿qué tal moza es su mujer?

A mí me parece muy regular, señor.

—Y ¿usted es pobre?

—¡Eh! señor, los pobres somos pobres siempre...

—Y ¿en qué trabaja?

—En lo que cae, señor.

—Pero también es cuatrero ¿no?

El gaucho se puso todo colorado y contestó:

—¡Ah! señor, cuando uno tiene mucha familia suele andar medio apurado.

—Dígame amigo, ¿no quiere que seamos compadres? ¿No está preñada su mujer?

El gaucho no contestó.

Don Juan Manuel prosiguió:

—Vea, paisano; yo quiero ser padrino del primer hijo suyo, pero suyo, que tenga su mujer, y le voy á dar unas vacas y unas ovejas, y una manada y una tropilla, y un lugar, por ahí, en mi campo, y usted va á hacer un rancho, y vamos á ser socios á medias. ¿Qué le parece?

—Como usted diga, señor.

Y don Juan Manuel, dirigiéndose al señor Miró, le dijo:

—Bueno, amigo, don Mariano, usted es testigo del trato, ¿eh?

Y luego, dirigiéndose al gaucho, agregó:

—Pero aquí hay que andar derecho, ¿no?

—Sí, señor.

La comida tocaba á su término. Don Juan Manuel, dirigiéndose al negrito, y mirándolo al gaucho, prosiguió:

—Vaya, amigo, descanse; que se acomode este hombre en la barraca, y si está muy lastimado que le pongan salmuera. Mañana hablaremos; pero tempranito, vaya y vea si campea ese matungo, para que no pierda sus

pilchas... y degüéllelo.... que eso no sirve sino para el cuero, y estaquéelo bien, así como estuvo usted por zonzo y mal gaucho.

Y el paisano salió.

Y don Mariano Miró, encontrando aquella escena del terruño, propia de los fueros de un señor feudal de horca y cuchilla, — muy natural, muy argentina, muy americana, nada vió.

Si hubiera visto, cuando volvió á Buenos Aires, habría quizá murmurado al oído alguna confidencia, como una amonestación:

Hay actos que son un prodromo....

Y si, lector digerdes, ser comento
Como me lo contaron te lo cuento.

. . . . . .

Un párrafo más, y concluyo.

El cuatrero fué compadre de don Juan Manuel, su socio, su amigo, su servidor devoto, un federal en regla.

Llegó á ser rico y jefe de graduación. Sus hijos y sus hijas se casaron, se mezclaron bien, se refinaron, se educaron, se ilustraron... échense ustedes por la pista....

Por ahí andan, — y gozando de no poca consideración social.

"No hay mal que por bien no venga", y queda una vez más probada la eficacia de la frase bíblica:

"No le escasees al muchacho los azotes, que la vara con que le dieres no ha de matarlo."

Yo tengo para mí que al cuatrero lo que más bien le hizo, no fué el compadrazgo ni la habilitación, sino los *cincuenta*, pero creo que, en estos casos, es mejor recurrir á la justicia.... del alcalde....

"¡Paz á los hombres! ¡Gloria en las alturas¡
¡Cantad en vuestra jaula, crïaturas!"

Ahora tenemos Constitución y leyes: nacer, vivir, crecer, desenvolverse, entrar, salir, "morirse" cuando á uno se le antoja, son "derechos", que á nadie se le pasa por la imaginación poner en duda; y espero que no tendremos, en ningún tiempo, que volver á recordar el dicho de Voltaire: *un des plus grands malheurs des honnêtes gens, c'est qu'ils sont des lâches.*

¿O creen ustedes que en tiempo de Rozas no había también mucha gente honrada?

INDICE

	Página
Grandes escritores argentinos	5
Entre-nos (Causeries del jueves)	I
Horfandad sin hache	9
¿Por qué?	22
Amespil	84
Los siete platos de arroz con leche	91
De cómo el hambre me hizo escritor	116
Anacarsis Lanús	130
Juan Patiño	140
En las pirámides de Egipto	150
Catherine Mecrassoff	169
¡Esa cabeza toba!	200
La Lanza de Don Juan Pablo López	211
Frente a las murallas de Montevideo	221
Cómo se formaban los caudillos	231



IMPRENTA MERCATALI
AVENIDA ACOYTE 271
— BUENOS AIRES —

GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS

Director: Alberto Palcos

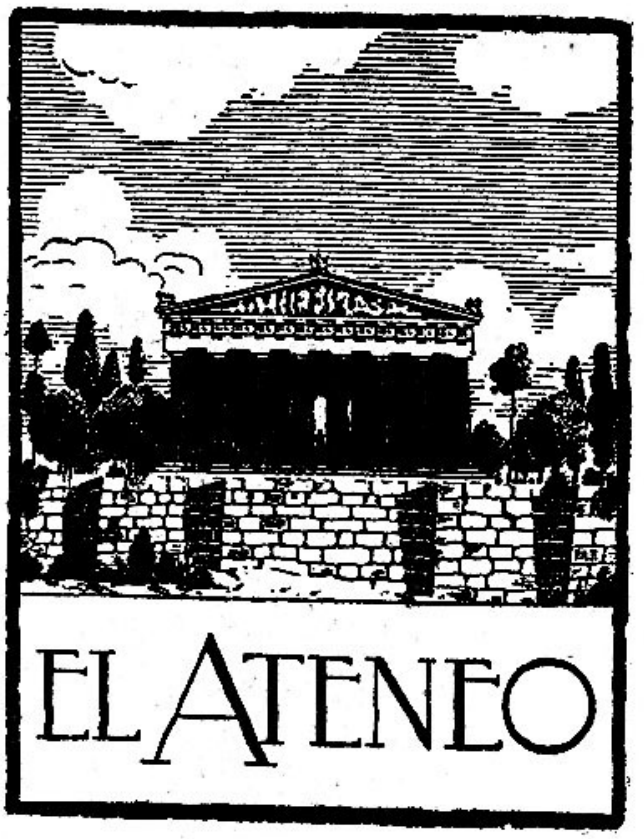
IX

LUCIO V. MANSILLA

ENTRE-NOS

(Causeries del Jueves)

EL ATENEO
Librería Científica y Literaria
FLORIDA 371 - CORDOBA 2099
BUENOS AIRES
1928



EL ATENEO